
HARLEQUIN
Bianca
LÁGRIMAS DE DESAMOR
MIRANDA LEE

Lágrimas de desamor

Él la había contratado… pero no podría controlarla

Las mujeres solían echarse a los brazos de Justin McCarthy. Era como un imán para todas aquellas que se imaginaban gastando sus millones y acurrucándose junto a su maravilloso cuerpo. Por eso Rachel era la indicada para ser su secretaria: era inocente, poco atractiva y lo más alejado a una seductora que pudiera existir. Hasta que un cambio de imagen sacó a la luz toda la belleza que escondía, y Justin empezó a quererla cada vez más cerca de él… viviendo una pasión salvaje a su lado. Pero cuando sucedió, Justin vio en los ojos de Rachel algo que no había previsto. El amor no era parte del trato.

Prólogo

ERA perfecta, se dijo Justin al ver a la señorita Rachel Witherspoon entrar en la oficina para la entrevista.

De aspecto sencillo y formal, iba vestida con un traje negro nada sexy y tenía el cabello castaño recogido en un moño trenzado. No llevaba maquillaje ni perfume, comprobó Justin con alivio; era la antítesis absoluta de la rubia explosiva que se había paseado por la oficina contoneando el trasero durante el mes anterior, simulando ser su secretaria.

No, estaba siendo injusto. La chica había sido bastante eficiente, pero, al cabo de unos pocos días, dejó claro que sus servicios podían ir más allá de los de una simple secretaria. Aprovechaba cada oportunidad, y cada arma de su considerable arsenal físico, para transmitirle dicho mensaje. Lo había bombardeado con sus sonrisas, sus ropas y sus comentarios provocativos hasta que Justin no pudo soportarlo más. El lunes anterior, al verla entrar con un escote más exagerado que el de una prostituta, le anunció que aquella sería su última semana en la oficina, aduciendo que había contratado a una secretaria permanente.

Era mentira, sí, pero una mentira necesaria para su cordura.

No era que se sintiera sexualmente atraído por ella. Pero cada vez que aquella chica lo abordaba, Justin se acordaba de lo que Mandy había estado haciendo con su jefe. Aún lo hacía mientras viajaba con él por todo el mundo como su ayudante personal.

Justin apretó los dientes al pensarlo. Habían transcurrido dieciocho meses desde que su esposa le confesó lo que ocurría y le comunicó la devastadora noticia de que pensaba dejarlo para amancebarse con su jefe.

¡Dieciocho meses! Pero el dolor no desaparecía. El dolor de la traición y el engaño, agravado por el recuerdo de las cosas que Mandy le dijo aquel último día. ¡Cosas crueles, hirientes!

Otros hombres habrían curado su ego herido acostándose con todas las mujeres que se pusieran a su alcance. Pero él no se había acostado con nadie desde que Mandy lo dejó. La mera idea de intimar físicamente con otra mujer le producía escalofríos. Por supuesto, esto era algo que sus amigos y conocidos varones ignoraban. Uno no confesaba una cosa semejante a otros hombres. Su madre, en cambio, sí lo había intuido. Sabía hasta qué punto lo habían herido la infidelidad y el abandono de Mandy, y no dejaba de decirle que algún día encontraría a una mujer realmente buena

que lo ayudaría a olvidarla.

Las madres eran las eternas optimistas. Y unas casamenteras incorregibles.

Así pues, cuando su madre, a quien había hablado de la situación en la oficina, le telefoneó para anunciarle que había encontrado a la secretaria perfecta, Justin se sintió comprensiblemente receloso.

Pero al final accedió a entrevistar a la señora Witherspoon.

Y allí la tenía.

¡Qué delgada estaba! Y parecía terriblemente cansada, con aquellas grandes ojeras. Aunque tenía bonitos ojos, de un color interesante. Pero muy tristes...

Según la fecha de nacimiento que figuraba en el currículum, tenía tan solo treinta y un años, pero parecía más cercana a los cuarenta.

Era comprensible, se dijo Justin, después de lo que había pasado aquellos últimos años. Lo invadió una oleada de compasión y decidió ofrecerle el puesto. Aun así, siguió el procedimiento de la entrevista para que ella no sospechase. A nadie le gustaba la conmiseración. Ni la lástima.

-Bien, Rachel -dijo Justin una vez que ella se hubo sentado en la silla-, mi madre me ha hablado mucho de usted. Y su currículum es impresionante -añadió señalando el historial de trabajo que había recibido por fax el día anterior-. He visto que una vez quedó finalista en el concurso de Secretaria del Año. Y que su jefe en aquel entonces ocupaba un puesto muy alto en la Australian Broadcasting Corporation. Podría hablarme de su experiencia profesional en dicha empresa...

Capítulo 1

ES como en los viejos tiempos, ¿eh? -dijo Rachel a Isabel mientras se metía en la cama y se tapaba hasta la barbilla con el bonito edredón.

-Cierto -respondió Isabel y se acostó en la cama de al lado, rememorando aquellos viejos tiempos.

Rachel e Isabel habían estado en el mismo internado y se habían hecho amigas íntimas desde el primer día. Después de que los padres de Rachel fallecieran en un extraño accidente de tren, cuando ella contaba catorce años, el lazo de amistad que las unía se hizo aún más fuerte. De la educación de Rachel se hizo cargo la mejor amiga de su madre, una señora encantadora llamada Lettie, que vivía en el mismo barrio residencial que los padres de Isabel, en Sidney. Durante las vacaciones, Rachel se quedaba a dormir con frecuencia en casa de Isabel. A veces, su estancia allí se prolongaba varios días. Lettie no ponía ninguna pega. Las chicas se habían hecho inseparables, y nada les gustaba más que permanecer despiertas en la cama y charlar durante horas.

Rachel sonrió a Isabel.

-Me siento como si tuviera quince años otra vez.

«Pues no aparentas quince aiños», pensó Isabel suspirando para sus adentros. Rachel aparentaba cada uno de sus treinta y un años y algunos más. Lo que era una verdadera lástima. Antaño había sido guapísima, con su lustroso pelo castaño, sus ojos deslumbrantes y una fabulosa figura que Isabel siempre había envidiado.

Pero los cuatro años que había pasado cuidando a su madre adoptiva, aquejada de una enfermedad terminal, tuvieron un grave efecto en ella. Era una mera sombra de sí misma.

Isabel esperaba que al morir Lettie, que había padecido Alzheimer, la pobre, Rachel volvería a trabajar y recuperaría su antiguo vigor. Aún no se apreciaba ninguna mejora, claro que solo llevaba unas semanas trabajando.

Había engordado algún kilo, lo cual era un comienzo. Y cuando sonreía dejaba traslucir un atisbo del vibrante atractivo que poseyó en otros tiempos.

Con suerte, al día siguiente, en la boda, sonreiría mucho, De lo contrario, más tarde se horrorizairía al verse a sí misma en las fotos. Isabel, por su Parte, era consciente de tener un aspecto inmejorable. El amor le favorecía. Así como el embarazo.

Estaba radiante.

-Prométeme que dejarás que mi peluquero haga de las suyas contigo mañana -insistió Isabel---. El tono pelirrojo irá mejor que el castaño con tu vestido turquesa. Y nada de recogértelo. Rafe detesta que las mujeres se recojan el cabello. También he contratado a un maquillador, y no quiero oír ninguna queja.

-No pondré objeciones. Es tu día. Haré lo que quieras. Pero, por favor, que sea un tinte temporal. No quiero presentarme el lunes en la oficina con el cabello pelirrojo.

-¿Por qué no?

-Ya lo sabes. Justin me contrató, entre otras razones, porque no me parecía a mi predecesora. Era una mujer llamativa y coqueta, ¿recuerdas? Alice nos lo contó todo sobre ella.

Isabel puso los ojos en blanco.

-No creo que un poco de tinte pelirrojo en el cabello te haga llamativa y coqueta.

-Tal vez no, pero prefiero no arriesgarme. Me gusta mi trabajo, Isabel, y no quisiera perderlo.

-¿Sabes una cosa? Empiezo a estar de acuerdo con Rafe. Dice que un tipo divorciado que despide a una guapa secretaria por coquetear con él o es un paranoico con respecto a las mujeres o es gay.

-No despidió a mi predecesora -repuso Rachel a la defensiva-. Era una secretaria eventual. Y Justin no tiene ninguna paranoia con las mujeres. Conmigo es muy simpático.

-¿No se le ve amargado ni retorcido?

-Nunca he visto evidencias de ello.

-Bien, entonces quizá sea gay. ¿Tú qué opinas? ¿Es posible que su mujer lo dejara por eso?

-La verdad es que no lo sé, Isabel; y, francamente, no me importa. Lo que haga mi jefe en su vida privada solo le atañe a él.

-Pero dijiste que era muy guapo. Y que tiene treinta y pocos años. ¿Vas a decirme que no te sientes atraída por él? ¿Ni un poquito?

-En absoluto. No -repitió Rachel firmemente cuando Isabel la miró con los ojos entrecerrados.

-No te creo. Hace poco me dijiste que te sentías tan sola, que te acostarías con cualquier cosa que llevara pantalones . ¿Y ahora trabajas con un hombre guapísimo, posiblemente heterosexual, y no fantaseas con él? Puede que estés algo deprimida, Rachel, pero no estás muerta. Soy tu mejor amiga. He sido tu confidente en cuestiones íntimas y personales durante muchos años. Sé que perdiste la virginidad a la tierna edad de dieciséis, y que después de

eso no te faltó nunca pareja hasta que Eric te dejó. Quizá te inspiren poca simpatía los hombres, después de lo que te hizo ese bastardo, pero...

-Me siguen gustando algunos hombres -la interrumpió Rachel-. Me gusta Rafe -añadió con una sonrisita pícara.

-Sí, a todas las mujeres les gusta Rafe -respondió Isabel cínicamente-, incluso a mi madre. Pero dado que Rafe es el padre de mi futuro hijo, y va a casarse conmigo mañana, no puede ser tuyo, ni siquiera en préstamo. Tendrás que buscarte a otro que satisfaga tus necesidades sexuales.

-¿Quién ha dicho que yo tenga necesidades sexuales?

-¿No las tienes? -Isabel se sorprendió. ¡Si debía de llevar unos cuatro años de celibato!

-Al parecer, no. Ya rara vez pienso en el sexo; y lo necesito aún menos. En realidad -continuó Rachel en tono pensativo-, nunca he necesitado el sexo por el sexo. Para mí tan solo era otra faceta de estar enamorada. Perder la virginidad a los dieciséis no fue un impulso sexual tanto como emocional. Me había enamorado por primera vez y deseaba entregarme a Josh.

-Pero disfrutaste. Me lo dijiste luego.

-Sí, claro que sí. Pero no buscaba únicamente sexo. Deseaba experimentar esa maravillosa sensación que es estar enamorada.

Isabel sonrió.

-Es posible gozar de buen sexo sin que haya amor por medio, Rach.

-Quizá sea así para ti, pero no para mí. Cuando dije que me acostaría con cualquiera tras la muerte de Lettie, eran mi soledad y mi dolor los que hablaban. No puedo acostarme con cualquiera. Para eso tengo que estar enamorada y, sinceramente, después de mi experiencia con Eric, no me creo capaz de volver a enamorarme. Me faltan la fuerza y el valor necesarios. Eric me hirió más de lo que podría expresar con palabras. Pensé que me amaba tanto como yo lo amaba a él. Pero ahora, al volver la vista atrás, no creo que me amara lo más mínimo.

-Ese canalla egoísta no te quería. Pero eso no significa que algún día no puedas conocer a un hombre que te ame como mereces ser amada.

-Lo dices porque tuviste la suerte de conocer a Rafe. No hace mucho, tenías una opinión menos elevada del sexo masculino.

-Cierto -Isabel no podía negar que siempre había sido escéptica en lo que a los hombres se refería. Conocía el pasado de Rachel y no podía reprocharle que albergara esos sentimientos. Eric la había

tratado vergonzosamente, dejándola al enterarse de que pensaba dejar su trabajo para cuidar de Lettie. Eso, sumado al hecho de que el propio marido de Lettie abandonase a su cada vez más torpe esposa, debió de ser la gota que colmó el vaso. Con razón la fe de Rachel en el sexo masculino se había visto seriamente mermada.

-Soy feliz asi Isabel -siguió diciendo Rachel-, sin un hombre en mi vida. Disfruto mucho con mi trabajo. Es muy interesante trabajar para un asesor bursátil. Estoy aprendiendo mucho sobre la Bolsa y sobre las finanzas en general; nunca han sido mi especialidad, como sabes muy bien. Me estoy planteando ir- a la universidad por las noches el año que viene y estudiar Empresariales. Tengo planes para mi vida, Isabel, así que deja de preocuparte por mí.

Isabel suspiró. Siempre había dicho que Rachel era una chica valiente, pero poco afortunada. Esperaba que, algún día, apareciese un hombre digno de ella. Un hombre con carácter y sensibilidad. Un hombre que tuviese mucho amor que dar.

Porque eso era lo que Rachel necesitaba. Ser amada. Sincera y profundamente. Con desesperación.

«Como Rafe me ama a mí», se dijo Isabel ensoñadoramente.

Dios santo, era muy afortunada.

Pobre Rachel. Sentía muchísima lástima de ella.

Capitu1o 2

EL lunes por la mañana, Rachel se apresuró por la calle para no llegar tarde. Había tomado un tren posterior al que tomaba siempre, pues esa mañana había tardado en prepararse para ir a trabajar, y ahora trataba de recuperar el tiempo perdido.

Al doblar una esquina, el sol matutino la deslumbró, aunque no por ello aflojó el paso. Comprendió que el día sería caluroso. La primavera se había retrasado aquel año, pero había entrado con fuerza. Ni una sola nube manchaba el claro cielo azul.

Estaba claro que tendría que comprarse ropa nueva pronto. Adquiriría prendas que no fuesen de color negro, aunque tampoco excesivamente brillantes o frívolas. Por desgracia, habría de posponer tales compras hasta que Isabel volviera de su luna de miel. Rachel no tenía ni idea de dónde estaban las tiendas a las que su amiga la llevó la última vez. De momento, pues, tendría que seguir vistiendo de negro.

Bendito fuese el aire acondicionado, pensó mientras se subía las mangas de la chaqueta y avanzaba por la empinada calle. Una mirada de soslayo a su reflejo en el escaparate de una tienda bastó para arrancarle un gemido. Aún tenía el cabello pelirrojo, pese a los numerosos lavados que se dio el día anterior y esa misma mañana. Si Isabel no se hubiera encontrado camino de ultramar en su viaje de novios, la habría puesto de vuelta y media. Su peluquero debió de utilizar un tinte semipermanente, estaba segura de ello.

Cierto era que había resultado muy atractiva en la boda. Desde lejos, claro. Era asombroso lo que un vestido elegante, un peinado bonito y un buen maquillaje podían lograr.

Pese a todo, Rachel se alegraba de que los repetidos lavados hubiesen rebajado un poco la intensidad del tinte. Como le había dicho a Isabel, adoraba su trabajo y no deseaba perderlo. Ni poner en peligro la relación que ya había entablado con su jefe, basada en la profesionalidad y el respeto mutuo.

Rachel llegó sin resuello al alto edificio de oficinas sede de AWI, la enorme compañía de seguros donde trabajaba. Justin era un analista financiero independiente que AWI había contratado como asesor durante dos años; después, tenía intención de abrir su propia asesoría, preferiblemente lejos del núcleo céntrico de la ciudad, explicó a Rachel un día mientras tomaban café durante un descanso.

Rachel valoraba mucho a su jefe. Admiraba su férrea ética

profesional y su falta de arrogancia. Casi todos los hombres con su físico y su inteligencia poseían egos igualmente grandes. Justin, no. No era que fuese perfecto, ni mucho menos. Tenía sus momentos de persona difícil y exigente. Y algunos días su humor dejaba mucho que desear.

Aun así, nada le gustaría más a Rachel que irse con él cuando abriese su asesoría. Justin ya había sugerido que tal cosa era posible, si ella así lo quería. Parecía satisfecho con sus servicios.

Una ráfaga de sol iluminó el cabello pelirrojo de Rachel mientras cruzaba las puertas giratorias de cristal del vestíbulo. Rachel gimió de nuevo. Definitivamente, aprovecharía la hora del almuerzo para comprar otro tinte castaño.

Nadie la miró dos veces mientras subía en el ascensor al décimo quinto piso; en realidad, nadie la conocía. Justin trabajaba solo, en un área muy reservada, y se comunicaba con otros miembros de la empresa por teléfono o correo electrónico. Asistía todos los meses a reuniones con los ejecutivos, pero nunca iba a los actos sociales celebrados por la compañía y se negaba terminantemente a involucrarse en la política interna de AWI.

En realidad, su jefe era un solitario.

Lo cual le parecía perfecto a Rachel. La verdad era que se había vuelto un poco tímida, menos con sus amigos más cercanos, como Isabel y Rafe, cosa que no era en absoluto propia de ella. Antes había sido muy extrovertida. Isabel insistía en que acabaría recuperando su antigua personalidad, pero Rachel empezaba a dudarlo. Las experiencias de los últimos años la habían cambiado. Se había vuelto introvertida. Y seria. Y, por qué no decirlo, sosa.

Ese era el mayor de los cambios que había experimentado, desde luego. Había perdido su atractivo, y tiñéndose el pelo no iba a recuperarlo. Todo aquello la hacía sentirse estúpida.

Al abrirse las puertas del ascensor, Rachel corrió como una bala por el pasillo, esperando haber llegado antes que Justin. Su jefe hacía ejercicio en el gimnasio de la empresa todos los días, antes de ponerse a trabajar, y en ocasiones perdía la noción del tiempo, de ahí que se presentase tarde algunas mañanas.

La puerta estaba cerrada, lo que anunciaba que aquella era una de esas mañanas. Rachel suspiró aliviada. Se encontraba sentada a su mesa, compuesta y trabajando con el ordenador cuando la puerta se abrió al cabo de quince minutos.

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué diría su jefe cuando viera su pelo?

Justin entró dando grandes zancadas, tan atractivo como de

costumbre, con un traje azul marino, camisa blanca y corbata azul claro. Tenía el cabello aún húmedo, lo que indicaba que se había duchado hacía poco rato. Llevaba los periódicos de la mañana debajo de un brazo y su maletín negro en la otra mano. Parecía distraído, ceñudo, con el entrecejo fruncido sobre su fuerte y recta nariz, en un gesto de preocupación.

-Buenos días, Rachel -saludó mirándola brevemente mientras pasaba de largo-. Deja el café para dentro de diez minutos, ¿quieres? -dijo mientras entraba en su despacho privado-. Tengo algo que hacer antes.

Cuando hubo cerrado la puerta, Rachel miró furiosa en su dirección. Sus ojos castaños mostraban por primera vez un atisbo de resentimiento femenino.

-¡Pues vaya! -exclamó mirando la puerta cerrada-. ¡Buenos días!

Ni se había fijado en su cabello. Ni aunque hubiese estado completamente desnuda lo habría notado, se dijo Rachel. Pese a los kilos que había ganado recientemente, continuaba estando muy delgada.

«A pesar de todo, sigues teniendo más pecho que yo», le había dicho Isabel mientras se vestían para la boda. «Estás muy bien proporcionada. Me has sorprendido».

Rachel se había reído entonces. Y volvía a reírse ahora, aunque en otro tono. ¿Por qué diablos se estaba imaginando a sí misma desnuda?

Todo era culpa de Isabel y sus estúpidas sugerencias acerca de Justin y del sexo.

¡El sexo! Algo en lo que no valía la pena pensar ya.

Rachel intentó trabajar durante los siguientes ocho minutos a despecho de su enojo. Finalmente, se rindió y se levantó para servirle a Justin una taza de café.

-Adelante -dijo Justin cuando ella llamó diez minutos después de que él hubiese emitido su orden.

Al entrar, Rachel lo encontró sentado ante la hilera de ordenadores que se alineaban al fondo de su despacho en forma de U. Justin permanecía de espaldas a ella mientras iba con su silla giratoria de un ordenador a otro, deteniéndose un par de segundos en cada pantalla. Se había quitado la chaqueta y tenía la camisa remangada. También se había aflojado la corbata, se dijo Rachel sin necesidad de verlo para saberlo.

-Deja el café ahí -indicó él, dando una palmadita en la mesa sin alzar los ojos.

Haciendo una mueca de frustración, Rachel dejó la taza de café

y estaba a punto de salir cuando, de repente, se detuvo.

-Justin...

-¿Mmm? -murmuró él sin levantar la mirada.

Ella suspiró.

-Justin, tengo que hablar contigo -dijo firmemente.

-¿De qué?

-Quisiera explicarte lo de mi cabello pelirrojo.

-¿Qué cabello pelirrojo? -Justin se giró por fin y levantó los ojos. Frunció el ceño y ladeó ligeramente la cabeza---. Mmm- Es un poco brillante para ti, ¿no?

Rachel hizo una mueca.

-Me pareció adecuado para la boda del sábado -explicó, espoleándola su orgullo a decir algo en su defensa.

Él abrió de par en par sus ojos azules.

-¿Boda? ¿Qué boda? Dios santo, Rachel, no te habrás casado durante el fin de semana sin decirme nada,¿verdad?

Rachel casi se echó a reír.

-No debes preocuparte por algo semejante, Justin -respondió cínicamente-. No, fui dama de honor en la boda de mi mejor amiga. Ella insistió en que me tiñese el cabello de pelirrojo para la ocasión. En teoría, el tinte debía desaparecer con un Simple lavado. Pero, como puedes ver, no ha sido así. Solo quería asegurarte que volveré a teñírmelo de castaño esta misma noche.

Él se encogió de hombros, indiferente, antes de garrar la taza de café.

-¿Para qué tomarte la molestia? -dijo entre sorbos-. No estás tan mal. Y el tinte se te acabará yendo con el tiempo, conforme te crezca el pelo.

Los hombros de Rachel se tensaron. ¿Que esperase hasta que le creciera el pelo? ¿Realmente pensaba que tenía tan poco orgullo como para pasearse con media melena pelirroja y otra media castaña durante dos años, por lo menos?

-Estoy horrible y tú lo sabes -dijo bruscamente antes de alejarse para no decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Rachel podía notar cómo él la miraba mientras se dirigía hacia la puerta abierta, seguramente preguntándose qué le ocurría. Ella jamás le había hablado en ese tono con anterioridad. No obstante, cuando se volvió para cerrar la puerta, vio que Justin no la estaba mirando en absoluto. Ni pensando en ella. Volvía a estar absorto en su laberinto de ordenadores.

Rachel solo fue consciente de la magnitud de su ira cuando intentó ponerse a trabajar de nuevo. No entendía por qué estaba tan

enfadada con Justin. Su reacción de indiferencia ante su cabello debería haberla complacido. Pero, por un momento, por un vívido e intenso momento, había sentido deseos de quitarle la taza de café de las manos y arrojársela a la cara.

Fue tal vez una suerte que su jefe no saliera del despacho en toda la mañana ni la llamase para pedir más café. Estaba claro que se hallaba inmerso en algo importante, alguna idea nueva en el campo de la programación o alguna crisis financiera que requería toda su atención.

Rachel había descubierto que Justin no solo era un genio de las finanzas, sino también de la informática. Había creado varios programas para seguir y predecir las tendencias de los mercados y analizar otras fuerzas económicas. Aparte de atender sus labores normales de secretaria, Rachel pasaba un par de horas cada día introduciendo datos en los enormes archivos utilizados por tales programas. Necesitaban actualizaciones constantes para funcionar de forma adecuada.

Estaba terminando aquella tediosa parte de su trabajo, poco antes del mediodía, cuando la puerta principal se abrió y entró la madre de Justin.

Alice McCarthy tenía poco más de sesenta años; era viuda y tenía dos hijos. Había sido una de las mejores clientas de Rachel durante los cuatro años en que esta se sirvió de sus habilidades con la costura para poder llegar a fin de mes. Alta, de hombros anchos, con una delantera formidable y unas caderas increíblemente estrechas, Alice tenía problemas para encontrar ropa que le quedase bien. Así pues, necesitaba una modista competente capaz de arreglar las prendas de vestir que compraba.

Hasta hacía poco, Rachel había sido esa modista. Alice la conoció mediante uno de los folletos que Rachel había distribuido anunciándose como costurera.

A pesar de la diferencia de edad, las dos se llevaron de maravilla desde el principio. La vitalidad de Alice había aportado un poco de alegría a la vida aburrida de Rachel. Al morir la madre adoptiva de esta, Alice tuvo el generoso detalle de recomendar a Rachel para el puesto que ocupaba ahora, pese a saber que tendría que buscarse otra modista.

-¡Alice! -la saludó Rachel con alegría-. Qué maravillosa sorpresa. Tienes un aspecto inmejorable. El azul siempre te ha sentado bien.

Alice, tan susceptible a un cumplido como cualquier otra mujer, sonrió de oreja a oreja.

-Lisonjera. Nada me sienta bien con esta desastrosa figura que

tengo. Pero hago lo que puedo. Caramba, tú sí que tienes mejor aspecto. Has engordado. Y te has teñido el pelo.

Rachel se palmeó el cabello.

-No por mucho tiempo. Esta noche volverá a su castaño de siempre. Tuve que teñírmelo para la boda de Isabel. Te acuerdas de ella, ¿verdad? La conociste en el funeral de Lettie.

-Sí, claro que me acuerdo. Una rubia muy guapa.

-Exacto. Quiso que me tiñera de pelirrojo para la ocasión. Aunque iba peinada de otra manera, claro. Con el cabello suelto y ondulado. También me puse más maquillaje que una modelo en una sesión fotográfica.

-¡Seguro que estabas guapísima!

-No creas. Pero quedé muy bien en las fotografías. Sé que este color no me favorece para llevarlo a diario.

-Pero podría favorecerte, Rachel, si te maquillaras más. La única pega es que resalta demasiado en alguien de tez tan pálida. Y ese traje negro resulta demasiado austero, en contraste. Pero si te pusieras algo azul, por ejemplo -añadió Alice con ojos chispeantes-, y te aplicaras un poco de maquillaje, ese cabello pelirrojo quedaría perfecto.

-Alice --dijo Rachel con cierta cautela-, tú misma me hablaste de mi predecesora. Esa secretaria temporal tan despampanante y coqueta de la que tu hijo se deshizo con alivio. Si Justin me dio este trabajo es porque le gusta mi aspecto.

Alice puso los ojos en blanco.

-Ese chico ya ni sabe lo que le gusta -gruñó-. La fulana de su mujer le hizo una verdadera faena. Si volviera a encontrármela, sería capaz de...

Fuera lo que fuese lo que Alice pensaba hacerle a la ex esposa de su hijo, quedó sin decir, pues en ese momento se abrió de golpe la puerta del despacho de Justin.

-¡Mamá! Me pareció oír una voz conocida. ¿A qué has venido? ¿Y de qué estabais hablando? No habrás estado chismorreándole a Rachel de mí, ¿verdad?

Alice se ruborizó, aunque se las arregló para no parecer demasiado culpable.

-Yo nunca chismorreo -respondió a su hijo en tono desafiante-. Solo digo verdades.

Justin se echó a reír.

-En ese caso, ¿a qué has venido? Y nada de mentiras piadosas. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Alice se encogió de hombros.

-Vine temprano a la ciudad a hacer algunas compras; pero no vi nada que me gustase y se me Ocurrió pasarme por aquí para invitarte a almorzar. Y a Rachel también, si ella quiere.

-Oh, no. No puedo -protestó Rachel de inmediato-. Tengo que ir a comprar una cosa. A saber, tinte castaño

-Yo tampoco puedo -informó Justin a su madre-. Anoche se produjeron ciertos movimientos inesperados en la Bolsa de valores y he de redactar un informe para los poderes fácticos. Así que almorzaré mientras trabajo. Pensaba enviar a Rachel en busca de algunos sándwiches.

-Pobre Rachel -dijo Alice-. Creí que los tiempos en que las secretarias hacían esas labores tan ignominiosas ya habían pasado. Seguro que le pides que te lleve café unas veinte veces al día. ¿Y qué más? ¿También va a la lavandería a recoger tu ropa?

Justin pareció sorprendido.

-Pues sí, ha ido a recoger mi ropa en un par de ocasiones -sus ojos se llenaron de preocupación mientras se desviaban hacia Rachel-. ¿Te disgusta hacer ese tipo de trabajo, Rachel? Nunca me habías dicho nada al respecto.

Rachel suspiró. Por supuesto que no le disgustaba. Si Alice pensaba que esos quehaceres eran ignominiosos, que probara a cambiar sábanas empapadas de orín todas las mañanas.

-No, no me importa en absoluto. De verdad, Alice -insistió al ver que la madre de Justin se mostraba escéptica-. No me importa.

Entonces fue Alice quien suspiró.

-No, claro que no. Pero no te aproveches de la buena naturaleza de Rachel -advirtió a su hijo.

Rachel deseó que Alice simplemente cerrase la boca.

Los ojos de Justin volvieron a encontrarse con los suyos y, por su expresión exasperada, Rachel comprendió que él pensaba exactamente lo mismo.

Le dirigió una sonrisa de complicidad., y los ojos azules de Justin chispearon en respuesta.

-Yo jamás me aprovecharía de Rachel -dijo él a su madre-. La valoro demasiado como para correr el riesgo de perder a la mejor secretaria que un hombre puede desear.

Rachel notó que se le acaloraban las mejillas ante sus halagos.

En ese momento no comprendió lo irónicos que eran.

Capítulo 3

LA mayoría de los solteros de la ciudad esperaban con ansiedad las tardes de los viernes. Salían de las oficinas e iban a sus bares favoritos a tomar unas copas; tenían por delante un fin de semana, dos días completos durante los cuales podrían olvidarse de sus ordenadores y sus mesas de trabajo.

Rachel era una de las excepciones a la regla. Desde que volvió a trabajar, detestaba los fines de semana, porque odiaba la perspectiva de pasar dos días sin hacer nada.

Mientras iba de camino a la oficina, el viernes por la mañana, Rachel se dijo que debería ir de compras ese fin de semana, simplemente por hacer algo. Siempre podía leer o ver la televisión, desde luego; pero, por algún motivo, no deseaba quedarse metida en casa. Le apetecía salir a dar una vuelta.

Rachel miró al cielo antes de entrar en el edificio. Las nubes aparecían más espesas que en el día anterior. Tal como se había pronosticado, el tiempo había cambiado de un día para otro, trayendo consigo lluvias intermitentes.

La idea de que lloviese durante el fin de semana desanimó a Rachel respecto a ir de compras, Tal vez debiera esperar a que Isabel volviese, después de todo. En realidad, no tenía ninguna prisa; podía seguir utilizando sus trajes negros unos días más.

Sí, decidió mientras atravesaba la puerta giratoria de cristal. Las compras podían esperan

Justin ya estaba en la oficina cuando Rachel llegó. Sorprendentemente, había puesto él mismo la cafetera y estaba sirviéndose una taza de café al entrar ella. Llevaba puesto uno de los trajes favonitos de Rachel, un conjunto de color gris claro que realzaba el color moreno de su pelo y el azul de sus ojos.

-Buenos días -saludó él con una sonrisa afectuosa-. ¿Quieres que te sirva una taza?

-Sí, por favor -contestó ella, más animada ahora que había llegado al trabajo. Dejó el bolso negro y el paraguas,

-¿Qué tal hace? -inquirió Justin mientras le pasaba la taza.

-Está nublado.

-¿Pero no está lloviendo?

-Todavía no, aunque lloverá pronto.

-Mmm.

Rachel detectó algo en aquel «mmm» que picó su curiosidad.

-¿Por qué lo dices? -preguntó-. ¿Tienes algo planeado para el fin

de semana que temes que estrope la lluvia?

El se retiró la taza de los labios.

-En realidad, es todo lo contrario. No estaré en Sidney. Volaré a la Costa Dorada esta tarde para pasar el fin de semana en un hotel de cinco estrellas, situado junto al mar.

-Qué suerte -replicó ella, preguntándose con quién pasaría el fin de semana.

-no tienes por que sentir envidia. Tu vendras conmigo.

Rachel se alegró de haber dejado la taza de café sobre la mesa, porque estaba segura de que, de lo contrario, la habría derramado.

Justin dejó escapar una risita.

-Deberías ver la cara que has puesto. Pero no te asustes. No será un fin de semana deshonesto. Se trata de un asunto de trabajo.

Rachel cerró la boca entonces. Por supuesto que se trataba de trabajo. ¿Cómo pudo haber imaginado, aunque fuese por un segundo, que pudiera ser otra cosa?

-¿Qué clase de trabajo? -inquirió, sintiéndose ya lo bastante segura como para agarrar la taza y tomar un sorbo de café.

-Un trabajo de asesoría financiera distinto de los que suelo hacer. Al parecer, ese hotel, llamado Sunshine Gardens, está en venta, y AWI está interesada en su compra, así que quiere información de primera mano sobre sus posibilidades. En teoría, podremos disfrutar de un poco de tiempo libre, salvo mañana por la noche. Cenaremos con el director y después nos mostrarán un informe de datos y cifras, destinado a convencernos de que se trata de una sólida inversión. En teoría, tendría que haber ido Guy Walters, pero le es imposible, así que iré yo en su lugar.

Rachel arrugó la frente.

-¿Quién es Guy Walters? No lo recuerdo.

-Seguro que lo conoces. Un tipo fuerte y corpulento, de unos cuarenta años. Calvo. Se encarga de las inversiones inmobiliarias.

Rachel intentó hacer memoria.

-No, no recuerdo a nadie con ese aspecto.

Ahora fue Justin quien frunció el ceño.

-Tienes razón. - Guy no ha venido a verme desde que tú empezaste. Hago pesas con él todas las ma

ñanas. Ha tenido que tomar un vuelo urgente a Melbourne, porque su padre está enfermo, y me

rogó que lo sustituyese. También dijo que la opinión de una mujer era fundamental en este asunto.

Según él, las mujeres percibís cosas de las que nosotros no nos damos cuenta.

-¿Y qué mujer iba a acompañarle a él? ¿Su secretaria? ¿Alguna colega?

-Pues no, pensaba ir con su esposa. Cuando señalé que yo no estaba casado, contestó que seguramente no tendría dificultades en encontrar a alguna chica. Piensa que mi agenda está repleta de números de teléfono de mujeres dispuestas a pasar conmigo un fin de semana.

Rachel dejó de beber el café.

-¿Y no es así?

-Por Dios, no -la expresión de desagrado de Justin era evidente-. No es mi estilo.

Rachel no sabía qué pensar. Tal vez no le gustaban las mujeres, simplemente. o quizás fuera algo anticuado en lo que respectaba a la moral y las costumbres.

Aun así, a la escéptica que había en Rachel le costaba trabajo creer que un varón heterosexual de la edad de Justin prescindiese totalmente del sexo.

-Le dije a Guy que llevaría a mi valiosa. y astuta secretaria -agregó Justin-. Si estás libre claro. ¿Lo estás?

-Sí, pero...

-¿Pero qué?

-¿Y el alojamiento? Si ese tipo pensaba ir con su mujer..

-Ya he pensado en eso, y no hay por qué preocuparse. AWI dispondrá de una suite con dos dormitorios y baños separados. Además, no tendrás que pasar cada minuto del día conmigo. Serás libre como un pájaro. Eso sí, espero que me acompañes a la cena del sábado.

-Eh... ¿Y qué ropa debo ponerme para una ocasión así?

-Guy dijo que sería una cena de etiqueta. Solo Dios sabe por qué. ¿Dispones de algún conjunto adecuado en tu guardarropa? Si no, estoy seguro de que AWI podrá costearte un vestido. Puedes comprarlo allí mismo mañana. En las localidades turísticas hay muchas boutiques.

-No, tengo un vestido idóneo -respondió Rachel, pensando de inmediato en el traje que había llevado en la boda. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en cómo reaccionaría él si la viese con el cabello suelto, en lugar de recogido en un moño, y con un poco de maquillaje. Nada exagerado, desde luego. Algo clásico y elegante.

-Magnífico. Y no olvides que allí hace bastante calor en esta época del año -prosiguió Justin-. Necesitarás ropa ligera para el día. E informal.

Rachel vio la expresión de sus ojos mientras recorría con la mirada el austero traje negro que ella llevaba puesto.

-Tranquilo, Justin -contestó ella cínicamente-. Tengo ropa más informal que esta.

Y era gracias a Isabel. Cuando esta rompió con su antiguo prometido, le regaló a Rachel todo su guardarropa, que había adquirido para un posible viaje de luna de miel a un país tropical. En aquel entonces, Rachel pensó que jamás tendría ocasión de utilizarlo. Y ahora tenía la oportunidad.

¡Qué extraño giro del destino!

-¿Cuándo sale el avión? -inquirió.

-A las cuatro, así que tenemos poco tiempo para hacer todo lo que tenemos pendiente antes de irnos. Aún he de comprobar cómo andaban las Bolsas anoche y tú tienes que actualizar los datos Asi que, veamos... Vives en Turramurra, ¿verdad?

-Por el momento.

Él arrugó la frente.

-¿Qué quieres decir con eso?

-La casa es de mi amiga. Me hospedo con ella temporalmente desde que murió mi madre adoptiva. ¿No te acuerdas? Te hablé de Lettie y de su enfermedad en la entrevista.

Justin se dio una palmada en la frente y dirigió a Rachel una mirada de disculpa.

-Naturalmente. Me explicaste que pensabas buscar una vivienda más cercana a la ciudad. Lo siento. Lamento no haberte escuchado ese día. ¿Has encontrado ya algo?

-Estoy cuidando de la casa de Isabel mientras ella está de luna de miel. No volverá hasta dentro de quince días. Pero pienso alquilar una vivienda propia cuando regrese.

-Los pisos de alquiler están muy caros -advirtió Justin-. Incluso los apartamentos de mala muerte.

-A mí me lo vas a decir. He estado buscando en el periódico. Solo puedo permitirine estudios diminutos. o eso, o compartir un piso -lo cual era un último recurso. La idea de vivir con unos desconocidos no la seducía en absoluto.

-No te imagino compartiendo piso con extraños -comentó Justin, cuya intuición sorprendió a Rachel-. ¿No puedes quedarte en la casa de tu amiga? Seguramente ella no la necesitará, ahora que se ha casado.

-Me la ofreció por una renta simbólica.

-Pues no seas tonta y acéptala -dijo Justin pragmáticamente-. Bueno, ¿cuánto crees que tardarás en ir hasta allí, hacer el equipaje

y dirigirte al aeropuerto? Yo te pagaré los taxis, desde luego.

-No creo que pueda hacerlo en menos de dos horas, y eso contando con que no haya embotellamientos de tráfico. Hoy es viernes, ¿sabes?

-Cierto. Eso significa que tendrás que irte de aquí a la una, como muy tarde. Guy me pasó los billetes de avión. Te daré uno antes de que te vayas y nos reuniremos en la puerta de embarque. ¿Te parece bien?

-sí, de acuerdo.

Justin sonrió por encima del borde de su taza.

-Sabía que no protestarías. Cualquier otra mujer se habría puesto histérica, aduciendo que necesitaría todo el día para hacer el equipaje y cambiarse de ropa. Pero tú no.

Rachel esbozó una sonrisita triste.

-No sé si tomarlo como un halago o como una crítica.

-Como un halago -respondió Justin cínicamente-. Créeme. Bueno, pongámonos a trabajar. Quiero dejar la mesa despejada de trabajo y tener la mente clara cuando el avión salga esta tarde. No sé tú, pero yo estoy deseando tomarme un descanso de la oficina y de este clima asqueroso. Siempre me han gustado el sol y el mar. Por cierto, no olvides llevarte un bañador. Aunque no te guste el mar, el hotel dispone de una magnífica piscina, según me han dicho.

Justin soltó la taza vacía y se alejó, dejando a Rachel allí de pie, mirándolo, notando que el estómago le daba un vuelco al acordarse del bikini amarillo que Isabel le había regalado.

La idea de bañarse con un bikini amarillo delante de su jefe le provocó un estremecimiento. Aunque a él, seguramente, le importaría un comino el aspecto que ella tuviera.

Rachel se concentró en el trabajo. A la una en punto, se puso en marcha, y el taxi la llevó hasta Turramurra en un tiempo razonable. No le costó mucho hacer el equipaje. La ropa que le había regalado Isabel ya estaba guardada en una bonita maleta, así que solo fue cuestión de retirar algunas prendas y añadir otras, como el vestido de la boda, además de su neceser. Guardó, asimismo, unas sandalias blancas de Isabel, sabiendo que a su amiga no le importaría.

Rachel no tuvo tiempo para cambiarse, pero se puso una camiseta debajo de la chaqueta negra para poder quitarse esta última prenda cuando llegasen a Coolangatta.

A las dos y diez, ya había tomado otro taxi e iba camino del aeropuerto, aunque esta vez el viaje fue más lento porque había empezado a llover con fuerza. El taxi avanzó lentamente por la

autopista del Pacífico. Se había producido un accidente en la intersección de Roseville, lo que provocó un atasco; siguieron avanzando a paso de tortuga hasta llegar a Chatswood. A partir de ahí, el flujo del tráfico mejoró. Cuando Rachel llegó por fin al aeropuerto, faltaban tan solo diez minutos para la hora de embarque.

Mientras corría apresuradamente por los pasillos hacia la puerta correspondiente Rachel esperó que Justin no estuviese preocupado. Al fin avistó la puerta 11, y a Justin. Este estaba sentado en uno de los asientos de la sala de espera, leyendo un periódico, y no parecía preocupado en absoluto, aunque miraba por encima de las páginas del diario de vez en cuando. Al ver a Rachel, sonrió y dio una palmadita en el asiento de al lado, invitándola a sentarse.

-Lo has conseguido -dijo mientras ella se sentaba.

-De milagro. El tráfico estaba fatal. Deseé tener un teléfono móvil para llamarte y decirte dónde estaba.

-No te preocupes -repuso él-. Ya estás aquí.

-Sí. Sí, ya estoy aquí -sin aliento, aliviada y bastante excitada, pero allí estaba. Hacía años que no iba a algún sitio de fin de semana, y ahora iba a volar hasta la Costa Dorada en compañía de un hombre muy atractivo.

Sí, era solo su jefe, y no había nada ni remotamente romántico entre ellos. Pero. los demás no lo sabían. Los demás -Podían mirarlos y pensar que se iban juntos de fin de semana para vivir una aventura de índole sexual.

«De eso ni hablar, estúpida», le dijo una vocecita que sonaba en el fondo de su mente. «Fíjate en Justin. ¡Es guapísimo! El ejemplo perfecto de hombre alto, moreno y guapo. Y fíjate en ti. La vulgaridad personificada. Hace unos años, las cosas podrían haber sido muy distintas. Entonces eras una auténtica belleza. Ahora eres una sombra de ti misma. No, ni siquiera una sombra. Una cáscara. Eso es lo que eres. ¡Una cáscara vacía, carente de atractivo sexual!»

Rachel se derrumbó contra el respaldo del asiento, notando que una ola de abatimiento sepultaba su anterior entusiasmo.

_Creo que este viaje te sentará bien -dijo Justin repentinamente.

-¿Eh? -respondió ella con cautela-. ¿Por qué lo dices?

-Te he visto un poco apagada desde que tu amiga se casó la semana pasada. Creo que la echas de menos. Y trabajar para un tipo aburrido y adicto al trabajo como yo no debe de ser muy divertido.

Ella se quedó mirándolo.

-Tú no eres aburrido. Me gusta mi trabajo. Y me gusta trabajar para ti.

Justin le sonrió.

-Y a mí me gusta que trabajes para mí. Eres una mujer verdaderamente encantadora. Por eso me preocupa lo que dijo mi madre el otro día. Respóndeme con franqueza, Rachel. ¿Te molesta tener que servirme el café y hacerme recados? Si es así quiero que me lo digas ahora mismo.

-No, Justin, no me importa. De verdad. A veces constituye un cambio grato salir y hacer un poco de trabajo físico en lugar de estar sentada delante del ordenador actualizando datos.

Él frunció el ceño.

-Una labor tan mecánica como actualizar datos debe de resultar muy aburrido para alguien tan intelígente como tú. Debería dejarte participar más en lo que hago, explicarte los programas, enseñarte a analizar los datos por tu cuenta, darte la oportunidad de utilizar ese brillante intelecto. ¿Te gustaría?

-¡Oh! ¡Me... me encantaría! Si... si crees realmente que soy capaz de hacerlo, claro está -añadió Rachel, con una falta de confianza en sí misma equiparable a su entusiasmo.

-por supuesto que eres capaz. De ese modo, cuando monte mi propia empresa, podrás desempeñar solo el cargo de secretaria de dirección y ganar un salario en consonancia. Contrataremos a otra chica para que se encargue de la recepción y la entrada de datos.

-jJustin! No... no sé qué decir.

-Solo tienes que decir que sí, naturalmente.

Rachel sonrió de oreja a oreja.

-Sí, naturalmente.

-Eso es otra cosa que me gusta de ti. Nunca me discutes nada. Ya anuncian nuestro vuelo. Venga, seamos los primeros en embarcar. Después podré leer cómodamente el periódico y tú podrás leer el libro que llevas en el bolso -Justin se levantó como un rayo.

-¿Cómo sabes que llevo un libro en el bolso? -inquirió ella mientras atravesaban la puerta de embarque y recorrían el túnel en dirección al avión.

-Rachel, dale algo de crédito a mi capacidad de observación -respondió él cínicamente-. Puedo pasar la mayor parte del día con la nariz pegada al ordenador, pero tendría que ser estúpido para no haberme fijado en algunos de tus hábitos. Siempre lees durante la hora del almuerzo. ¿Qué clase de libros te gustan?

-Oh, me gustan de todo tipo. De suspense, románticos, biografías...

-Yo solía leer obsesivamente novelas de suspense cuando estaba en la universidad -comentó Justin en un tono melancólico-. Pero he

de confesar que en la actualidad mis lecturas apenas van más allá de los periódicos y las revistas de Economía.

-Me parece una lástima. La lectura es un pasatiempo excelente. Y una buena forma de evasión.

-Una forma de evasión, ¿eh? Sí, tienes razón. Quizá debería probarlo -musitó él entre dientes-, en lugar del gimnasio.

Rachel oyó a duras penas aquel último comentario. ¿De qué querría evadirse? ¿De los recuerdos de su matrimonio?

Una vez en el avión, Justin se detuvo junto a la fila D y se giró hacia Rachel.

-Siéntate junto a la ventanilla -dijo-. No me importa ocupar el asiento del pasillo. Además, así tendré más sitio para estirar las piernas.

-Gracias -respondió ella agradecida, deslizandose hacia el asiento de la ventanilla. Le gustaba contemplar el paisaje. Una vez que se hubieron instalado, Rachel sacó el libro del bolso y se preparó para el despegue-. Espero que allí no esté lloviendo -dijo mientras se fijaba en la pista empapada por la lluvia.

Justin alzó los ojos del periódico.

-No, según el mapa meteorológico que consulté por Internet. Hoy hace buen día en la Costa Dorada. Y el fin de semana también será bueno.

-Qué estupendo -comentó ella con un suspiro de satisfacción.

En cuanto Justin reanudó la lectura del periódico, Rachel se puso a leer el libro. De momento, no era nada del otro mundo, pero le gustaba el autor y confiaba en que acabara enganchándola al final. No tardó en hallarse inmersa en el mundo de ficción de la historia, así que no vio al hombre que subió al avión poco después. Ni a su acompañante femenina. De haberlos visto, Rachel los habría reconocido a ambos.

Tampoco los vio en el aeropuerto de Coolangatta, a causa del gentío. Además, había estado distraída charlando con Justin en la zona de recogida de equipajes, y no se había fijado en la gente que los rodeaba. De nuevo, la pareja volvió a escapársele en el vestibulo del Sunshine Gardens, pues Justin y ella ya estaban subiendo el equipaje a la suite con vistas al mar cuando aquellos llegaron.

Rachel pudo no haberlos visto en absoluto hasta la cena del sábado, lo cual habría sido todavía más desastroso, de no ser porque descubrió que su llave fallaba al intentar abrir la puerta de la suite.

-Debe de ser una llave defectuosa -concluyó Justin al ver que la suya sí funcionaba perfectamente-. Llamaré a recepción para que te

subban otra.

-No, bajaré yo misma a buscarla -dijo Rachel---. Ya has visto lo ocupados que estaban.

-Rachel, a veces eres demasiado considerada.

-No creas. Siempre me ha parecido más rápido y menos irritante hacer las cosas yo misma en lu,gar de esperar a que otros las hagan por mí.

-Cierto. Por eso te pretendo subir el equipaje personalmente en lugar de dejárselo al botones. Me parezco a ti. Se me hace difícil esperar. Cuando quiero algo, lo quiero ya. Ve, pues. Yo llevaré la maleta a tu dormitorio y buscaré la cafetera de la habitación. ¿o prefieres que te sirva una copa en lugar de café?

-El café está bien. Pero no tienes por qué molestarte.

-Ya lo sé. Considéralo una devolución por los servicios prestados.

-Justin, a veces eres demasiado considerado -comentó Rachel mientras se apresuraba por el pasillo, sonriendo al oír cómo él se reía en respuesta.

Rachel no tuvo ningún sentimiento premonitorio mientras bajaba de nuevo al vestíbulo. ¿Por qué habría de tenerlo?

Las puertas del ascensor se abrieron y Rachel salió al vestíbulo, fijándose en la decoración mientras se encaminaba hacia el mostrador de recepción. El hotel se parecía a uno al que había ido en cierta ocasión con Eric. Techos altos, colores frescos y paredes de cristal con vistas a exuberantes jardines.

Eric...

De haber sabido lo egoísta y superficial que era, Rachel jamás se habría enamorado de él, y mucho menos habría aceptado su proposición de matrimonio.

Rachel alejó aquellos pensamientos de su mente. No volvería a pensar en Erie. Nunca más.

Sin embargo, irónicamente, al acercarse al mostrador de recepción, vio que se estaba registrando un hombre que le recordaba a Eric, aunque solo podía verle la espalda. Tenía el mismo cabello rubio. La misma forma de enderezar los hombros. La misma elegancia.

La atractiva morena que permanecía a su lado también le resultaba familiar. Rachel los oyó charlar mientras se registraban, y sus voces le resultaban horriblemente familiares.

Entonces, de repente, ambos se volvieron.

Capítulo 4

JUSTIN se sintió agradablemente impresionado al entrar en la suite. Era fresca y confortable, además de espaciosa. Mientras dejaba las dos maletas, se vio a sí mismo en el espejo de la pared. Su cabello, que probablemente necesitaba un corte, estaba despeinado a causa de su carrera por la pista de aterrizaje mientras el viento arreciaba.

Justin se lo alisó con las palmas de las manos, y después se acercó un poco más al espejo para observar las ojeras que ensombrecían sus ojos. Nada que no pudieran solucionar ocho horas seguidas de sueño, se dijo mientras se giraba y se dirigía a la sala de estar principal. Una vez allí, se despojó de la chaqueta y la corbata e inspeccionó el resto de la suite, encontrando que era de su agrado. Los dos

dormitorios tenían acceso a la terraza, que se extendía a lo largo de toda la suite.

La vista que se contemplaba desde la terraza era maravillosa. El mar poseía una belleza que cortaba el aliento, mientras el sol se ponía y el cielo comenzaba a adquirir el color gris del crepúsculo.

Sería fabuloso sentarse en la terraza por la tarde, en una de las hamacas, tomando una copa de vino blanco.

«Me pregunto si a Rachel le gustará el vino», musitó para sí, y esperó que le gustase. Cuando ella volviera, llamaría al servicio de habitaciones para que les subieran un par de botellas. Después llevaría a Rachel a cenar a uno de los restaurantes más elegantes de la zona.

Rachel se merecía que la mimasen un poco, decidió, después de todo lo que había padecido durante aquellos últimos años. Mientras buscaba unas tazas para servir el café, se dio cuenta de que Rachel estaba tardando mucho. Seguramente el personal de recepción seguiría muy ocupado. o tal vez no encontraban otra llave de la suite.

En ese momento, llamaron a la puerta.

Justin se apresuró a abrir.

-No me lo digas -dijo cuando abrió la puerta y vio a Rachel-. No tenían otra llave.

Rachel permaneció allí de pie, inmóvil, con la cara pálida, los ojos angustiados y las manos fuertemente apretadas delante de su pecho.

Justin, a pesar de no ser el hombre más intuitivo del mundo,

reparó rápidamente en su estado afligido.

_¡Rachel! -exclamó-. ¿Qué sucede? ¿Qué ha ocurrido?

-Yo... yo...

Era evidente que no era capaz de hablar; su garganta se convulsionaba mientras luchaba por dominarse a sí misma.

-Pasa -dijo Justin agarrándola del brazo y conduciéndola al interior de la suite.

Rachel parecía a punto de prorrumpir en lágrimas. Una vez que Justin hubo cerrado la puerta, la llevó hasta el sofá situado delante del televisor y se sentó frente a ella.

-Rachel -dijo suavemente, tomando las manos de ella entre las suyas-. ¿Qué ha ocurrido?

Ella emitió una risita que contenía una clara nota de histeria. -

-¿Qué ha ocurrido? -repitió-. Que no me reconocieron, eso es lo que ha ocurrido. El no me reconoció. ¿Puedes creerlo?

-¿Quién es él?

-Eric.

-¿Quién es Eric?

-Era mi prometido -explicó Rachel-, hasta que le dije que dejaría mi trabajo para cuidar a Lettie -sacudió la cabeza, como si fuese incapaz de dar crédito a la situación en que se encontraba-. Creí saber por qué rompió nuestro compromiso -prosiguió con voz trémula-. Creí que no me amaba lo suficiente como para apoyar mi decisión. Nunca se me ocurrió que pudiese haber otra mujer. Y yo le di la excusa perfecta para acabar con nuestro compromiso.

-¿Qué te hace pensar que había otra mujer?

-Porque acabo de ver a esa zorra -contestó Rachel, sorprendiendo a Justin con aquella muestra inesperada de veneno-. Estaba ahí abajo, registrándose con él en el hotel.

-¿Quién es ... ? -inquirió Justin, sabiendo que no podía tratarse de la mejor amiga de Rachel, dado que estaba de luna de miel en otro país.

-La agente inmobiliaria que le vendió el apartarnento donde, en teoría, íbamos a vivir después de casarnos --explicó Rachel con amargura.

-Comprendo. ¿Y están casados?

-Por lo que he deducido a partir de la conversación que mantenían en recepción, viven juntos. o eso, o simplemente han hecho una escapada juntos para asistir a lo que él denominó una «fiesta» relacionada con el trabajo de ella.

-Entiendo -dijo Justin, tratando de tranquilizarla-. Mira, en realidad no sabes si estaba liado con esa mujer antes de dejarte,

Rachel. Estás sacando conclusiones precipitadas.

-No, en absoluto. Sé que tengo razón. En aquel entonces ya presentí algo, pero lo ignoré. Me dije que las miradas íntimas que intercambiaban eran cosa de mi imaginación, igual que los pretextos que Eric utilizaba para reunirse con ella en el apartamento mientras yo estaba trabajando. Eric es un abogado importante, y puede entrar y salir de su bufete cuando quiere.

-Muy bien. Es un canalla, además de un imbécil. ¿Qué importancia tiene ya? No puedes seguir enamorada de él, después de... ¿Cuánto tiempo ha pasado?

-Alrededor de cuatro años.

-¿Lo ves? Si hubieras dicho un año o año y medio -como era su caso con Mandy-, entendería el porqué de tu disgusto.

-El amor no deja de existir simplemente porque uno lo quiera, Justin. Y aunque ya no amase a Eric, no sería humana si no me disgustara al verlo con otra mujer. ¡Pero estoy doblemente disgustada porque ninguno de ellos me reconoció! -concluyó Rachel con un sollozo ahogado.

Un sentimiento de compasión y de comprensión embargó a Justin cuando se dio cuenta de lo que Rachel quería decir. Su dolor no se debía unicamente a la antigua infidelidad de Eric, sino al hecho de que no la hubiese reconocido.

-Tal vez no se fijó bien en ti -dijo proponiendo una excusa-. Quizá estuviera distraído.

-Ojalá hubiese sido así. Pero no. Se dio de bruces conmigo cuando se retiró del mostrador de recepción. Casi me hizo caer al suelo. Incluso me agarró por los hombros y me miró fijamente durante uno o dos segundos. No dio muestras de reconocerme. Y ella tampoco me reconoció. Aunque a ella no puedo reprochárselo, en realidad. Tan solo llegamos a vernos en un par de ocasiones. Apenas me conocía. Y sé que he cambiado mucho. Pero Eric debió haberme reconocido. ¡Fuimos amantes, por amor de Dios!

-¿Le dijiste algo? ¿Lo llamaste por su nombre?

-¿Si le hablé? No -Rachel se estremeció-. Corrí hacia el lavabo de señoras y me escondí allí hasta que se fueron del área de recepción y subieron a su habitación. Por eso tardé tanto.

-¿Crees que... pudo haber fingido que no te conocía?

-No. Lo sé por la expresión de sus ojos. Era completamente neutra. No me reconoció.

-tanto has cambiado en cuatro años, Rachel?

Los hombros de ella se hundieron. Sus ojos se nublaron con una expresión de completa amargura.

-Supongo que sí.

-Bueno, ¿y qué quieres hacer? -inquirió Justin, desanimándose también al comprender que el fin de semana no iba a ser una escapada alegre y relajante, después de todo.

-¿Sobre qué? -preguntó ella con tono cansado.

-Esa pareja seguramente asistirá a la cena de mañana. Esa debe de ser la «fiesta» que oíste mencionar.

El rostro de Rachel se llenó de horror.

-No tienes por qué ir -se apresuró a decir Justin.

-¿Estás seguro? Es decir.. no quiero dejarte en la estacada, pero... no creo que pudiera soportarlo. Eric podría reconocerme si me arreglase un poco. o tal vez no. De todas formas, me sentiría terriblemente incómoda. Sería una mala acompañante, con una nula capacidad de observación.

-No pasa nada, Rachel. De veras. Iré yo solo -Justin le soltó las manos y se enderezó.

Ella alzó la mirada hacia él. Justin se dio cuenta de que sus ojos castaños eran hermosos. ¿Cómo podía aquel idiota no haberla reconocido si había estado enamorado de ella? Los ojos eran lo único que jamás cambiaba. ¿Cuántas veces habría mirado el tal Eric los ojos de Rachel cuando estaban juntos en la cama?

¡Diablos, los preciosos ojos azules de Mandy estaban grabados a fuego en el cerebro de Justin!

-Iré a servir ese café -dijo Justin levantándose.

-Eres muy bueno -dijo ella con voz ahogada, y después prorrumpió en llanto y enterró el rostro en las manos.

Sofocando un gemido, Justin volvió a sentarse y la estrechó entre sus brazos, acunando su rostro contra la pechera de su camisa.

-Ninguna persona decente -dijo suavemente mientras le acariciaba la espalda- podría hacer otra cosa que ser bueno contigo, Rachel. Ese tal Eric es un canalla. Estás mejor sin él.

-Lo sé -sollozó ella-. Pero, aun así, me duele verlo con otra mujer.

-Seguro que sí -murmuró Justin en tono confortante. Solo Dios sabía cómo reaccionaría él si se encontrase con Mandy y el cerdo que se la había quitado-. Quizá sea positivo que lo hayas visto de nuevo -sugirió, aunque ni él mismo se lo creía-. Eso puede darte la motivación que necesitas para olvidarte de él de una vez por todas y seguir adelante con tu vida. Al fin y al cabo, ahora no estás tan mal, ¿verdad? Tienes un trabajo que te gusta, y un jefe considerado. o eso dijiste -añadió sarcásticamente-. Y pronto tendrás un trabajo aún mejor, con unos ingresos que te permitirán vivir en una buena

casa de tu propiedad. ¿Qué más se puede desear?

-Seguir siendo guapa -musitó ella contra su pecho.

Justin le apartó las manos de la cara y le alzó la barbilla.

-Sigues siendo hermosa, Rachel -dijo suavemente-. En el aspecto que verdaderamente importa.

-Claro -repuso ella con tristeza-. Disculpa si no salto de alegría con el cumplido. He descubierto que la belleza interior es una cualidad muy sobrevalorada, sobre todo en lo que se refiere al sexo opuesto.

-No todos los hombres somos tan superficiales como Erie -repuso Justin.

-¿Ah, no? ¿Me permites que te haga una pregunta personal?

-Adelante. -tu ex mujer era guapa? Justin abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Ciertamente, Mandy era una mujer despampanante, guapa, con los azules, una larga melena rubia y un tipo escultural.

Rachel, en cambio, distaba de ser despampanante. Aunque tampoco era fea, ni podía decirse que fuera sosa

Aparte de sus bellos ojos, poseía unas facciones correctas en un rostro de forma ovalada, y una boca interesante, ahora que Justin se molestaba en observarla bien.

Pero siempre estaba pálida, como un cuadro que hubiese perdido el color. Los trajes negros que llevaba le conferían un aspecto demasiado austero.

-Caso cerrado -dijo Rachel sucintamente al tiempo que se levantaba-. Dios mío, me siento fatal. Y debo de tener un aspecto horroroso. Creo que iré a darme una ducha y cambiarme. ¿Por dónde se va a mi dormitorio?

-¿Y el café?

-Gracias, pero ahora mismo no me apetece.

«A mí tampoco», se dijo él. Necesitaba beber algo mucho más fuerte. Tampoco le iría mal comer algo. No había tomado nada desde el desayuno y el ligero refrigerio en el avión. Seguro que Rachel tampoco había almorzado. Con razón estaba tan delgada.

Aunque su delgadez tampoco era tan excesiva, había notado Justin mientras la abrazaba. Tenía unos senos grandes ocultos debajo de la chaqueta negra. o eso, o llevaba un sujetador con relleno.

-Una ducha y un cambio de ropa me parece una buena idea -convino, decidido a no pasar todo el fin de semana con un traje. Lástima que para la cena del día siguiente tuviera que ponerse esmoquin-. Tu dormitorio está al fondo de ese pasillo, a mano

derecha. El baño está a la izquierda. Yo también me meteré en la ducha, aunque antes pediré que nos suban la cena, dado que ahora salir a cenar fuera queda descartado. Seguramente no querrás encontrarte con tu amiguito y su amante. Y no, por favor, no digas que soy muy bueno.

Ella le dirigió una débil sonrisa.

-Está bien.

-Anda, anda, a la ducha -le dijo Justin.

Una vez que Rachel se hubo marchado, Justin se acercó a la mesa donde estaba la carpeta con pastas de cuero en la que figuraban los servicios del hotel y el menú. Repasó la lista por encima y se decantó por algo frío. Una bandeja de marisco variado, un par de ensaladas y fresas con nata, todo ello acompañado de una botella del mejor vino blanco.

A casi todas las mujeres les gustaba el vino blanco, y Rachel necesitaba animarse un poco.

Y él también, francamente.

El servicio de habitaciones subió la cena media hora más tarde; Justin abrió la puerta después de haberse duchado y haberse puesto unos pantalones cortos de color beige y un polo rojo oscuro. Tras darle una propina al camarero, se dispuso a abrir la botella de Chablis.

-¿Estás lista ya, Rachel? -preguntó situándose entre las puertas del baño y del dormitorio de Rachel. No sabía en cuál de las dos habitaciones estaba.

-La verdad es que no -la voz salió del cuarto.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Tengo un pequeño problema.

-¿De qué se trata?

-Lavé... lavé mi ropa interior en la ducha antes de caer en que había olvidado poner una muda en la maleta.

Justin tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse.

-No importa. Ponte una bata, de momento. Mañana ya se habrá secado, y podrás ir a comprar más.

-Esto...

-No me digas que tampoco has traído una bata.

-Sí, sí, tengo una bata. Pero es un poco...

-¿Qué?

-Nada. Soy una tonta al preocuparme -musitó.

-Póntela y sal de una vez. Te espera la copa de antes de la cena.

-Bien. Tardaré... tardaré solo un momento.

-Estaré esperándote en la terraza. No tardes mucho. Detesto

beber solo.

Justin estaba repantigado en una hamaca, bebiéndose su vino y pensando que la vida no era tan mala, después de todo, cuando oyó que se deslizaba la puerta de cristal del lado de Rachel. Giró la cabeza justo a tiempo para verla mientras salía a la terraza.

Justin hizo lo posible para no mirarla con demasiado descaro. Pero, diablos, era difícil no hacerlo.

La bata de Rachel era una provocativa prenda de satén verde esmeralda, que se ceñía a su piel como solo el satén podía hacerlo. Sí, tenía mangas y le llegaba hasta los tobillos; Rachel se había ceñido el cinturón fuertemente, pero ello solo contribuía a realzar la figura del cuerpo, obviamente desnudo, que había debajo.

Era evidente que antes no llevaba un sujetador con relleno, advirtió Justin mientras se fijaba en la generosidad natural de sus senos, que sin duda eran muy bonitos. De hecho, todo su cuerpo era bonito. Tenía una cintura deliciosamente estrecha y la curva de sus caderas le confería un aspecto muy femenino y, sí, casi sexy.

¡Era asombroso lo que había estado ocultando debajo de aquellos trajes negros que se ponía para ir a la oficina!

Y también era asombroso lo que había ocultado aquel peinado horroroso que llevaba. El cabello suelto y húmedo sobre los hombros hacia que su semblante rejuveneciera varios años. Su tez tenía, asimismo, aquel toque de color que tanto necesitaba, seguramente provocado por el calor de la ducha. Justin pudo captar un atisbo del aspecto que Rachel tendría con algo de maquillaje.

Con un buen traje, podría estar fabulosa. Su figura era tremenda.

Cuando Rachel comenzó a avanzar hacia él, el viento hizo que la bata se abriera a la altura de sus rodillas, dejando ver un camisón a juego. Justin no quería mirarla con demasiado descaro para no violentarla. Aun así, el conjunto que llevaba era muy sexy, no la clase de lencería que habría esperado en Rachel.

Justin tuvo una idea que podría salvar el orgullo de Rachel y reportarle a él un poco de satisfacción personal al mismo tiempo. Ya odiaba al canalla de Eric por lo que le había hecho a una mujer tan buena. Dejarla plantada había sido una canallada, ¡pero que no la reconociera había sido el colmo!

Naturalmente, Rachel era la peor enemiga de sí misma en lo que se refería a su aspecto. Podía tener un aspecto mucho mejor que el que tenía a diario.

Si Rachel hacía lo que él iba a sugerirle, sin embargo, el bueno de Eric sí que la reconocería en la cena del día siguiente. Y ella no tendría que huir otra vez al lavabo de señoras ni llorar dolida y

humillada. Podría ir con la cabeza bien alta y demostrarle a su patético ex prometido que había cometido un gran error al dejarla.

Un gran error.

«¿Igual que Mandy cometió un gran error al dejarte a ti?», fue su cáustico y sombrío pensamiento. «¿Es vengar a Rachel lo que pretendes, o vengarte a ti mismo?»

Mandy, pensó Justin con enojo. ¡Siempre acababa pensando en Mandy!

Capitulo 5

AL ver que Justin fruncía el ceño, Rachel se detuvo.

-Creo que debería volver y ponerme otra cosa -dijo-. Esto no es apropiado, ¿verdad?

-¡Desde luego que no! -exclamó él, y luego se rio-. No, no quería decir eso. No te cambies. Así estás perfecta. Diablos, Rachel, llevas encima más ropa que muchas chicas que se ven por la calle hoy día. Ven, siéntate y bebe un poco de vino -le sirvió una copa---. Espero que te guste el Chablis.

-Gracias -Rachel agradeció el vino, y sobre todo el hecho de poder sentarse para no enseñar nada. El corto trayecto por la terraza se le había hecho eterno. ¡Estaba avergonzadísima!

Tomó la copa con ambas manos y bebió un sorbo.

-Oh, sí -suspiró-. Está muy bueno.

-Más vale que sea así. Cuesta una pequeña fortuna. Pero no te preocupes, todo corre por cuenta de la casa, según Guy. Pretendo aprovecharlo al máximo. Y tú deberías hacer lo mismo. Lo cual me da una idea. Espérame aquí.

Soltó la copa de vino y se levantó de la hamaca. Después desapareció por las puertas correderas de cristal.

A Rachel le resultaba extraño ver a su jefe descalzo y con pantalones cortos. Siempre había sabido que tenía un buen cuerpo y un excelente bronceado, pero no había tenido ocasión de comprobar hasta qué punto.

-Lo que yo pensaba -dijo Justin al regresar---.. El hotel cuenta con un salón de belleza.

-¿Un... salón de belleza? -repitió Rachel

-Sí. Al verte con esa preciosa bata verde y el cabello suelto me he dado cuenta, Rachel Witherspoon, de que has estado ocultando tu atractivo. No sé si te habrán dicho que esos trajes negros no te sientan nada bien, ni la forma en que te peinas. Tienes un tipo estupendo. Con un peinado adecuado, un poco de maquillaje y otro guardarropa, estarías más que guapa. Estarías fantástica.

-Pero...

-Pero ¿qué?

-Creí que no querías que tuviera un aspecto fantástico, y menos en el trabajo.

-¿Qué?

-Tu madre me habló de tu anterior secretaria mucho antes que tú.

Él hizo una mueca. Después arrugó la frente.

-De modo que intentaste deliberadamente resultar poco atractiva para conseguir el puesto.

-Bueno... -titubeó ella, sin saber bien qué decir. En realidad, era poco atractiva. Se había limitado a no arreglarse.

-Rachel, Rachel, no tenías que haber hecho tal cosa, Te habría dado el puesto, de todos modos, porque enseguida comprendí que no eras como esa otra chica. No era solamente su forma de vestir, sino su comportamiento. Me acosaba. Me estaba volviendo loco.

-¿Así que no te importaría si me arreglase un poco para ir al trabajo?

-¿Por qué iba a importarme?

-Temía que si me presentaba en la oficina con otro peinado y ropa nueva, creerías que te... te...

-¿Que te estabas arreglando para mí?

-Sí -respondió ella tímidamente.

Justin se echó a reír.

-Qué tonta eres, Rachel. Jamás habría esperado eso de ti -añiadió-. Bueno, quiero que mañana vayas a ese salón de belleza y te sometas a un tratamiento completo. Masaje facial, pedicura, manicura, peluquería. Todo.

-Me parece excesivo -respondió ella.

-Tonterías. Ya verás como mañana noche Eric el Chucho sí te reconoce.

-¿Eric el Chucho? -repitió Rachel con un jadeo ahogado.

-Sí, ese es el apodo que le he puesto. ¿Te gusta?

-Oh, cielos, me encanta.

-¿Qué contestas, pues? ¿Irás a la cena conmigo?

Rachel tragó saliva. Necesitaría hacer acopio de todo su valor para enfrentarse a Eric y a su acompañante. ¡Pero sí, lo haría!

-Sí -contestó, y Justin sonrió de oreja a oreja.

-Fantástico. Esto merece un brindis.

Justin alzó su copa, y ella acercó la suya.

-Por el castigo de Erie el Chucho -anunció él.

Rachel notó que el estómago le daba un vuelco.

-¿Castigo?

-Oh, sí, tu ex va a llevarse su merecido, ¡y yo soy el hombre que va a ocuparse de ello!

Justin se paseó por la sala de estar, aguardando con impaciencia a que Rachel saliera. Había permanecido escondida desde que regresó del salón de belleza, a eso de las cinco, cuando entró sigilosamente en la suite mientras él se afeitaba. Eran ya las siete y

Justin tenía puesto el esmoquin y estaba listo para ir al cóctel previo a la cena, que tendría lugar a las ocho.

Harto de esperar, Justin fue a dormitorio y llamó a la puerta.

-Deja de remolonear ahí dentro, Rachel. Son ya las siete.

-Voy -respondió ella. Pero con voz nerviosa, notó él.

La puerta se abrió, y los ojos azules de Justin se abrieron como platos.

-Dios santo, Rachel. No estás fantástica, ¡estás espectacular!

Incluso ese calificativo se quedaba corto. ¿Dónde estaba la anterior e insulsa Rachel? En su lugar se había una criatura deslumbrante. No, despampanante. Una criatura, deslumbrante, despampanante y sexy.

Justin se quedó allí inmóvil, observándola, tratando de explicarse qué había hecho para lograr semejante transformación.

No era solo por su pelo, aunque lo llevaba peínado de forma diferente, según advirtió. Y de un color pelirrojo intenso. Cortado a capa, le caía hasta los hombros, enmarcando su rostro y sus ojos, sus hermosos ojos, que ahora parecían incluso más grandes. ¿Era el suave maquillaje lo que producía ese efecto, o había algún otro cambio sutil? Fuera como fuese, Justin no podía dejar de mirar sus ojos.

Ella le sostuvo la mirada, titubeante. Aún no era consciente de lo guapa que estaba. De lo asombrosa e increíblemente bella que era.

-¿De veras lo crees así? -inquirió Rachel-. ¿No te parece que estoy... ridícula?

-¿Ridícula? -repitió él incrédulo-. ¿Por qué ibas a estar ridícula?

-Este color de pelo me parece demasiado rojo -dijo ella rozándose el cabello con las uñas, igualmente rojas.

-Cariño, ahora el rojo te sienta de maravilla -la tranquilizó él suavemente,

-Oh... -exclamó Rachel ruborizándose.

-Y ese es el vestido de dama de honor más sensual que he visto nunca.

Era un vestido de seda de color azul turquesa, con tirantes finos y una cintura ajustada que realzaba a la perfección el busto de Rachel. La falda era lisa y le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla. Llevaba puestas unas sandalias turquesa a juego, que dejaban ver sus uñas pintadas de rojo. Justin se fijó en que la piel de sus brazos tenía un aspecto suave y brillante, como la de sus piernas, seguraniente por el masaje que le habían dado unas horas antes.

El salón de belleza se merecía una medalla por el milagro que había obrado. Pero Rachel aún se mostraba insegura. Era evidente

que necesitaba que la animasen un poco más.

-Estás maravillosa, Rachel. Eric el Chucho sentirá envidia cuando me vea entrar en esa fiesta contigo del brazo.

-Creo que es la novia de Eric quien puede sentir envidia -contestó Rachel mientras miraba a Justin de arriba abajo.

Justin se sorprendió, aunque le complacía que a ella le pareciese atractivo. Así su plan iría mejor.

-Recuerda, Rachel, que esta noche no soy solo tu jefe. Esta noche soy también tu amante.

-¿Cómo? -ella se detuvo sobresaltada.

Su reacción pilló a Justin desprevenido.

-Creí que habías entendido que eso sería parte de mi plan. ¿Cómo vamos a darle celos a Eric el Chucho, a menos que crea que somos pareja? Queremos que piense que no has perdido el tiempo y que sobreviviste a su deplorable acción. Tienes mejor aspecto que nunca, vives en una magnífica casa y tienes un nuevo y excelente trabajo, con un jefe triunfador y atractivo que no te quita las manos de encima.

-Tienes que dejar de llamarle «Chucho» o no dejaré de reírme en toda la noche.

-Eso está bien. La risa es buena.

-Pero no es propio de mí.

-Puede serlo. Esta noche puedes ser lo que quieras. La finalidad de este ejercicio es demostrarle a tu ex que no te conoce en absoluto. ¡Y lograr que caiga rendido ante tu nueva personalidad!

-No... no pienso que...

-Vamos, pensar está prohibido en una noche como esta. Tú sígueme, cielo, y todo saldrá bien.

-Me has llamado «cielo».

-Bueno, no voy a llamarte Rachel todo el tiempo. Suena demasiado serio. Está bien, fuera lo de «cielo». ¿Qué tal el clásico «cariño»? Sí, va mucho mejor. Vamos, cariño -añadió Justin con una sonrisa---. Es hora de ir al baile.

Capítulo 6

RACHEL guardó silencio mientras bajaban en el ascensor, con un nudo de tensión en el estómago. ¿Cómo iba a interpretar aquella farsa? Sería... demasiado para ella. Quizá por fuera tuviese buen aspecto, pero por dentro seguía siendo la misma Rachel que tropezó con Eric el día anterior y salió huyendo como un caballo asustado. El miedo recorría su espina dorsal e invadía cada poro de su cuerpo.

-No... no seré capaz, Justin -murmuró mientras el ascensor se detenía en una de las plantas en su descenso hasta el vestíbulo.

-Sí que serás capaz -aseguró él con firmeza.

Las puertas volvieron a abrirse, y allí, esperando el ascensor, estaban las personas que provocaban su miedo.

Rachel respiró hondo.

-Supongo que ese es Eric el Chucho -susurró Justin.

-Sí -contestó ella con un jadeo ahogado, aunque esa vez el apodo no le causó ninguna risa. Sería más apropiado llamarlo Eric el Magnífico. Era un hombre increíblemente atractivo, sobre todo vestido de etiqueta. Charlotte tampoco andaba a la zaga en lo que al físico se refería. Los años parecían haber acentuado su impresionante belleza morena.

-Vamos, Charlotte -dijo Eric, impaciente, entrando en el ascensor sin mirar dos veces a sus ocupantes.

Charlotte, que estaba revisando su peinado y su maquillaje en el espejo del pasillo, se giró por fin.

-No te preocupes, amorcito. Estas cosas nunca empiezan a la hora prevista.

Mientras Charlotte se colocaba en un rincón del ascensor, Eric acabó fijándose en Rachel. Esa vez en su semblante se dibujó una expresión de reconocimiento, además de una considerable sorpresa.

-¡Dios mío! -exclamó-. Si es Rachel. ¿Recuerdas a Rachel, Charlotte? Rachel Witherspoorí.

Rachel se preguntaría más tarde de dónde había sacado el coraje necesario para guardar la compostura. Posiblemente de la expresión de sorpresa que puso aquella zorra mientras la observaba de pies a cabeza.

-Sí, la recuerdo -dijo Charlotte por fin-. Qué casualidad, encontrarte aquí -sus atractivos ojos negros pronto se desviaron hacia Justin. Las mujeres como Charlotte nunca miraban a otras mujeres durante mucho tiempo cuando había hombres atractivos cerca.

Mientras tanto, Eric sí miraba a Rachel fijamente, como si de un marciano se tratase.

-Lo mismo estaba pensando yo de vosotros -repuso Rachel, orgullosa de su autocontrol¿Porque supongo que venís juntos? Este es mi jefe, Justin McCarthy -siguió hablando, sin darles ocasión de responder---. Justin, te presento a unos amigos, Eric Farmer y Charlotte... Esto, lo siento. Creo que no me acuerdo de tu apellido, Charlotte.

-Raper.

-Ah, sí. Raper. ¿Y qué os ha traído a la Costa Dorada este fin de semana? ¿Negocios o placer?

Eric musitó «placer» al mismo tiempo que Charlotte respondía «negocios». Cuando Charlotte le hubo diricrido una mirada furiosa, él rectificó y dijo «ambas cosas». Pero no parecía muy contento.

Rachel no pudo evitar sonreír al ver a Eric tan nervioso. Justin tenía razón. Un poco de venganza era un buen bálsamo para las viejas heridas.

-¿Y tú? -preguntó Erie al cabo-. ¿Vienes por negocios o por placer?

Rachel notó que también observaba a Justin discretamente. Quizá ya no sentía su habitual superioridad masculina. Porque, ahora que se fijaba de cerca, Rachel comprobó que ya no tenía el vientre liso, y que comenzaba a caérsele el cabello.

Tenía un aspecto algo fondón, la verdad. Claro que ya tenía cuarenta años mientras que Justin tenía treinta y pocos. Este era más alto que Eric, estaba en mejor forma física y era, posiblemente, más apuesto.

-Pues hemos venido por asuntos de negocios, ¿verdad, Justin? -dijo Rachel, rozándolo levemente con el brazo. Él le tomó la mano y le dio un apretón íntimo.

-Oh, desde luego -dijo Justin mientras sus centelleantes ojos azules emitían un mensaje completamente distinto-. Rachel es mi nueva secretaria, y es un tesoro. Solo lleva conmigo unas cinco semanas o así, pero no sabría qué hacer sin ella.

-¿De veras? -replicó Eric fríamente, arqueando una ceja mientras miraba el escote de Rachel.

Ella sintió que las mejillas se le acaloraban, porque estaba perfectamente claro lo que pensaba Eric.

-¿Hace mucha tiempo que conoce a Rachel? -preguntó Justin a Eric mientras esperaban a que el ascensor bajase.

-Estuvimos comprometidos hace unos años -respondió Eric-. Pero las cosas no funcionaron en aquel entonces, ¿verdad, Rach?

Rachel notó que todo se tensaba en su interior al oírlo utilizar aquella abreviatura cariñosa de su nombre. Sin embargo, se esforzó por aparentar tan solo indiferencia.

-Oh, yo creo que las cosas funcionaron bien, Eric -dijo encogiéndose de hombros-. Hice lo que tenía que hacer, y tú hiciste lo mismo. De todos modos, no tiene sentido hablar del pasado. Es obvio que has seguido adelante, igual que yo.

Las puertas del ascensor se abrieron, como para enfatizar el comentario de Rachel.

-Aun así, dejaste escapar a una buena mujer -comentó Justin. Pero, bueno, eso que he ganado yo.

-Creí que tan solo era tu secretaria -repuso Eric.

-Sí que lo es. Pero, hoy día, una buena secretaria de dirección vale su peso en oro. Rachel no es solo brillante y guapa, sino también un encanto. Piénsalo, si no hubierais roto, ahora podría ser tu esposa. En vez de eso, trabaja para mí y, gracias a ella, mi vida va sobre ruedas. Resultan sorprendentes los giros que puede dar el destino, ¿verdad? Ah, ya estamos en el vestíbulo.

Rachel hizo lo que pudo para no temblar cuando Justin le pasó el brazo por la cintura y la condujo fuera del ascensor, detrás de Eric y Charlotte. Rachel advirtió que estos no se tocaban. Ni siquiera se agarraban de la mano. Los movimientos de Charlotte parecían manifestar enojo igual que los de Eric.

-Supongo que asistiréis a la cena especial de presentación que dan esta noche -dijo Justin a Eric, antes de que este pudiera escaparse con Charlotte.

-Sí, así es. Charlotte es agente inmobiliaria y ha venido en representación de un cliente muy importante.

-Puedo hablar por mí misma, Eric -terció Charlotte-. En realidad, mi cliente es más que importante. Es multimillonario. Creedme, si decide comprar este hotel, las personas a quienes vosotros representáis, sean quienes sean, no tendrán ninguna posibilidad. Ese hombre siempre consigue lo que quiere. Y, a todo esto, ¿para quién trabajas tú? -preguntó a Justin-. ¿Y a qué te dedicas?

Justin esbozó una sonrisa intrigantemente enigmática.

-Puedo adelantarte que soy asesor financiero. Pero, como seguramente ya sabrás, la confidencialidad del cliente es fundamental en este tipo de asuntos. Los tratos de negocios son como el póquer. Uno nunca pone todas las cartas sobre la mesa hasta que no acaba la partida.

-Mi cliente no se anda con faroles. Cuando quiere algo, simplemente se asegura de ser el postor más alto. Con dinero se

superan todos los obstáculos.

-¿De verdad? Puede que tu cliente jamás se eche un farol, pero si sigue haciendo negocios de esa fórma, puede que algún día su castillo de naipes se derrumbe a su alrededor.

-Bueno, eso a mí me trae sin cuidado -respondió Charlotte encogiendo sus esbeltos hombros-. No es más que un cliente. Mientras me lleve mi comisión por la venta, no me importa lo que pase después.

-Así habla una auténtica agente inmobiliaria -dijo Justin con una risotada cínica.

Ella ni se inmutó ante la pulla.

-Es un trabajo duro.

-Pero seguro que tú estás a la altura.

-Oh, no soy tan dura -contestó Charlotte-. No cuando se me conoce bien -y le dirigió una sonrisa casi coqueta.

Rachel no daba crédito a lo que veía. ¡Charlotte se estaba insinuando a Justin delante de Eric!

Una silenciosa furia empezó a bullir en su interior. Charlotte había seducido a Eric y lo había apartado de ella. ¡Pero de ningún modo permitiría que también le echase las garras a su jefe! Tal vez Justin fuera solamente eso, su jefe, pero era un hombre demasiado bueno como para que semejante lagarta jugara con él.

-Siento interrumpir vuestra conversación -dijo con una sonrisa dulzona-, pero debemos irnos ya, Justin. La cena empieza a las ocho y prometiste al señor Wong que te reunirías con él en el mostrador principal a las siete y cuarto. Ya vamos tarde.

-Tienes razón. ¿Veis lo que digo? ¿Qué haría YO sin ella? Sin duda volveremos a encontramos en la cena. Quizá incluso podamos sentarnos en la misma mesa. Reservadnos un sitio si podéis. Entretanto, debo reunirme con mi... esto, con el señor Wong. Y no, no me preguntes quién es, encanto -añadió Justin dirigiéndose a Charlotte, y luego se llevó un dedo a los labios-. Confidencialidad, recuérdalo.

Con expresión avinagrada, Eric agarró a Charlotte del brazo y la empujó en dirección a la sala de conferencias, más allá de recepción, por donde se iba al salón de la cena.

-¿Quién diablos es el señor Wong? -preguntó Justin a Rachel.

-Ni idea -confesó ella-. Me inventé el nombre.

-Pero ¿por qué? Se supone que debemos estar en compañía de Eric y Charlotte para que nuestro plan tenga éxito.

-Ella estaba flirteando contigo -señaló Rachel indignada.

-¿Y? Eso es positivo, ¿no? Así Eric el Chucho se pondrá celoso.

-Temí que quizá estuvieras disfrutando.

-Y así era. Pero no por lo que tú piensas. No tocaría a esa zorra de sangre fría por nada del mundo. Dios, Rachel, no me conoces nada bien si piensas eso.

-Es cierto, no te conozco bien. Posees una vena un tanto malvada, Justin MeCarthy. Sin embargo, antes pensaba que eras... esto...

-¿Serio? -sugirió él cínicamente-. ¿Aburrido?

-¡No! Aburrido, nunca. Un poco serio, tal vez. Pero no, en realidad tampoco eres serio. Oh, ya no sé ni lo que digo. Nunca imaginé que fueras capaz de hacerles creer que somos amantes mientras afirrnabas que no lo éramos. Ha sido increíblemente retorcido por tu parte.

-Si no puedes con tu enemigo, Rachel, únete a él. Las personas como Eric y Charlotte son retorcidas. También son superficiales, egoístas y malvadas. No les importa a quién hacen daño o engañan. Solo se preocupan por sí mismas. Y si crees que soy el primer hombre con el que Charlotte ha flirteado, te equivocas. No le ha sido fiel a tu Eric, ni él le ha sido fiel a ella.

-No todas las personas son como ellos, Justin -señaló Rachel.

-Cierto -convino Justin, mirándola con ojos repentinamente suaves-. Hay personas buenas y decentes. Pero las dos personas de las que tuvimos la desgracia de enamorarnos no lo eran. Eric te trató de una forma abominable, Rachel. ¡Y se merece un castigo!

Rachel observó los amargos ojos azules de su jefe y comprendió que no solo hablaba de Eric. También se refería su esposa. Justin estaba profundamente dolido.

Rachel deseó preguntarle por su esposa, por lo que había sucedido, pero sabía que no era el lugar ni el momento apropiado. Quizá jamás habría un lugar y momento apropiados. Tal vez él la hubiera amado demasiado y nunca fuera capaz de olvidarla.

A ella por lo menos le cabía el consuelo de saber que ya no amaba a Eric. Al verlo allí esa noche se habían disipado sus dudas de una vez por todas.

-Prométeme que no coquetearás con Charlotte en la cena -pidió a Justin.

Él se río.

-Te lo prometo. No deberías preocuparte tanto, Rachel. Sé defenderme de las vampiresas. ¿Y qué me dices tú de tu ex amante? ¿Sigue atrayéndote?

-Dios mío, no -respondió ella entre riéndose y estremeciéndose-. En absoluto.

-Sospecho que tú aún le excitas a él.

Rachel se ruborizó.

-¡No seas ridículo!

Justin arrugó la frente.

-¿Consideras ridículo que un hombre se sienta atraído por ti, sobre todo con el aspecto que tienes esta noche?

-Bueno, no... Quiero decir, sí... Oye, lo cierto es que no puedo compararme con Charlotte. Es una mujer muy sexy.

-A mí me resulta tan sexy como una mofeta muerta.

Rachel se sorprendió.

-¿En serio?

-En serio. No obstante, para aplacar tu preocupación, centraré mis coqueteos en ti durante el resto de la velada. Que Eric el Chucho rechine los dientes un poco más -Justin se miró el reloj-. Las ocho menos veinte. Será mejor que vayamos a reunirnos con el misterioso señor Wong. Podemos tomar un par de copas antes de la cena.

Diez minutos más tarde se hallaban sentados a una mesa en una terraza exterior, tomando unas margaritas y contemplando la hermosa vista a la luz de la luna.

-Este sitio es precioso --comentó Rachel con un suspiro-. Pero no tendremos tiempo para una segunda copa.

-¿Y si nos saltamos la cena y pedimos que nos sirvan algo de comida aquí mismo?

A ella la asombró la propuesta.

-Pero ¿no tienes que asistir a la cena?

-No es imprescindible. Filmarán un vídeo de la presentación promocional para los posibles compradores que no han podido venir esta noche. Compraré una copia del vídeo mañana y lo veré por la noche, cuando llegue a casa.

-Pero ¿y Eric y Charlotte?

-¿Qué pasa con ellos? Dijiste que Eric ya no te importaba un comino.

-No.

-Bueno, pues ya hemos hecho lo que nos habíamos propuesto -dijo Justin-. Eric el Chucho ha visto que pudiste sobrevivir sin él. También ha visto que dejó a una mujer estupenda, y muy atractiva, por una zorra como Charlotte. Tu venganza se ha consumado, Rachel.

-Pero...

-Te encantan los peros, Rachel. Te garantizo que no pasará nada porque no asista a esa cena. Ya he hecho mis indagaciones y no

recomendaré a AWI la compra de este hotel, de todos modos. Me han informado de que la afluencia de clientes es cada vez menor. Además, pese al aspecto lujoso y la decoración del hotel, el servicio deja mucho que desear.

-¿Quién te ha informado?

-La gente que vive y trabaja aquí en Coolangatta. Propietarios de tiendas, proveedores, taxistas. No tienen razones para mentir mientras que la administración del hotel sí tiene muchos motivos para disfrazar la verdad.

-Comprendo.

-¿Qué contestas ' pues? ¿Nos olvidamos de la cena y nos quedamos aquí?

-Sí, por favor -respondió Rachel ansiosamente, llena de alivio.

Justin sonrió, manifestando su propio placer ante aquel cambio de planes.

-Pediremos una botella de vino con la cena-sugirió mientras agarraba un menú-. Y después podemos bailar un poco. Ese vestido es idóneo para ello.

Rachel notó que el corazón le daba un vuelco. Hacía años que no bailaba. La última vez había sido con Eric, una semana antes de que él rompiera su compromiso. Habían ido a una fiesta y ella esta ba algo achispada por el ponche que había tomado. Eric le susurró provocativas palabras de amor y de deseo en el oído mientras bailaban, apretándose mucho contra ella, haciéndole desear que pasara de las palabras a los hechos. Cuando Rachel fue incapaz de seguir resistiéndose, Eric la llevó hasta el cuarto de baño y le hizo el amor contra la puerta. o eso había creído Rachel por aquél entonces. Ahora sabía que no había sido amor en absoluto. Había sido solo sexo. Porque él nunca la había amado.

-hace años que no bailo -dijo, con voz trémula por el recuerdo.

-¿No bailaste en la boda de tu amiga? -inquirió Justin con una nota de sorpresa.

-No.

-¿Por qué no? Seguro que, llevando ese vestido, te lo pediría más de uno.

-Sí, me lo pidieron.

¿Y por qué te negaste?

-no....no quería bailar -en realidad, Rachel se había sentido demasiado frágil emocionalniente como para bailar con un hombre.

Justin frunció el ceño.

-Esto tiene algo que ver con Eric el Chucho, ¿verdad?

La sonrisa de Rachel era triste.

-¿Cómo lo has adivinado?

-En el ascensor le dijiste que habías salido adelante, Rachel. Y me has dicho que ese hombre ya no te importa. Creo que va siendo hora de que respaldes tus palabras con hechos. Esta noche bailarás conmigo, y no quiero oír una palabra más al respecto. No aceptaré una negativa.

-Sí, jefe -respondió ella. Le hacía gracia su actitud de tipo duro. Era tan impropia de él. Igual que su anterior fachada de Jefe aprovechado.

-Esa me parece una frase excelente. A ver, ensáyala.

-Sí, jefe.

-Otra vez.

Ella se echó a reír.

-Sí, jefe.

Justin sonrió burlón.

-¡Por San Jorge, ya la domina!

Capítulo 7

JUSTIN permaneció sentado, observando cómo Rachel se lo pasaba bien, probablemente por primera vez en varios años. Había disfrutado con la comida, pese a que habían sido unos platos sencillos, y había tomado una cantidad más que generosa de vino. Parecía totalmente relajada, reclinada en la silla contemplando las estrellas.

Ya era hora de sacarla a bailar, se dijo Justin. La música que salía del interior del bar del hotel era baja y suave, el ritmo fácil de seguir.

Justin se levantó, rodeó la mesa hasta donde estaba Rachel y le ofreció la mano.

-¿Me concede un baile en la terraza, señorita Witherspoon? -inquirió con una fingida formalidad pasada de moda.

Ella le sonrió.

Qué hermosa era su sonrisa. Lástima que no la mostrase a menudo. Aunque tal vez lo hiciera después de aquella noche.

-Vaya, gracias, señor Darcy. Perdón, quise decir señor McCarthy -al levantarse, Rachel se bamboleó peligrosamente sobre sus tacones altos. Él la agarró por los brazos y la apoyó contra sí

-Oh -exclamó ella con ojos sorprendidos que clavó en los de él.

-Me parece a mí que ha bebido usted demasiado, señorita Witherspoon -la reprendió él suavemente-. Menos mal que se encuentra en compañía de un caballero esta noche.

-Sí. Menos mal -murmuró Rachel, aunque sus ojos permanecían fijos en los de Justin, y su cuerpo seguía ceñido al de él.

Justin no pudo creer que, súbitamente, la parte masculina de su anatomía cobrase vida. Tampoco podía creerlo Rachel, a juzgar por su mirada.

Sin embargo, ella no se movió. Ni articuló palabra. Simplemente siguió mirándolo con aquellos. preciosos ojos, sus labios entreabiertos. No parecía disgustada ni asqueada por su erección, ni tampoco cuando los brazos de Justin desarrollaron una diabólica voluntad propia y le rodearon la cintura, una mano acariciándole la espalda y la otra jugueteando sobre la curva suave de su trasero. En lugar de apartarse de él indignada, también ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó más fuertemente contra su cuerpo.

-Rachel -resolló él a modo de aviso.

-¿Sí, jefe? -dijo ella con voz queda y ronca, sus ojos castaños casi vidriosos.

-Estás bebida.
-Sí, jefe.
-Quizá lo de bailar no sea una buena idea.
-Cállate, jefe, y mueve los pies.
Aquella firmeza tan poco característica lo sorprendió, pero Justin se calló y movió los pies. Pese a todo, había tenido razón. no era una buena idea.
El ritmo lento y sensual de la música penetró en su sangre, igual que el aroma y la suavidad de la mujer que tenía entre los brazos. Naturalmente, contribuía a ello el hecho de que los dedos de ella le acariciasen la nuca de forma provocativa, o el que lo mirase fijamente con ojos llenos de eróticas promesas. Cuando la música cesó, Justin sufría una agonía, su erección se apretaba contra la cremallera del pantalón del traje.
Menos mal que tenía una chaqueta puesta.
-Necesito ir al lavabo -musitó después de dejar a Rachel sentada otra vez en la silla. Por suerte, el café que había pedido minutos antes llegó en ese momento. Una cafetera, como habia especificado al camarero.
Con suerte, un par de tazas ayudarían a Rachel a despejarse.
Su secretaria iba a lamentar lo sucedido por la mañana, pensó Justin mientras se dirigía al lavabo de caballeros. ¿A qué se había debido aquella reacción tan intensa a la proximidad de Rachel? Tal vez su cuerpo masculino empezara a rebelarse contra su largo periodo de celibato. Quizá fuera siendo hora de que se buscase una amante que le ofreciera sexo de forma regular sin que entre ambos mediasen ataduras emocionales. Decididamente, sin ningún tipo de ataduras. Lo último que deseaba era entablar una relación seria o que le dijeran que lo amaban.
No. Lo único que necesitaba era sexo, algo que resultó dolorosamente obvio cuando entró en el servicio y echó un vistazo a su miembro erecto.
Justin suspiró y esperó a que la erección se aplacase. No obstante, seguía excitado cuando salió y fue al lavabo para lavarse las manos. Un expendedor de preservativos situado en la pared llamó de inmediato su atención, y se sintió tentado.
Antes de poder pensárselo mejor, introdujo un par de dólares en la ranura y se guardó dos preservativos en el bolsillo del pantalón. ¿Quién sabía? Podría volver al bar cuando Rachel se hubiese dormido. Ya se había fijado en una atractiva pelirroja, sentada sola en la barra, que lo había mirado cuando pasó junto a ella. Justin podía regresar y hacerle una invitación nada sutil, toda vez que

dormir aquella noche, dado su estado mental y físico, le sería muy difícil.

¿Difícil? ¡Imposible, más bien!

Cuando Justin la hubo dejado sola, Rachel se despejó un poco. ¿Cómo demonios se le había ocurrido coquetear con su jefe y bailar con él de esa manera, echándole los brazos al cuello y apretándose contra su cuerpo como una ninfómana?

Justin no había tenido la culpa de excitarse. Era un hombre, al fin y al cabo, un hombre que posiblemente no había tenido relaciones sexuales en bastante tiempo. El modo en que se había retirado al lavabo de caballeros había sido demasiado bochornoso como para describirlo con palabras.

Rachel se encogió, llena de humillación y de culpa. De haber podido, habría corrido a la habitación del hotel en esos momentos. Pero él tenía la llave. Dadas las circunstancias, tendría que quedarse allí, aguardando a que regresara, y entonces le pediría disculpas por su aborrecible comportamiento. Atribuiría la culpa al vino. últimamente no parecía ella misma. Para mostrarse tan sexualmente agresiva, se necesitaba mucho coraje. o bien estar excitada al máximo.

Esta segunda posibilidad era la que más la preocupaba. Porque durante aquellos momentos en que sintió la erección de Justin contra su vientre, lo había deseado de la forma más básica; había deseado sentirlo no contra ella, sino dentro de ella. Algo extraño en una chica que siempre había pensado que tenía que estar enamorada para desear que le hicieran el amor.

Rachel cruzó los brazos, con un escalofrío, y miró por el cristal el interior oscuro del bar, buscando a Justin, pero no lo vio por ninguna parte. Desde luego, estaba tardando lo suyo.

Desesperada por distraerse, se sirvió una taza de café y tomó un sorbo. En ese momento, apareció su jefe, aunque no se sentó. Permaneció de pie junto a la mesa, con expresión grave.

-Creo que debería llevarte de vuelta al hotel -dijo bruscamente-. Lo que necesitas es dormir, no café.

-No estoy tan bebida.

-No he dicho que lo estés. Pero ha sido un día agotador para ti. Vamos, Rachel, sé una buena chica y no discutas conmigo.

Perversamente, a ella sí le apetecía discutir con él después de oírlo hablar en un tono tan condescendiente. La idea de pedirle disculpas se esfumó.

Rachel soltó la taza y se levantó cuidadosamente, esa vez con mayor estabilidad.

-Creía que Cenicienta no tenía que volver a casa hasta las doce -musitó echando una ojeada al reloj-. Y son solo las diez y media. Pero si tú dices que debo irme ya a la cama, me iré ya a la cama. Después de todo, eres el jefe.

Justin deseó -que no hubiera hecho aquel comentario. Su mente se llenó de imágenes en las que se veía a sí mismo metiendo a aquella Cenicienta en particular en la cama.

-Vámonos, pues -dijo retrocediendo para dejar que ella fuese delante.

Por desgracia, el hecho de que Rachel caminase delante de él con un vestido tan provocativo solo contribuyó a excitarlo todavía más. Normalmente, Justin no tenía ningún fetiche sexual, pero eso no le impedía imaginar a Rachel paseándose ante él con nada encima salvo los tacones de color turquesa.

La erección provocada por tales fantasías fue tal, que a Justin le sorprendió que no saliera humo de sus pantalones.

Subieron en el ascensor en un incómodo silencio; Justin se tapó la entrepierna con la mano de forma disimulada mientras interiormente luchaba con los pensamientos más depravados.

«Ella probablemente no te detendría si empezaras a hacerle el amor. Lo desea. Sabes que sí. Es comprensible dadas las circunstancias. Seguramente no se habrá acostado con ningún hombre desde que Eric el Chucho la dejó. Y, ciertamente, desde entonces nunca ha estado tan guapa como ahora. Ella quiere que la desees. Por eso te acarició el cuello. Por eso se mostró disgustada cuando pusiste fin a la velada de Cenicienta. Le harías un favor si te acostaras con ella. Harías realidad una fantasía. Un hombre en su cama durante toda una noche. Un hombre que la desea. Un hombre que la encuentra guapa, atractiva y, sí, sexy».

Y así la encontraba Justin esa noche. ¿Qué hombre no la desearía? Estaba preciosa.

«Pero ¿y al día siguiente, Justin? ¿Y la semana que viene, cuando tengas que trabajar con ella? ¿Qué pasará entonces?»

Justin reprimió un gemido. No podía hacerlo. Era inaceptable y estaba mal. Rachel podía no estar borracha, pero sí estaba algo achispada, y esa noche era muy vulnerable. Necesitaba compasión, no pasión.

-Estás enfadado conmigo, ¿verdad? -inquirió ella, afligida, cuando finalmente entraron en la suite.

Justin suspiró.

-No, Rachel, no estoy enfadado contigo.

-Pues te comportas como si lo estuvieras.

-Si así te lo parece, lo siento. Estoy enfadado conmigo mismo.

Rachel pestañeó asombrada.

-¿Por qué? He sido yo la que se ha portado mal.

-Eso es cuestión de opiniones. Si pudieras leerme el pensamiento ahora mismo, no pensarías así.

Rachel se quedó mirándolo, y él le sostuvo la mirada, su conciencia librando de nuevo una batalla desesperada contra su cuerpo excitado. Justin trató de recuperar los sentimientos amables que Rachel solía inspirarle; trató de recordar el aspecto que tenía antes. Pero era una batalla perdida.

Aquella criatura asexuada había desaparecido, sustituida por una mujer increíblemente deseable.

Se adelantó hacia ella y enmarcó su rostro con las manos.

-No tengo fuerza de voluntad para resistirme. No me digas que no, Rachel. Esta noche, no.

Ella se dio cuenta de que iba a besarla. No, no solamente a besarla; iba a hacerle el amor.

Casi articuló un «no», llena de pánico ante el apetito carnal de Justin. Sin embargo, antes de que su boca pudiera emitir alguna protesta, los labios de él cubrieron los suyos en un beso tan ansioso e intenso, que Rachel quedó completamente subyugada. Le introdujo la lengua profundamente mientras enterraba los dedos en su cabello. Fue un beso voraz, salvaje y primitivo.

Y a Rachel le encantó. Sus sollozos reflejaban el placer aturdido y mareante que la embargaba.

-No -resolló ambiguamente cuando él alzó la cabeza por fin, dejando su boca dolorida y hambrienta. En realidad quiso decir «no, no pares». Pero, naturalmente, él lo interpretó al revés.

-Te dije que no me dijeras eso, -gruñó él tomándola en brazos-. Esta noche no habrá ningún «no».

Volvió a besarla mientras la llevaba a su dormitorio, y siguió dándole besos mientras la despojaba de toda la ropa. Una vez que estuvo totalmente desnuda, la tumbó en la cama y besó cada punto erógeno de su cuerpo.

Y ella nunca dijo que no. Porque no articuló palabra alguna. Era incapaz de hablar. Incapaz de hacer nada salvo gemir de placer.

Aun así, no alcanzó el clímax. Justin parecía saber cuánto podía resistir sin llegar al orgasmo. Se acercaba una y otra vez, y en cada ocasión él se detenía, interrumpiendo lo que quiera que le estuviese haciendo, y ella gemía y se retorcía de frustración. A menudo él le sonreía, como si disfrutase con su tormento.

Justin se quitó la ropa, se puso uno de los preservativos que

llevaba en el bolsillo y la penetró rápida y salvajemente.

-Oh -jadeó Rachel, alcanzando el orgasmo a los pocos segundos de penetrarla él. Jamás había llegado al clímax tan deprisa. Justin tampoco duró mucho. Después de unas cuantas frenéticas acometidas, arqueó la espalda y abrió la boca para emitir un jadeo de primitiva liberación. Después se derrumbó encima de Rachel, con el pecho aún acelerado, respirando con dificultad.

Rachel permaneció debajo de él, aturdida y confusa. Pese a que su cuerpo había experimentado un intenso y fantástico orgasmo, no se sentía satisfecha en absoluto; simplemente deseaba más.

-No hables -ordenó Justin cuando por fin se levantó y volvió a tomarla en brazos-. Hablar lo estropearía todo.

El cuarto de baño de su habitación era blanco y tan espacioso como el de ella. Justin abrió el grifo de la ducha y situó a Rachel debajo antes de retirarse para ocuparse del preservativo. Ella lo observó a través de la mampara de cristal de la ducha, pensando que verdaderamente tenia un cuerpo fabuloso. Hombros anchos, caderas estrechas, nalgas prietas. Su espalda, brazos y piernas eran musculosos. Sí, Justin tenía un físico magnífico, sin duda. Su mujer no lo habría dejado por eso. Ni por sus dotes de amante. Sabía perfectamente cómo tratar el cuerpo de una mujer.

-Estás pensando -gruñó Justin mientras se unía a ella bajo el agua de la ducha.

-Y tú estás hablando -le recordó Rachel mientras se retiraba el cabello empapado de la cara.

-Esa es mi prerrogativa. Yo soy el jefe. Mantén los brazos extendidos hacia arriba y las manos detrás de la cabeza, así -ordenó Justin-. Entrelaza los dedos, echa los codos hacia atrás. Cierra los ojos y no hables. Ni te muevas.

Rachel obedeció, y él comenzó a deslizar las manos por su cuerpo, hasta que Rachel no tardo en ansiar otro clímax, anticipándose al momento en que él la penetraría, llenándola, colmándola.

Emitió un jadeo cuando algo que no era su mano le frotó los pezones. Jabón. Una pastilla de jabón. Justin no la estaba lavando, sino que utilizaba el jabón para acariciarla con su suave superficie, haciendo que sus pezones se endurecieran todavía más. Cada músculo interno de Rachel se tensó. Cuando el jabón empezó a describir una trayectoria descendente, ella inhaló aire con fuerza.

No, ahí no, quiso advertirle. Pero antes de que su lengua pudiese formular la protesta dictada por SU cerebro, el jabón ya estaba entre sus piernas, deslizándose adelante y atrás, adelante y atrás.

Rachel intentó detener lo inevitable, pero era como tratar de detener a un esquiador en mitad de un salto.

Tuvo un orgasmo violento, sus rodillas se doblaron y sus brazos cayeron sobre sus costados. Sus ojos debieron de reflejar su estupefacción cuando Justin la tomó en brazos de nuevo y regresó al dormitorio. La colocó boca abajo encima de la cama y le puso una almohada debajo de las caderas.

¿Estaba demasiado asombrada como para detenerlo en ese momento? ¿o era aquello lo que, en secreto, deseaba? Que la poseyera así. Que la poseyera una vez, y otra y otra, en todas las posturas posibles. Que la hiciera alcanzar orgasmo tras orgasmo. Que le demostrara... ¿qué?

¿Que podía ser tan perversamente sexy como cualquier otra mujer? ¿Como Charlotte, quizá?

Al ver que no la tocaba, ni la poseía, una impaciente Rachel miró por encima del hombro y vio que se estaba poniendo otro preservativo. Se sintió tentada de decirle que no era necesario, porque tomaba la píldora para combatir la tensión premenstrual que padecía a raíz de su estrés con lo de Lettie.

Pero no se lo dijo. Al menos, no entonces. Se lo diría más tarde, cuando descubriera que Justin no tenía más preservativos.

Capitulo 8

JUSTIN observó a la mujer que dormía desnuda junto a él. Gimió mientras se pasaba las manos por el cabello. ¿Cómo había podido? ¡Con Rachel, nada menos!

Los jefes que seducían a sus secretarias ocupaban la cabecera de su lista de personas más despreciables.

Pero había seducido a Rachel. Que ella hubiese disfrutado enormemente no quitaba importancia al hecho de que él se hubiese aprovechado de su estado vulnerable y embriagado, y hubiese utilizado su condición de jefe para empujarla a una relación sexual.

Al rememorar la experiencia notó que su cuerpo se excitaba de nuevo. Gruñendo, Justin apartó los ojos de la tentadora desnudez de Rachel, fue al cuarto de baño a darse una ducha fría.

«Tendrá que irse», empezó a pensar, pese a que el agua helada comenzaba a surtir efecto. «No puedo seguir trabajando con ella. Me sentiré culpable continuamente. o algo peor».

La perspectiva de pasarse los fines de semana dándose duchas frías resultaba intolerable.

Pero despedir a Rachel haría que se sintiera todavía más despreciable. Justin estaba preso de la situación.

-Mierda -musitó mientras estampaba las palmas de las manos contra los azulejos de la ducha.

Rachel se despertó con un sobresalto. Al principio no reconoció el techo. Ni las paredes, ni la cama.

De repente, se acordó.

Lo recordó todo.

-Oh, Dios -gimió.

El sonido de la ducha fue un alivio, porque dio a Rachel ocasión de saltar de la cama, recoger su ropa y escapar a su habitación sin tener que enfrentarse a Justin, desnuda, en su cama.

Haciendo una mueca, se metió también en la ducha y permaneció allí un buen rato, haciendo lo posible por borrar las evidencias de lo que solo podía describir como una noche que era mejor olvidar.

Justin estaría disgustado, pensó. Con ella y consigo mismo.

Rachel estaba sentada en el borde de la cama, media hora más tarde cuando se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta.

-Rachel -dijo Justin al otro lado en un tono completamente formal-. ¿Estás vestida?

-No del todo -respondió ella. Una mentira, dado que se había

puesto unos pantalones blancos del guardarropa que le regaló Isabel, y un top blanco y amarillo a juego. Y ropa interior, gracias a Dios. Había comprado un par de sujetadores y braguitas el día anterior. Pero aún tenía el cabello envuelto en una toalla y no se había aplicado ningún maquillaje.

Se arrepentía de haberse acostado con Justin, sí, pero no volvería a ser la mujer insulsa de antes. Los arreglos def día anterior le habían servido, por lo menos, para animarla a superar aquella condición patética.

-Tenemos que hablar -dijo Justin---. Y tenemos que comer algo. Son más de las once.

-No tengo hambre -respondió ella en tono abatido.

-Quizá no, pero debes comer algo. En el vuelo de esta tarde solo nos servirán un aperitivo. ¿Quieres que pida unos bocadillos al servicio de habitaciones mientras te vistes? Luego, mientras desayunamos en la terraza, podremos charlar. ¿Dentro de... media hora te parece bien?

-De acuerdo -aceptó ella pensando con alivio que había hablado con un tono muy civilizado. Quizá no pensara despedirla, después de todo.

Justin había esperado que Rachel saliera vestida con uno de sus trajes negros, pero sus esperanzas se desvanecieron al verla salir a la terraza con unos pantalones blancos ajustados y un top amarillo que se ceñía a sus senos. Para ser una mujer a la que, hasta hacía poco, había considerado flaca, poseía unas curvas sorprendentes.

Apretando los dientes, la invitó a sentarse en una silla y después fue directamente al grano.

-Antes de que digas nada -empezó a decir- deja que te pida disculpas por mi abominable comportamiento de anoche. Tengo pocas excusas que ofrecer, salvo tal vez dieciocho meses de celibato y media botella de vino. Además, hay que tener en cuenta lo preciosa que estabas anoche -y lo preciosa que seguía estando, pensó Justin.

-Yo también debo disculparme -contestó ella con tono aliviado-. Te di pie cuando bailamos. Lo sé. Y no me negué a nada en ningún momento. Supongo que estaba más bebida de lo que creía.

¿Acaso Rachel pensaba que debía estar bebida para acostarse con él?, se dijo Justin. ¿Necesitaba recordarle los orgasmos que había alcanzado la noche anterior? ¿Las veces que le había suplicado que no parase, mucho después de que se le pasaran los efectos del vino?

Había estado borracha, sí. Borracha de deseo.

«Me deseabas, nena», estuvo a punto de decir.

-Bien, ambos tuvimos parte de culpa. Es justo decirlo así. Así que perdonémonos el uno al otro. Olvidemos lo sucedido y sigamos adelante.

-¿De veras puedes olvidar lo que sucedió anoche? -inquirió ella con el ceño fruncido.

«No mientras te tenga sentada tan cerca, cariño. Y tan apetecible que podría comerte. »

Justin se encogió de hombros.

-¿Por qué no? No significó nada para ninguno de los dos. Tú necesitabas un hombre y yo necesitaba una mujer. Es obvio que ambos necesitamos salir más a menudo -concluyó con una sonrisa amarga.

-¿De manera que no vas a despedirme?

-¡A despedirte! Por supuesto que no. Ni se me había pasado por la cabeza.

Era, posiblemente, una de las muchas mentiras que le diría en el futuro.

-Temí que pudieras hacerlo. Isabel dice que tener una aventura con el jefe es la forma más segura de que te echen del trabajo. La chica siempre acaba en la calle.

-Pero no estamos teniendo una aventura, ¿verdad? -le recordó Justin en tono triste-. Cometimos el error de acostarnos. Una vez. Pero ese error no volverá a repetirse, ¿eh?

-¿Qué? Oh, desde luego que no -contestó ella con voz firme, pese a la expresión ambivalente de sus ojos.

-Por cierto, quería comentarte una cosa. Tu aspecto...

-¿Sí?

-Me preguntaba si, a partir de ahora, piensas vestirte de otra manera para ir al trabajo. Es decir, soy humano, Rachel... y no me gustaría que fueras a la oficina con ropas que pudieran... distraerme.

Ella cerró los ojos un momento y frunció los labios. Después, alzó el mentón en un gesto que solo Podía calificarse de desafiante.

-Justin -respondió al fin-, lo siento. Pero me niego a recuperar mi antiguo aspecto. Antes preferiría dejar mi puesto.

-¡No tienes por qué dejarlo! -repuso él en tono acalorado, cuando, sorprendentemente, había tratado de lograr precisamente eso, que Rachel renunciase. Comprendió que deseaba que ella siguiera en su puesto, que trabajase para él. Deseaba... Dios, ya no sabía ni lo que deseaba.

-Puedes ponerte la ropa que quieras -dijo al fin-. Dentro de lo

razonable, naturalmente.

-Nunca he sido de esas mujeres que se visten de forma provocativa para ir al trabajo, Justin. Simplemente, dejaré de ponerme esos horribles trajes negros, salvo quizá mañana. Tengo que ir a comprar ropa.

-¿Y tu cabello? ¿Volverás a recogértelo? -sugirió Justin desesperado-. Siempre me ha parecido que los moños son muy apropiados para el trabajo.

Ella suspiró.

-Está bien, me lo recogeré.

-Y no te maquillarás mucho.

-Nunca me he maquillado mucho. Ahora mismo solo llevo un poco de carmín.

-¿En serio?

Justin habría jurado lo contrario. Su piel seguía siendo pálida y clara, pero tenía las mejillas muy sonrosadas. Y sus ojos... ¿siempre había tenido aquellas pestañas tan largas?

-No te preocupes, Justin. No me presentaré en la oficina vestida como una cualquiera. Y te juro que llevaré siempre ropa interior.

Él notó que el estómago le daba un vuelco al imaginarla paseándose por la oficina sin nada debajo de la ropa. ¡Qué idea tan escandalosamente atractiva!

Justin deseó mandar al diablo aquella conversación conciliadora e invitarla a volver a la cama. Y al diablo con la ropa interior en la oficina. «Quiero que no lleves nada debajo. Ni sujetador. Quiero que tus pechos sean accesibles a mis caricias con solo desabrochar un botón. Quiero poder levantarte la falda y tumbarte sobre mi mesa y hacértelo, sin más. Quiero ... »

Las fantasías de Justin empezaban a desbocarse cuando, de repente, una espantosa certeza les puso coto. ¡Lo que deseaba hacerle a Rachel era exactamente lo que el jefe de Mandy había estado haciendo con su mujer!

Justin notó que se le enfriaba la sangre al pensarlo, lo cual fue positivo. Y muy eficaz. Su ardorosa erección bajó al instante.

Sí, eso haría en el futuro. Pensaría en Mandy cuando aquellos deseos lo asaltaran. Lástima que no se hubiese acordado de aquella zorra la noche anterior. ¡Pero más valía tarde que nunca!

Capítulo 9

CUANDO Justin llegó a la oficina, a la mañana siguiente, y encontró a Rachel vestida con uno de aquellos trajes negros que siempre había considerado horribles, no pudo creer que aún siguiera encontrándola atractiva. Resultaba pecaminoso.

Apretó los dientes y se concentró en el trabajo.

-Puedes dejar el café ahí, Rachel -dijo bruscamente, señalando la mesa con la cabeza. Al ver que ella permanecía delante de su mesa sin decir nada, se vio obligado a levantar la mirada-. ¿Sí? -preguntó bruscamente-. ¿Ocurre algo?

-¿Podría tomarme un poco más de tiempo en la hora del almuerzo, Justin? -pidió ella-. Tengo que ir a comprar algo de ropa.

A Justin ya no le importaba la ropa que se comprara. No podría verla más sexy aunque lo intentase.

-Sí, sí -respondió con un gesto impaciente-. Tómate todo el tiempo que necesites -«el resto de mi vida, preferiblemente»-. Y ahora discúlpame, pero tengo que redactar este informe para Guy.

-¿He oído mencionar mi nombre? -dijo Guy al tiempo que entraba en la oficina.

Justin agradeció la distracción.

-Ah, has vuelto de Melbourne antes de lo que esperaba. ¿Cómo está tu padre? -preguntó, alegrándose de tener una excusa para ignorar a Rachel.

-Mucho mejor. Es uno de esos virus. Estuvo fatal el viernes y el sábado, pero el domingo empezó a mejorar. Bueno, ¿qué te pareció Sunshine Gardens?

-Siéntate y te lo diré. Cierra la puerta al salir, ¿quieres, Rachel?

Justin advirtió que Guy la seguía con la mirada mientras salía. Después silbó bajito cuando ella hubo cerrado la puerta.

-Así que esa es tu nueva secretaria -dijo con voz cargada de intención-. Qué suerte tienes, canalla. Me encantan las mujeres guapas vestidas de negro. Aunque, por supuesto, las prefiero sin nada encima.

-Entre Rachel y yo no hay nada -contestó Justin rotundamente, su rostro una pétrea máscara.

Guy emitió una risita.

-Eso dices tú, y haces bien. Las aventuras de oficina es mejor llevarlas en secreto. En fin, ¿cómo fue el fin de semana? ¿Lo encontraste todo de tu gusto? -concluyó Guy con una risita traviesa.

Justin decidió ignorar las poco sutiles insinuaciones de Guy y

procedió a darle un breve informe sobre el hotel. Se abstuvo de comentar que no había asistido a la cena de presentación, por supuesto. Había visto el vídeo la noche anterior y no había cambiado de opinión sobre el lugar, pese a la deslumbrante perorata promocional.

-Y esa es mi opinión profesional -finalizó Justin-. Además, conocí a cierta agente inmobiliaria que me comentó que el cliente al que representa está decidido a comprar el hotel a cualquier precio. No me parece inteligente entrar en una guerra de pujas con semejante comprador.

-Esa agente pudo echarse un farol.

-Sí, pero no lo creo.

-Mmm. ¿Sabes por casualidad quién es el interesado?

-No. Solo sé que está podrido de millones y que tiene un ego del mismo tamaño que su talonario de cheques.

-Dicen los rumores que Carl Toombs quiere meterse en el negocio inmobiliario.

Justin se esforzó por mantener una expresión neutra. En AWI nadie conocía las circunstancias de su divorcio. Nadie sabía que su ex mujer era, en secreto, la querida de Carl Toombs. Nadie salvo él mismo, su madre y la propia Mandy.

-Sin duda, ese hombre encaja con la descripción que la agente hizo de él -dijo fríamente-. Comentó que su cliente siempre conseguía lo que quería, y que el dinero no era ningún problema.

¿Y acaso no era verdad? Toombs le había echado el ojo a una mujer casada que, en aquel entonces, estaba enamorada de su esposo, y la había corrompido totalmente con su dinero, su carisma y su supuesta destreza en el terreno sexual.

Justin odiaba a aquel hombre con toda su alma. Igual que otra mucha gente de Australia, que había invertido en algunos de sus proyectos. Algunos habían tenido éxito, pero otros habían fracasado. Toombs, sin embargo, siempre se las arreglaba para escapar con su fortuna intacta. Contaba con abogados y administradores brillantes, y tenía excelentes contactos tanto en el ámbito social como en el político. Casado dos veces, tenía cincuenta y pocos años, auñque parecía mucho más joven, gracias a su cirujano plástico y su médico dietista personal.

Pensar en aquel cerdo y en Mandy puso a Justin de mal humor.

-Espero que Toombs adquiera el hotel -dijo-. Y espero que pierda un buen pico. De su propio dinero, para variar.

Guy pareció sorprendido.

-Hablas como si hubieras perdido dinero propio en alguna de sus

famosas operaciones.

Justin apretó los dientes. Había perdido algo mucho más valioso que el dinero.

-Digamos simplemente que más le valdría no tropezarse conmigo en un callejón oscuro de noche.

Guy se echó a reír.

-Y yo que pensaba que jamás habías dado un mal paso en el campo de las finanzas.

-Todos cometemos errores, Guy. Así aprendemos.

-Cierto. En fin, que no me aconsejas que recomiende a la junta directiva la compra de Sunshine Gardens.

-No si valoras tu puesto.

Guy se rio de nuevo al tiempo que se levantaba.

-Muy bien, nos veremos mañana en el gimnaSIO. Y no trabajes demasiado, ¿eh?

-Cuando salgas, dile a Rachel que me traiga otro café, ¿quieres? Este se ha enfriado.

-Lo haré. Y quizá me quede para mirarla mientras entra. Esa chica tiene unos andares increíbles. Y un trasero de muerte. Pero sospecho que eso tú ya lo sabes, McCarthy -dijo Guy por encima del hombro mientras se encaminaba hacia la puerta-. Con razón te machacas en el gimnasio todas las mañanas hasta caer rendido. No te será fácil mantener las manos alejadas de ese pedazo de mujer.

Justin dejó escapar un gruñido.

-Por amor de Dios, Guy, baja la voz. Podría oírte. ¿No has oído hablar del acoso sexual en el trabajo?

Guy se encogió de hombros y puso la mano en el pomo de la puerta.

-Tal vez me equivoque, compañero, pero por la expresión que he visto en los ojos de tu secretaria, no creo que le importe en absoluto que tú la acoses.

-¡No seas ridículo!

-No soy ridículo. Por cómo te mira y se mueve, está claro que le gustas. Aunque si no te interesa, no te interesa y punto. Pobre chica. Supongo que tendrá que buscarse otro hombre moreno, alto y guapo que la consuele. Lástima que yo no dé el tipo. Porque no te quepa duda de que la consolaría. Sí, le diré lo del café cuando salga.

Y así lo hizo. Por desgracia. Rachel no tardó en acercarse a la mesa de Justin con sus andares ondulantes para llevarle el café, y él no pudo evitar desnudarla mentalmente. Era toda una mujer. Y podía ser suya, como había insinuado Guy.

¿Habría tenido Guy razón? ¿Le gustaba a Rachel, no como un

simple sustituto de Eric el Chucho, sino por sus propios valores? ¿Esperaba, en secreto, que tuviese una aventura con ella?

Aquel pensamiento excitaba y preocupaba a Justin a partes iguales. Él no la amaba. Jamás la amaría. Ya era incapaz de sentir esa clase de amor. Era incapaz de entablar una relación profunda con una mujer. Lo único que necesitaba de una mujer era lo que Rachel le había dado la otra noche. Sexo sin ataduras.

-¿Nada más? -inquirió ella después de soltar el café, mirándolo con expresión expectante.

-Rachel.. .

-¿Sí?

-Nada -respondió Justin entre dientes-. Eso es todo. Puedes seguir con tu trabajo. Ah, y tómate toda la tarde libre para hacer tus compras, si quieres.

-toda la tarde? -repitió ella sorprendida.

-¿Por qué no? Te lo mereces después de lo del fin de semana.

Justin había querido decir que merecía algo de tiempo libre porque, técnicamente, había estado haciendo horas extras esos dos días.

-¿Por los servicios prestados, quieres decir? --comentó ella.

-No, desde luego que no. Oye, si vas a sacar el tema continuamente, no creo que podamos seguir trabajando juntos.

El cuerpo de ella se tensó, y sus ojos... sus ojos le apuñalaron el corazón.

-Comprendo -respondió Rachel-. Me alegra saber cómo están las cosas. Tendrás mi carta de renuncia encima de la mesa antes de la hora del almuerzo. Y sí, me tomaré toda la tarde libre, muchas gracias -girándose sobre sus talones, salió presurosa de la habitación y cerró dando un portazo.

Justin se reclinó en la silla con un gemido. No se había sentido más miserable en toda su vida. Hundió la cabeza entre las manos y se lanzó a sí mismo todos los insultos habidos y por haber.

Rachel fue incapaz de sentarse a trabajar. Se paseó por el despacho, furiosa, durante un par de minutos, y después fue a servirse una taza de café, más por mantenerse ocupada que porque realmente le apeteciera.

Isabel había tenido razón sobre las aventuras en la oficina. Aunque era algo que ella ya sabía, sin necesidad de que su amiga se lo dijera. El jefe siempre seguía en su puesto después de acostarse con sus empleadas, y estas acababan en la calle. Sintió el impulso de entrar y decirle a Justin cuatro verdades, pero su orgullo se lo impidió. No se rebajaría a tener una discusión con él. Simplemente,

renunciaría a su puesto y al diablo con Justin McCarthy. Dejando el café intacto, Rachel se sentó a su mesa para redactar la carta de renuncia.

Unos minutos más tarde, Justin se hallaba delante de uno de sus muchos ordenadores, simulando trabajar, cuando la puerta del despacho se abrió y Rachel entró con las mejillas congestionadas y la cabeza bien alta.

-Aquí está mi renuncia -anunció al tiempo que le plantaba delante un folio escrito a máquina.

-Rachel, no...

-¿No qué?

-No dejes tu puesto -dijo él con voz cansada.

-Demasiado tarde -replicó ella-. Y, por favor, no finjas que no es esto lo que deseas. Llevabas esperando este momento desde que te despertaste ayer por la mañana y me encontraste en tu cama.

Justin no pudo negarlo.

-Empiezo a preguntarme si no sucedería lo mismo con la otra chica. ¿o solo te tiras a las secretarias poco atractivas?

-Rachel, no era mi intención...

-Sobreviviré, Justin McCarthy. Soy una superviviente nata.

Justin la observó mientras salía con aire digno de la oficina, y jamás la admiró tanto como en ese momento. Pero no le pidió que volviese. Era mejor que se marchara antes de que él le hiciese más daño.

Rachel notó que se le saltaban las lágrimas mientras bajaba al vestíbulo en el ascensor. Su rabia empezaba a remitir, sustituida por una tristeza mayor de lo que había anticipado. Lo cierto era que Justin le gustaba. Y le gustaba trabajar para él.

«Y te gustó muchísimo tener relaciones sexuales con él», le dijo una vocecita interior. «Por eso te sientes tan desgraciada. Todos tus estúpidos intentos de resultar atractiva para Justin esta mañana han sido una pérdida de tiempo.»

Cuando el ascensor llegó al vestíbulo, sus ojos estaban anegados de lágrimas, de modo que se refugió en el lavabo de señoras y no salió hasta que hubo dejado de llorar y recuperado el dominio de sí misma.

Pero ya no le apetecía ir de compras. ¿Qué importaba qué ropa pudiera ponerse? Se colgó el bolso en el hombro y se dirigió hacia la salida. directamente a casa, decidió.

-¡Rachel! -llamó una voz masculina, y a ella le dio un vuelco el corazón-. Espera.

Rachel sintió que el pulso se le aceleraba conforme se daba la

vuelta.

Pero no era Justin quien corría hacia ella por el vestíbulo.

Era Eric.

Capítulo 10

ERIC! -exclamó Rachel sorprendida

¿Qué... qué estás haciendo aquí? -posiblemente se trataba de una pregunta estúpida, dado que Eric trabajaba en el distrito financiero de Sidney. Era inevitable que se encontrasen algún día, ahora que también ella trabajaba en la ciudad.

-Te estaba buscando -explicó él-. Pregunté por tu jefe y averigüé que trabajaba en este edificio.

-Qué emprendedor por tu parte -repuso ella fríamente.

-Si algo puede decirse de mí, es que soy emprendedor -contestó Eric con una sonrisa que a Rachel le había parecido encantadora en otros tiempos.

Ya nada había en él que le resultara encantador, ni lo encontraba atractivo, pese a su pulcro corte de pelo y el elegante traje negro que llevaba y que seguramente le había costado una fortuna.

-¿Para qué me buscabas? -preguntó Rachel con un tono no precisamente entusiasta.

-Estaba preocupado por ti.

Rachel no se habría sorprendido más si le hubiese hecho una propuesta de matrimonio.

-Dios santo, ¿y por qué?

-¿Podemos ir a algún sitio para hablar en privado? Hay una cafetería aquí cerca. ¿Te parece bien?

Ella se encogió de hombros, con visible indiferencia.

-Si insistes.

Eric no le dio ninguna explicación hasta que les sirvieron el café, y Rachel tampoco lo presionó, pese a que sentía curiosidad.

-No fuiste a la cena el sábado por la noche -empezó a decir Eric por fin.

-No fue necesario después de la reunión de mi jefe con su cliente.

-¿El señor Wong renunció a la compra de Sunshine Gardens?

Rachel mantuvo su tono de frialdad.

-No esperarás en serio que hable contigo de los asuntos de mi jefe, ¿verdad? Si has venido con intenciones de sacarme información para tu amiguita, has perdido el tiempo. Y lo que vale este café.

-Esa no es la razón -se apresuró a decir Eric cuando Rachel hizo ademán de levantarse-. He venido a prevenirte. Contra tu jefe.

Ella volvió a sentarse, parpadeando.

-A prevenirme. ¿Contra Justin?

-Mira, sé que te hice daño, Rachel. No soy estúpido. Ahora me miras de una forma... Seguramente me odias a muerte, y puedo entenderlo. Pero yo no te odio a ti. De hecho, creo que cometí un gran error al romper contigo. Eres una mujer especial y mereces algo mejor en la vida que enredarte con tipos de la calaña de Justin MeCarthy.

Rachel abrió la boca para negar que tuviese relación alguna con Justin, pero después del espectáculo que habían dado el sábado por la noche le resultaría difícil afirmar que no eran amantes.

-No sé de qué hablas -dijo rígidamente-. Justin es un jefe magnífico, y una persona estupenda en todos los aspectos. ¿Contra qué podrías prevenirme?

Eric se echó a reír.

-Eso hay que reconocérselo. El tipo sabe fingir de maravilla. Pero no está enamorado de ti, Rachel. Simplemente te está utilizando.

-Eres muy amable al decírmelo -repuso ella, luchando para controlar su ira-. ¿Puedo preguntarte con qué derecho dices eso? ¿Con qué pruebas? ¿o es, sencillamente, que me ves como una mujer tonta y patética de la que ningún hombre podría enamorarse?

-Tú no tienes nada de tonta ni de patética, Rachel, y lo sabes muy bien. Sigues siendo tan guapa e inteligente como siempre. Pero tienes un defecto. Te enamoras de canallas.

-No estoy enamorada de mi jefe -afirmó Rachel acaloradamente. No obstante, cuando los ojos de Erie buscaron los suyos, sus mejillas se inflamaron.

-Eso espero -dijo él-. Porque es un tipo retorcido y amargado. No es que no tenga motivos para serlo. Yo también lo sería si mi mujer me hiciera lo que la suya le hizo a él.

Rachel se notó la boca seca.

-¿Qué... qué le hizo?

-Ya me pareció que no estarías enterada. No es algo que un hombre vaya aireando por ahí. Al princiPio, Charlotte no sumó dos y dos la noche del sábado, cuando se lo presentaste. Pero luego hizo memoria y preguntó discretamente a algunos conocidos. Y sí, era él.

-Eric, ¿quieres hacer el favor de ir al grano?

-La ex mujer de tu jefe lleva ya dos años trabajando como secretaria personal para Carl Toombs. Y cuando digo personal quiero decir muy personal. Toombs le paga el piso y la lleva de viaje por ahí. Llevan su relación muy en secreto, pero ese fue el

motivo de que ella dejara a su marido. ¿Sabes quién es Toombs, verdad?

-Sí, claro -respondió Rachel-. Puedo haber estado algunos años sin trabajar, pero no he estado muerta. No creo que haya alguien en Australia que no sepa quién es Carl Toombs.

-Bueno, bueno, no te enojes. En fin, Toombs es cliente de Charlotte, el que quiere comprar Sunshine Gardens. A causa de su relación laboral, Charlotte ha tenido bastante trato con su guapísima secretaria rubia estas últimas semanas, y ya sabes cómo son las mujeres. Les gusta darle a la lengua. La ex señora de McCarthy se sinceró con Charlotte el otro día, mientras almorzaban y tomaban unas copas de Chardonnay. Al parecer, la buena de Mandy aún se siente muy culpable por lo que le hizo a su ex maridito. Le contó a Charlotte lo brusca que había sido con él cuando lo dejó. Confesó haberle dicho cosas terribles para que la odiase y la olvidase, pero añadió que no había sido capaz de mirarlo a los ojos mientras le decía que llevaba ya tiempo acostándose con Toombs. Dijo que amaba a su marido, y que él estaba loco por ella, pero que simplemente no pudo resistirse a las insinuaciones de Toombs. Carl la deseaba y no se detuvo hasta conseguirla. También dijo que creía haber destrozado el corazón de su marido.

Rachel no dijo una sola palabra. Estaba demasiado ocupada digiriendo las ramificaciones de la noticia de Eric.

-Por lo que deduzco, es un hombre muy amargado -prosiguió él-. Y conociéndote, Rachel, seguramente crees que está enamorado de ti. No eres de esas mujeres que se acuestan con un hombre alegremente. Pero lo que impulsa a tu jefe no es el amor, sino la venganza.

-No sabes lo que dices, Eric. Para empezar, no estoy enamorada de Justin. Ni he supuesto por un momento que él esté enamorado de mí.

Eric arrugó la frente.

-Entonces, ¿qué hay entre vosotros?

-Eso es asunto mío, ¿no te parece?

-Mira, solo deseo lo mejor para ti, Rachel. Me importas mucho.

Ella soltó una risotada.

-¿Desde cuándo, Eric? ¿Seguro que no me has buscado porque empiezas a aburrirte de Charlotte Y crees poder tener de nuevo algo que en otro tiempo menospreciaste?

-Yo nunca te he menospreciado, Rachel. Te amaba, a mi manera. Simplemente no crei que nuestro matrimonio funcionase si

permanecías todo el día en casa cuidando de una enferma. Soy Un hombre egoísta, lo admito. Quería que me dedicaras más tiempo. Necesito una esposa cuya principal prioridad sea su marido.

-Pues resulta raro que escogieras a Charlotte como pareja. Porque su principal prioridad es su carrera. Y su segunda prioridad es ella misma.

-Eso lo he sabido siempre. ¿Por qué crees que no me he casado con ella? Te quería a ti como esposa, Rachel. Aún te quiero...

-Oh, por favor. Déjate de cuentos. Gracias por el café -dijo Rachel, levantándose sin haber tomado un solo sorbo-. Y gracias por tus interesantes noticias. Quizá no lo sepas, pero me has hecho un gran favor hablándome de la ex de Justin. Ahora lo veo todo mucho más claro.

Y era cierto. Quizá no conociera con detalle los pensamientos y los sentimientos de Justin, pero no era la venganza lo que lo impulsaba. Porque si actuara movido por la venganza se habría comportado de una forma muy distinta durante el fin de semana, y ese mismo día. Si actuara movido por la venganza la habría utilizado.

Rachel se alejó de Eric sin siquiera mirar atrás, concentrada única y exclusivamente en Justin. Alice no había exagerado. La ex de su hijo era una zorra desalmada. o eso, o asquerosamente débil y materialista.

Justin estaba mejor sin una mujer así en su vida. El problema era... ¿se daba él cuenta de ello?

Tal vez. o tal vez no. Era obvio que había estado profundamente enamorado de Mandy. Posiblemente aún lo estuviera. Era difícil saberlo.

Aun así, el tiempo curaba todas las heridas. Ella misma era un buen ejemplo. En otra época creyó que la vida sería imposible sin Eric. Y ese día ni se había inmutado cuando él dijo que aún la quería como esposa. Ese hombre ya no significaba nada para ella, y sentirse libre de él era maravilloso.

Rachel sospechaba, sin embargo, que Justin aún no se había liberado de su ex esposa. Su guapísima ex esposa, según Eric. Naturalmente, debía de ser muy atractiva. Los hombres como Carl Toombs no se echaban amantes feas. Elegían a mujeres exquisitas, con rostros y cuerpos perfectos, mujeres con debilidad por el dinero y atracción por lo prohibido.

Con razón Justin tenía aversión al sexo en la oficina. Rachel lo entendía perfectamente. Pero ya era hora de que olvidase el pasado y siguiera adelante, como había hecho ella.

Según Eric, Mandy le había dicho cosas terribles cuando lo dejó. ¿Qué cosas? ¿Que su destreza en la cama dejaba mucho que desear? Eso no parecía posible. Al lado de Justin, Eric era una nulidad como amante. Y los demás hombres con los que Rachel había salido. ¿Qué le había dicho, pues? ¿Que no era lo bastante rico o poderoso? ¿Quién podía saberlo?

Rachel no se atrevía a preguntárselo a Justin, pero se atrevió a regresar a la oficina para decirle que había cambiado de opinión con respecto a dejar su trabajo.

Salió del ascensor en su planta y corrió hacia el despacho. Después de entrar, se acercó a la puerta que había cerrado con estruendo menos de una hora antes. ¿Seguiría Justin detrás de aquella puerta, sentado ante sus ordenadores, trabajando? Probablemente. Aún no era la hora del almuerzo, y su Jefe no tenía motivos para irse a casa. No tenía nada en la vida excepto su trabajo, un ego malherido y un corazón roto.

Hasta ahora. Porque ahora la tenía a ella. Su aniÍstad y su compañía. Y también su cuerpo, si todavía lo deseaba.

La mano le temblaba cuando hubo reunido valor suficiente para girar el pomo de la puerta. Al entrar, descubrió que no había nadie en el despacho.

-Oh, no -gimió Rachel.

Mientras luchaba con su decepción, oyó un fuerte golpe en una de las habitaciones anejas, la que tenía un bar y un sofá. Antes de que el valor volviera a abandonarla, caminó hasta la puerta de la habitación y la abrió de golpe.

A Justin casi se le cayó la cubitera que tenía en la mano. No había esperado volver a ver a Rachel. Al menos, ese día. Después de que se marchara, Justin había intentado trabajar, pero no había conseguido concentrarse. Finalmente, había ido a consolarse con un trago.

-¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? -inquirió ella.

-¿A ti qué te parece? -repuso él-. Estoy sacando un poco de hielo para mi whisky. Pero los malditos cubitos no salen.

-Pero si tú nunca bebes durante el día.

-En eso te equivocas -respondió Justin cínicamente-. Bebo bastante durante el día. Pero no suelo hacerlo entre semana -volvió a golpear la cubitera contra la encimera de granito y los cubitos de hielo salieron volando en todas direcciones.

-¡No hagas eso! -vociferó al ver que ella se agachaba para recoger los cubitos. Maldición, lo último que deseaba era que Rachel se agachara delante de él.

Ella lo ignoró y recogió los cubitos, brindándole una buena vista de su trasero.

-No deberías beber solo, ¿sabes? -dijo mientras se enderezaba y ponía algunos cubitos en el vaso.

-¿A ti qué más te da? -replicó él irritado-. No eres mi niñera. Ya ni siquiera eres mi secretaria.

-Sí que lo soy, si aún me aceptas. He vuelto para decirte que no quiero marcharme. Quiero seguir trabajando para ti.

Él se rio.

-¿Y crees que eso es una buena noticia? ¿Y si te dijera que no quiero que sigas trabajando para mí? ¿Que quería que renunciaras?

-No te creo.

-No me cree -murmuró Justin incrédulamente antes de tomar un enorme trago de whisky-. ¿Y qué tengo que decir para que me creas?

-No hay nada que puedas decir -respondió ella al tiempo que le lanzaba una de sus miradas desafiantes.

-Y si te dijera que, desde el sábado, cada vez que te miro te desnudo mentalmente? ¿Que desde que bromeaste acerca de no llevar ropa interior en la oficina, esa es mi fantasía favorita? Ver como te paseas desnuda por la oficina.

Ella se quedó mirándolo, sin habla.

-Y eso es solo la mitad -prosiguió Justin desPués de fortalecerse con más whisky-. Cuando me trajiste café esta mañana, después de irse Guy, en realidad no quería café, sino sexo. Me pregunté cómo reaccionarías si te pedía que cerraras con llave la puerta de la oficina y me dejaras hacértelo allí mismo, encima de la mesa. Por detrás –añadió por si acaso.

Ella abrió los ojos como platos, pero seguía sin articular palabra. Parecía anclada al suelo, paralizada por su atroz confesión.

-¿Y bien? ¿Cómo habrías reaccionado9 -preguntó Justin, excitado tras haber expresado en voz alta sus fantasías.

Ella recuperó al fin el habla.

-Yo... no lo sé -fue su asombrosa respuesta.

-¿Cómo que no lo sabes?

-En esos momentos estaba muy enfadada contigo. ¿Por qué no me lo pides ahora?

Dios santo, lo decía en serio. Sí, lo decía en serio.

_¿Quieres cerrar la puerta con llave, Rachel? -dijo Justin con voz grave-. La puerta principal.

Ella así lo hizo.

-Ahora ven aquí -añadió Justin cuando Rachel reapareció en la

puerta, atractiva y nerviosa.

Ella se acercó a él, con las mejillas ruborizadas por la excitación y un brillo intenso en los ojos.

-Estaba deseando hacer esto -dijo Justin quitándole el pasador. Mientras el cabello de Rachel caía sobre sus hombros, enmarcando su rostro, él comprendió que no estaba simplemente cruzando una línea, sino a punto de impulsarlos a ambos hacia un mundo en el que no habría vuelta atrás, un mundo regido por la lujuria donde el amor no era más que un recuerdo distante. Rachel no tenía idea de los demonios que habitaban en su mente, de las oscuras fantasías que lo habían vuelto loco desde la noche del sábado. Probablemente creyera que él la amaba.

Pero ese era un pecado que no pensaba cometer. El engaño. Los juegos que quería practicar con ella eran sexuales, no emocionales.

-Eres consciente de que no te amo -dijo mientras le desabrochaba los botones de la chaqueta.

-Sí -reconoció ella, sorprendiéndolo, aunque su voz era trémula y sus ojos se habían empañado.

-Nunca me enamoraré de ti -añadió Justin mientras sus manos se deslizaban hacia el interior de la chaqueta para juguetear con sus senos a través del sujetador. Dios, tenía los pezones duros. Increíblemente duros.

Tanto como su pene.

-No... no espero que lo hagas -contestó Rachel entrecortadamente.

-No tienes que hacer nada que no desees -dijo Justin antes de perder la cabeza por completo.

-Pero deseo que me lo hagas -dijo ella con un jadeo.

-¿Que te haga qué? -murmuró él mientras le quitaba la chaqueta y la dejaba caer sobre la moqueta.

-Lo que... lo que quieras -tartamudeó Rachel.

Justin sospechó que estaba tan excitada, que apenas sabía lo que decía. También él se acercaba rápidamente a un punto sin retorno.

Durante un segundo, estuvo a punto de retirarse de Rachel y salvarla de sí misma. Y de él. Pero ella eligió ese preciso momento para desabrocharse el sujetador. Justin notó que la sangre le zumbaba en los oídos mientras Rachel desnudaba sus senos ante su vista masculina. Y luego hizo algo aún más provocativo. Dejó el sujetador en el suelo y se frotó los pezones endurecidos con las palmas de las manos, efectuando movimientos circulares.

Cualquier esperanza de salvación se desvaneció. Justin estaba perdido. Y comprendió, al contemplar las pupilas dilatadas de

Rachel, que lo mismo le sucedía a ella.

Capitulo 11

EL teléfono estaba sonando cuando Rachel llegó a su casa esa tarde, alrededor de las siete. Corrió a contestar, pensando que podía ser Justin.

-¿Sí? -dijo acercándose el auricular al oído.

-Rach, ya estaba a punto de colgar.

-¡Isabel! -no era Justin. Claro que no. Tonta de ella. -¿Qué... qué haces llamándome durante tu luna de miel?

-Ah, no seas tonta, Rachel. No podemos estar en la cama todo el tiempo -contestó Isabel, y se echó a reír.

Rachel estuvo a punto de llorar.

-No es que no lo hayamos intentado -siguió bromeando Isabel-. Creo que lo he dejado seco. El Pobre está echando una siesta, así que he aprovechado para llamarte y ver cómo andan las cosas en casa. Ya he llamado a mis padres, así que no vayas a echarme un sermón. ¿Cómo te va en el trabajo?

-Bien -respondió Rachel con fingida jovialidad.

-¿Sigues llevándote bien con el cascarrabias?

-Justin no es un cascarrabias. Es serio, simplemente -y hasta qué punto, se dijo Rachel, pensando en el día que acababa de pasar con él.

-En ese caso, quizá no sea gay -declaró Isabel-. Los gays nunca son serios.

-Justin no es gay, desde luego -dijo Rachel con un tono quizá demasiado cínico.

-¿En serio? ¿Tienes información de primera mano sobre el asunto, quizá? -inquirió su amiga.

Rachel decidió que algunas verdades expuestas de forma sarcástica serían más convenientes que una negativa acalorada. Porque ni loca le contaría a Isabel lo que había entre su jefe y ella. Su amiga se escandalizaría. ¡Ella misma estaba escandalizada!

-¿No te lo he dicho? No consigo que me quite las manos de encima. Lo hemos estado haciendo en todas partes. En la mesa de la sala de juntas, en el escritorio, en el recibidor, de pie, sentados.... Aunque todavía no lo hemos intentado por detrás. Pero danos tiempo.

-Está bien, está bien -dijo Isabel exasperada-. Ya capto.

«No, no captas nada», pensó Rachel con un estremecimiento cargado de erotismo. «Te estoy diciendo la pura verdad».

-Pero dejemos de hablar de mí -se apresuró a decir---. ¿Puedo

saber dónde estáis ahora?

-En Hong Kong. Y nos encanta. Hay unas tiendas de ropa fantásticas. He sido muy traviesa y me he comprado un guardarropa nuevo. Pero ya conoces a Rafe, le gusta que me ponga ropa sexy, y la que tengo en casa es demasiado discreta. Puedes quedártela, si quieres -propuso Isabel.

-¿Cómo? ¿Toda?

-Toda la que me dejé ahí. Siempre y cuando te la pongas. Ese es el trato. Tienes que ponértela. Incluso para ir al trabajo. Ya va siendo hora de que tires esos espantosos trajes negros. Seguro que tu jefe podrá soportarlo.

-¿Estás segura, Isabel? -inquirió Rachel, abrumada por la generosidad de su amiga.

-Totalmente. De hecho, puedes quedarte con todo lo que hay ahí. Bolsos, joyas, maquillaje, productos de belleza. Lo que encuentres. Yo ya no voy a necesitarlo. He comprado de todo, hasta vestidos de premamá para cuando empiece a tener barriga. Ay, estoy deseando volver a casa para enseñártelo todo.

-¿Cuándo volvéis exactamente?

-El sábado de la semana que viene. El avión llega a eso de las nueve. Te llamaré cuando estemos en casa de Rafe para que vayas a cenar con nosotros esa noche. ¿Te parece bien?

-Me parece perfecto.

-Oh, oh. Será mejor que cuelgue, Rach. El amo y señor empieza a despertarse. Bueno, no hagas nada que yo no hiciera hasta que regrese -añadió Isabel en tono alegre, y colgó.

-Tranquila -musitó Rachel mientras colgaba el auricular-. Sea lo que sea lo que estés haciendo con Rafe, yo estoy haciendo mucho más con Justin. Mucho, mucho más.

En su mente relampagueó una imagen de sí Misma a horcajadas sobre Justin, con la espalda Pegada a su pecho y los brazos de él rodeándole el cuello. Estaban sentados en la silla de la oficina, sus cuerpos desnudos fundidos y perlados de sudor a pesar del aire acondicionado. El fingía enseñarle cómo funcionaban sus programas mientras jugueteaba con sus senos.

Si Isabel pensaba que Rafe tenía buen cuerpo, era porque no había visto el de Justin. Rachel se estremeció al recordar su tacto. No se cansaba de tocarlo. No había un solo centímetro de su atractiva carne masculina que no hubiese disfrutado de las ávidas atenciones de la boca y las manos de Rachel.

Jamás dejaría de tener relaciones sexuales con él voluntariamente. No podía dejar aquel trabajo y buscarse otro.

Pertenecía a Justin. Era suya. Podía admirarla y desearla cuando quisiera. Abrazarla y, sí, poseerla.

Pero no casarse con ella, recordó.

Rachel sintió que el corazón se le encogía al pensar eso último. Pero eso no le impidió correr hasta el armario empotrado de Isabel y ver qué se pondría para Justin al día siguiente. Sacó un traje pantalón de seda azul, pero lo descartó. Los pantalones no resultaban atractivos. Necesitaba algo con falda, o bien larga y suelta, o bien corta y estrecha. Algo que llamara la atención de Justin y alterase sus hormonas. Rachel se fijó en un traje de color crema con una blusa mostaza. La chaqueta era de manga larga, pero eso no importaba. En Sidríey todavía hacía algo de frío.

Colocó el traje sobre la cama y después rebuscó hasta encontrar un bolso y unos zapatos marrones a juego. En el joyero del tocador había una gargantilla de perlas con pendientes a juego. No eran perlas auténticas, desde luego, pero, aun así, resultaban muy elegantes. Rachel decidió que se maquillaría un poco más, poniendo especial atención en los ojos y la boca. Sabía que tenía unos ojos bonitos. Y a Justin parecía fascinarlo su boca.

Ah, sí, y se pondría perfume. Una de las caras fragancias francesas que a Isabel siempre le habían gustado. Rachel ya había visto varios frascos en una repisa situada sobre el tocador. Probaría uno cada día y averiguaría cuál era el que más le gustaba a Justin; después iría a comprar un frasco lleno.

Rachel se desnudó y se probó el traje de color crema, complacida al comprobar que le quedaba bien; una sorpresa, teniendo en cuenta que era mucho más delgada de cintura y de caderas que Isabel. Quizá su amiga lo hubiera adquirido el año anterior, cuando hacía régimen. La blusa le quedaba demasiado apretada a la altura del busto, sin embargo, así que Rachel se despojó del sujetador y volvió a probársela.

Sin sujetador la blusa le apretaba menos; Rachel se acercó al espejo para mirarse y vio que el tacto suave del satén sobre sus pezones desnudos los había endurecido. Hizo una mueca y contempló su provocativo perfil, que delataba a gritos la falta de sujetador y su estado constante de excitación.

¿Se atrevería a llevar la blusa así? ¿Y se atrevería a quitarse la chaqueta?

Oli, sí, admitió mientras otra oleada de calor recorría su cuerpo.

Se atrevería.

¡Después de aquel día, se atrevería a todo!

Capítulo 12

JUSTIN alzó la mirada hacia el reloj del despacho por enésima vez aquella tarde. Eran casi las cinco. El pulso se le aceleró al pensar que pronto podría dejar de fingir que trabajaba y hacer lo que había deseado desesperadamente durante todo el día: tener relaciones sexuales con Rachel.

La mera idea hacía que la sangre le hirviera por todo el cuerpo.

No obstante, otro pensamiento menos feliz se deslizó en su mente. Era viernes otra vez. Durante los dos días siguientes no vería a Rachel en absoluto. Así lo había dispuesto Justin, nada de verse los fines de semana, fuera del horario de oficina. Nada de salir juntos ni de cenar fuera.

El fin de semana anterior había sido casi insoportable sin ella. El siguiente sería, probablemente, peor. Justin decidió retenerla consigo hasta más tarde de lo habitual esa noche. A ella no le importaría. Disfrutaba con lo que hacían tanto como él, cosa que aliviaba en cierta medida la conciencia de Justin. Si en algún momento percibía que estaba haciendo daño a Rachel en cualquier aspecto, tendría que poner fin a la situación.

Pero ¿podría hacerlo?, le preguntó su conciencia. Esa era la cuestión. Ya le resultaba difícil estar sin ella durante dos días. La perspectiva de no volver a tener relaciones sexuales con Rachel nunca más era algo en lo que prefería no pensar.

Otra mirada -al reloj le indicó que habían dado al fin las cinco.

Su corazón se aceleró.

Ya era la hora.

Rachel levantó la cabeza con un jadeo ahogado cuando Justin abrió la puerta del despacho de golpe justo al dar las cinco. Había fingido trabajar sin fijarse en el reloj.

Pero eso era todo. Puro fingimiento. Vivía esperando ese momento cada día. Todas las tardes, a las cuatro y media, se levantaba, cerraba con llave la puerta de la oficina e iba al aseo para prepararse. Durante la última media hora había estado allí sentada, con las braguitas guardadas en el cajón superior del escritorio, y sin ropa interior que cubriera sus nalgas o la parte superior de sus muslos. Esos días tampoco se ponía sujetador; se había acostumbrado a sentir el contacto de la suave tela sobre su piel desnuda, y saber que no llevaba ropa interior ejercía un ella un efecto afrodisíaco.

Los ojos de ambos se encontraron, y ella sintió que todo a su

alrededor se desvanecía. De repente, solo existía Justin.

-Entra, Rachel -ordenó él, su impaciencia reflejándose en los tensos músculos de su cuello.

Ella notó que las piernas le pesaban como si fueran de plomo mientras se levantaba de su mesa y caminaba, como un robot, hacia el despacho de Justin. Una vez dentro, sin embargo, Rachel distaba de ser una máquina sin emociones. Sentía un ardiente calor, sus terminaciones nerviosas hipersensibilizadas. La cabeza le daba vueltas como una peonza y el corazón le martilleaba el pecho.

La velocidad con que él le subió la falda y la sentó sobre la mesa dejó a Rachel sin aliento. Justin se situó entre sus piernas, se desabrochó la cremallera del pantalón y liberó su ansiosa erección. El cuerpo de ella estaba preparado y listo para él. Justin la agarró por las caderas, hundiéndole las yemas de los dedos en la piel mientras la arrastraba hasta el borde de la mesa y la penetraba hasta el fondo. Con un gruñido de satisfacción, inició una serie de potentes acometidas, con los ojos cerrados y los dientes apretados. Rachel se reclinó y agarró el borde de la mesa, pero su trasero se agitaba hacia delante y hacia atrás sobre la bruñida superficie.

Algo, posiblemente el hecho de que Justin no la hubiese besado primero, hizo que, de repente, Rachel deseara que parase.

El problema era que... su cuerpo no deseaba parar. Poseía una mente propia. Su libido permanecía implacablemente desvinculada de su cerebro mientras las sensaciones previas al éxtasis comenzaban a intensificarse, llenándola de una necesidad que consumía todo su ser.

Su vientre se tensó, así como sus muslos. Su trasero. Sus entrañas. Él jadeó en respuesta a la involuntaria presión del cuerpo de Rachel, y ambos emitieron gritos de erótico éxtasis que levantaron ecos en la quietud de la habitación. Él arqueó la espalda mientras se estremecía dentro de Rachel, y ella se aferró al borde de la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se tomaron blancos.

Pero los espasmos de placer pasaron, como hacían siempre, y esta vez Rachel volvió de nuevo a la realidad bruscamente.

Ya no podía cerrar los ojos a la realidad de lo que estaban haciendo. Era algo impropio de ella prolongar aquel tipo de relación. ¿Por qué, entonces, se conformaba con aquel acuerdo? ¿Por qué?

La razón era obvia, admitió con angustia. El motivo siempre había sido evidente. El motivo seguía aún dentro de ella, con los brazos entrelazados alrededor de su cintura y la cabeza recostada entre sus senos perlados de sudor.

Fue entonces cuando Rachel se echó a llorar.

Capítulo 13

CREí que habías dicho que nunca me llevarías a cenar -comentó Rachel con curiosidad, y algo más, en su voz. ¿Era esperanza, acaso?

Ver como Rachel se deshacía en lágrimas después del episodio de la mesa había hecho que Justin olvidase sus deseos egoístas y reflexionara sobre lo que había estado haciendo. No era un estúpido, ni un desalmado, aunque hubiese actuado como tal. No tardó mucho en comprender que una mujer con la sensibilidad y los valores de Rachel sería incapaz de entregarse al sexo indefinidamente sin que sus sentimientos y su conciencia acabaran involucrándose. Afirmó que se encontraba bien, y que solía llorar después de llegar al orgasmo.

Pero nunca había llorado con anterioridad.

Entre sollozos, ella le había dicho que no parase, pero Justin no había sido capaz de continuar al ver su angustia. No había caído tan bajo.

De modo que la había consolado lo mejor que pudo, y después anunció que se moría de hambre y que no podría seguir hasta que hubieran comido, añadiendo que deseaba tomar una cena decente, acompañada de un buen vino.

Pese a su momentánea expresión de sorpresa, Rachel no había protestado. Justin reservó mesa en un restaurante cercano mientras ella se limpiaba y se ponía las braguitas que había guardado en el cajón. Quince minutos más tarde, se hallaban sentados el uno frente al otro en una mesa iluminada con velas.

-Es cierto, lo dije -asintió Justin respondiendo a la pregunta de Rachel-. Pero las cosas cambian. Creí que había llegado el momento de que habláramos.

¿Era pánico lo que se reflejaba en los ojos de ella? ¿Miedo? ¿Miedo de qué? ¿De que se terminaran sus sesiones de sexo? ¿De que cambiaran las reglas del acuerdo? Tal vez a Rachel le gustaran las cosas tal como eran. Tal vez se hubiera hecho tan adicta a su cuerpo como él al de ella.

Ese pensamiento lo desconcertó. No deseaba que Rachel sintiera nada por él salvo lujuria. Deseaba... Deseaba... ¿Qué era lo que deseaba, maldita fuera?

Quería dejarlo, se dijo Rachel.

Oh, Dios, no podría soportar que hiciera tal cosa. Lo cual resultaba perverso, pensándolo bien. Debería ser ella quien le dijera

que las cosas habían cambiado y que quería dejarlo. Salir de su oficina y de su vida.

Pero guardó silencio y esperó a que Justin dijera lo que tenía que decir, sintiendo una sensación de náuseas en el estómago provocada por el temor a que le dijera que ya no la deseaba.

-No podemos seguir así, Rachel -dijo él, y ella notó que un enorme foso negro se abría en su interior.

-¿Por qué no? -repuso Rachel, tratando de aparentar serenidad a pesar de que su mundo se estaba desintegrando.

Justin suspiró.

-Mira, ha sido fantástico. Debo reconocerlo. La fantasía de cualquier hombre hecha realidad. Pero veo que existe peligro de que las cosas se... compliquen.

-¿En qué sentido? He hecho todo lo que me has pedido.

El la miró fijamente.

-Sí, desde luego que lo has hecho. Disculpa un momento mientras pido el vino.

Rachel se quedó allí sentada, aturdida, oyendo las voces de Justin y del camarero como si fuesen murmullos distantes. La cabeza no dejaba de darle vueltas, igual que su estómago. ¿Qué haría cuando Justin le dijera que todo había terminado? ¿Sobreviviría?

-Rachel...

-¿Qué? -ella parpadeó, y después hizo un esfuerzo por recomponerse.

-El camarero ya se ha ido.

-Ah, sí. Es verdad.

-Lo cierto, Rachel, es que no quiero continuar con lo que hemos estado haciendo.

Ella asintió, notándose la boca reseca como el desierto.

-Sí, ya lo había deducido -su voz parecía carente de vida. Vacía.

-Quiero probar algo más... normal.

Rachel alzó la cabeza rápidamente, con los ojos abiertos como platos.

-Sé que dije que no deseaba tener una relación seria contigo, y en aquel momento hablaba en serio.

Hasta cierto punto

-si , sigue siendo cierto. El amor y el matrimonio no figuran en mi agenda, así que no quiero darte ninguna falsa esperanza al respecto. Pero deseo que formes parte de mi vida, Rachel. No solo como mi secretaria, no solo para tener relaciones sexuales. Quiero salir por ahí contigo y, sí, llevarte a mi casa de vez en cuando. Mis

fines de semana son terriblemente solitarios. El último fue... insoportable.

-El mío también -se apresuró a decir ella, sintiéndose animada con la sugerencia de Justin.

-Así que he pensado que, si quieres, podemos intentar tener una relación de ese tipo.

Rachel luchó por no echarse a llorar.

-Me... me gustaría mucho -logró decir con una sonrisa.

Él también sonrió.

-No puedo prometer que no te devoraré de vez en cuando en la oficina.

-No me importará.

Justin se rio.

-Se supone que no debes decir eso.

-¿Y qué se supone que debo decir?

-Que te negases sería un buen principio.

-No aceptas bien una negativa.

-Reconozco que no, sobre todo en lo que a ti se refiere. Pero lo cierto es que no está bien que lo hagamos encima de mi mesa. Cada vez me cuesta mas concentrarme para trabajar.

-Pobre Justin -bromeó ella.

-Tu tono no parece muy conmiserativo.

-No lo es.

-¿Me creerías si te dijera que, en realidad, me siento un poco culpable?

-Pero no lo suficiente como para dejarlo -señaló ella con una sonrisita cínica.

Justin le devolvió la sonrisa.

-No, no hasta ese punto.

La llegada del vino concedió a Rachel unos momentos para paladear su felicidad. Justin tal vez no le hubiese ofrecido el mundo, pero ser su amiga especial constituía una mejora considerable con respecto al papel de esclava sexual.

-El vino está delicioso -comentó cuando el camarero se hubo marchado-. ¿Puedo... puedo hablarle a Isabel de lo nuestro?

-Si quieres, sí. Pero preferiría que no le mencionases lo que hemos estado haciendo estas dos últimas semanas.

-¡Por Dios, de eso no pensaba hablarle! -exclamó Rachel.

Él ladeó la cabeza, estudiando su rostro.

-¿Has disfrutado con lo que hemos estado haciendo, Rachel? -inquirió.

-¿Cómo puedes preguntarme eso?---ellase sonrojó-. Sabes que sí.

-Tus lágrimas de esta noche... ¿me has dicho la verdad sobre ellas?

Rachel tragó saliva, y luego miró a Justin directamente a los ojos.

-¿Por qué iba a mentirte?

-Temí que pensaras que podías estar enamorada de mí.

-En absoluto -contestó ella sin inmutarse. Y no era realmente una mentira. Rachel no pensaba que pudiera estar enamorada de él. Sabía con total seguridad que lo estaba-. Confieso... confieso que me disgusté un poco porque no me besaste primero. Te limitaste a... bueno, ya sabes...

Justin hizo una mueca.

-Tienes razón. Fue algo imperdonable por mi parte. Pero me niego a cargar con toda la culpa. Ese perfume que llevas hoy debería estar prohibido por la ley. Simplemente, no pude esperar.

Rachel tomó nota mental de comprar un frasco grande de aquel perfume. Si no podía tener el amor de Justin, al menos podía asegurarse su lujuria sexual.

-Bueno, ¿y cuándo será nuestra primera cita? -inquirió ansiosa.

-Es esta.

-Ah, sí. Claro. ¿Y adónde iremos después de cenar?

-Había pensado llevarte a mi casa para que pases allí la noche. Si quieres, claro -añadió Justin.

-Me gustaría mucho.

-Tengo alquilado un apartamento en Kirribilli -prosiguió él---. No quise adquirir ninguno en propiedad porque planeo montar mi empresa fuera de la ciudad. Me gustaría comprar un edificio de dos Plantas e instalar mi vivienda encima de la oficina. Detesto el tiempo que pierdo yendo y viniendo del trabajo.

-Sé lo que quieres decir. A mí me pasa lo misrno, ¿Y cómo es tu apartamento de Kirribilli?

-MuY moderno. Pero un poco frío. No le iría mal un poco de color. Está decorado en tonos neutros.

-Entonces se parece a la casa en la que vivo. Todos los colores son crema y pastel. Prefiero tonos más cálidos y acogedores. Por eso me gustaría tener una vivienda propia, aunque fuese pequeña. Podría decorarla a mi gusto, colocar montones de cuadros interesantes en las paredes y muchos adornos.

-Como la casa de madre. Apenas hay espacio libre en las paredes o en los muebles. Es una fanática del coleccionismo. Un día de estos te llevaré para que veas su colección de teteras.

Rachel pestañeó sorprendida.

-¿Insinúas que vas a contarle a Alice lo nuestro?

-¿Hay algún motivo por el que quieras mantener nuestra amistad en secreto?

-No. Supongo que no. Pero ya sabes cómo son las madres. Podría empezar a pensar que nos casaremos algún día.

-No me preocupa lo que pueda pensar -repuso Justin con cierta brusquedad-. Debería conocerme lo bastante bien como para saber que eso jamás sucederá. Y ahora, ¿por qué no vas pensándote lo que quieres cenar? Ya viene el camarero -tomó la carta.

Rachel se alegró de hacer lo mismo, sabiendo que en su cara debía de reflejarse la consternación que le produjo aquel brusco comentario acerca de que jamás se casaría.

Aun así, se repetía a sí misma que tal vez, algún día, Justin olvidara a su ex esposa y se enamorara de ella. Quizás algún día él se despertara por la

inañana y supiera ver lo que tenía delante de las narices. Una mujer que lo amaba. Una mujer que jamás lo abandonaría. Una mujer que le daría una buena vida. E hijos, si así lo deseaba.

Justin sería un padre maravilloso. Y ella... ella adoraría la oportunidad de ser una madre maravillosa.

-Bueno, ¿qué es lo que quieres? -preguntó Justin alzando la mirada.

«A ti», pensó ella con una punzada de dolor en el corazón. «Solo a ti».

Caplitulo 14

RACHEL se despertó a media mañana con el resplandeciente sol que entraba por la ventana del dormitorio; le llegó un olor a café recién hecho. Justin no estaba en su lado de la cama, pero podía oírlo silbando en alguna parte.

Parecía feliz. Y ella también lo era. Relativamente.

Cuando Justin la llevó a su apartamento, después de la cena, se había mostrado increíblemente tierno y le había hecho el amor de forma increíblemente dulce. Después, la había acunado entre sus brazos, acariciándole el cabello y la espalda. Extrañamente, ella había sentido ganas de llorar en aquel momento, pero por fortuna había logrado dominarse. Finalmente, se había quedado dormida. Y ahora allí estaba, completamente descansada... y totalmente sorprendida.

-¡Dios mío, el desayuno en la cama! -exclamó mientras Justin, vestido con una bata azul marino, entraba en el cuarto con una bandeja. Incorporándose, se retiró el cabello de la cara y alzó la sábana para ocultar su desnudez justo en el momento en que él depositaba la bandeja en la cama-. Cielos, tiene una pinta estupenda -murmuró observando el zumo de naranja y los huevos revueltos con beicon frito y tomate-. Normalmente solo tomo café y tostadas. ¿Qué vas a desayunar tú?

-Ya he desayunado -respondió Justin, sentándose en el borde de la cama.

Tenía un aspecto magnífico, se dijo ella, pese al cabello despeinado y la oscura barba de un día que le cubría el mentón. Sus vivos ojos azules brillaban intensamente, sin ojeras que los ensombrecieran. Debía de haber dormido tan bien como ella.

-Seguro que tú no has tomado un desayuno tan abundante -bromeó ella.

-Claro que si. Y lo devoré de dos bocados. Y ahora voy a disfrutar viéndote comer. Necesitas engordar un poco, cariño.

-¿Oh? ¿Crees que estoy demasiado delgada?

-No hasta el punto de no resultar atractiva, y lo sabes, pero tampoco te sobran kilos.

-Pero si engordo no podré utilizar mi precioso guardarropa nuevo. Y mis senos crecerán. Me ocurre siempre que gano peso.

-No hay nada malo en que los senos de una mujer engorden un poco. Aunque tú ya los tienes generosos. Lástima que el peso extra que yo gano no vaya allí donde más falta hace. Normalmente se me

acumula en el vientre.

-¿Cómo puedes decir eso? Si no te sobra ni una gota de grasa.

-Tendrías que haberme visto hace año y medio. Era el típico fondón con panza de bebedor de cerveza.

-No te creo. Tienes el mejor cuerpo que he visto jamás en un hombre, con unos abdominales en envidiables. Y, desde luego, no te hace falta ningún centímetro en esa otra parte. Lo que tienes es más

que suficiente para mí.

Justin emitió una risotada cínica.

-Le estás haciendo un verdadero favor a mi ego,¿sabes?

Lo contrario que su ex esposa, se dijo Rachel. La revelación de Justin de que dieciocho meses an tes tenía algo de sobrepeso y estaba en peor forma despertaba en ella la sospecha de que su mujer

pudo haber criticado su aspecto físico y sus dotes sexuales. Rachel recordó que, en cierta ocasión,

Justin se había descrito a sí mismo como un hombre soso y aburrido. ¿Habría minado aquella mujer

su autoestima a todos los niveles, solamente para excusar su propio y deplorable comportamiento?

Era más que probable. Pero Justin debía de saber, a aquellas alturas, que su ex esposa nunca lo

había amado. El amor sincero no se basaba en de talles superficiales como unos cuantos kilos de

más o de menos. Ni en saber todas las posturas del Karra Sutra.

Rachel sintió de nuevo el deseo de preguntarle qué le había dicho Mandy cuando lo dejó, pero

consideró que tampoco aquel era el momento adecuado. Con suerte, él mismo acabaría since-

rándose con ella. Entre tanto, Rachel tendría que esperar.

-Te está gustando, ¿eh? -preguntó Justin, y ella hizo un gesto afirmativo, con la boca llena

-. Estoy preparando un café muy especial para después.

Rachel engulló el último bocado y se relamió los labios.

-Si sabe tan bien como huele, me sentiré en el paraíso.

-Eso mismo pensaba yo de ti ayer –respondió él sarcásticamente, y ella se echó a reír.

-Pienso comprar un frasco grande de ese perfume hoy mismo.

Él gimió.

-Sádica.

-Le dijo la sartén al cazo. Ahora ya sabes cómo me sentía a diario en esa oficina, esperando a que

diesen las cinco. Solo un sádico establecería una regla así.

-Créeme, la cosa era mucho más dura para mí, y hago énfasis en lo de «dura». Con suerte, ambos

podremos dominamos un poco mejor en el trabajo si pasamos Juntos todas las noches.

Rachel parpadeó, sorprendida.

-todas las noches?

-¿Es excesivo para ti?

Rachel deseó decir que no, por supuesto. Pero sabía que los hombres no valoraban a las mujeres

fáciles. Y ella ya le había dado a Justin demasiadas.

-Me temo que sí -respondió-. Hay ciertas cosas personales que las mujeres debemos hacer de

vez en cuando, ¿sabes? Además, cuando Isabel regrese, quiero pasar algo de tiempo con ella. Es mi

mejor amiga, al fin y al cabo. Esta noche cenaré con ella y con su marido. Rafe tiene una casa en

Paddlngton. Es fotógrafo.

-Comprendo -musitó Justin, desanimado.

-Puedes venir, si quieres -propuso Rachel, y se vio recompensada con una sonrisa.

-¿En serio? -Inquirió él.

-Naturalmente. No podré ocultarle lo nuestro a Isabel. Es más, ni se me ocurriría intentarlo.

-¿Pero no les importará tener un invitado más a su mesa? ¿Y no estarán cansados, tratándose de su primera noche en casa después de la luna de miel?

-Seguramente habrán volado en primera clase y se habrán pasado todo el viaje durmiendo. Isabel insistió. Pero lo consultaré con ella cuando me llame. Eso me recuerda que debo regresar a casa para aguardar su llamada y cambiarme de ropa.

-Yo te llevaré -se ofreció Justin.

-Cielos, ¿quieres decir que tienes coche? -bromeó ella-. Creí que sobrevivías gracias a los trenes y los taxis.

Y tanto que tenía coche. Un bonito modelo de color azul marino, aunque no llamativo en exceso; era más bien de tipo familiar, con suficiente espacio para dos adultos y dos niños.

Rachel deseó dejar de tener tales pensamientos sobre Justin, pero le resultaba imposible no soñar.

Aparcaron delante de la casa de Turramurra poco después de la una. Justin acompañó a Rachel al interior, tal como ella había esperado. Y acabaron en la cama, como había previsto. ¡Y eso que

había decidido no darle facilidades! Pero le resultó difícil resistirse una vez que él empezó a besarla. Aún estaban en la cama cuando Isabel llamó, algo después de las tres.

-¿Sí? -respondió Rachel con voz ligeramente chillona.

-Rach, ¿eres tú? -preguntó Isabel, insegura.

-Sí, sí, soy yo. Justin, estate quieto -añadió Rachel entre dientes-. Tengo que hablar con Isabel.

-¿Ese ruido de fondo es la televisión, o estás hablando con alguien? -inquirió Isabel.

-Pues... eh... estoy hablando con alguien.

-¿Oh? ¿Con quién? -Isabel parecía sorprendida.

Rachel le dio a Justin una juguetona patada y él se rio antes de levantarse de la cama y dirigirse hacia el cuarto de baño; Rachel hizo una mueca al ver la marcas rojas de esmalte que ella le había dejado en el trasero al clavarle las uñas. ¡Verdaderamente, se había convertido en una mujer salvaje en la cama!

-Parece que se trata de un hombre -dijo Isabel.

-Así es.

-¡Ay, Dios mío, no me digas que te has echado novio!

-Podría ser.

-¿Quién? ¡Rafe, Rafe, Rachel tiene novio! -gritó Isabel antes de dirigirse de nuevo a su amiga-. ¿Dónde lo conociste? ¿Cómo es? ¿Te has acostado ya con él?

Rachel no pudo evitar sonreír. Era muy propio de Isabel ir al grano sin andarse por las ramas.

-Lo conocí en el trabajo. Es guapísimo. Y sí, me he acostado ya con él.

-Oh, vaya, es una noticia fenomenal. ¿Qué edad tiene?

-Treinta y pocos.

-Y por lo visto trabaja en la AWI.

-Sí.

-¿Cómo es?

-Alto, moreno y guapo.

-¿Qué tal se porta en la cama?

-A su lado, Eric es una nulidad.

-¿Soltero o divorciado?

-Divorciado.

-Oh, qué lástima. En fin, no se puede tener todo, supongo. ¿Y Casanova tiene un nombre? -añadió Isabel.

Rachel notó que el estómago le daba un vuelco. Aquella iba a ser la parte peliaguda.

-Pues... Justin McCarthy.

El silencio duró diez segundos en el otro extremo del hilo telefónico.

-Justin McCarthy -repitió Isabel al fin con su mejor tono de incredulidad-. Tu jefe. Te estás acostando con tu jefe. Con tu jefe, que obviamente no es gay, pero sí un paranoico.

-Pues... sí.

-Pero ¿por qué? ¿Cómo? ¿Y cuándo, por amor de Dios?

Rachel hizo lo que pudo para explicarle las circunstancias que los indujeron a acostarse la primera vez, así como el rumbo que había tomado su relación. También le habló de Justin.

Su amiga suspiró.

-Te estás exponiendo a más sufrimiento, cariño -dijo Isabel.

-Puede. Puede que no. En cualquier caso, es mi decisión.

Isabel suspiró otra vez.

-Cierto.

-Es un hombre muy bueno, de verdad.

-Tendré que creer tu palabra.

-No, no tendrás que hacerlo. Si me dejas que lo lleve a la cena esta noche, podrás juzgarlo por ti misma.

-Qué buena idea -respondió Isabel con un tono que preocupó a Rachel.

-Prométeme que no serás sarcástica.

-¿Quién? ¿Yo?

-Sí, tú, doña mosquita muerta. A veces tienes una lengua muy afilada.

-Haré lo posible por mantenerla envainada.

-Menos mal.

-¿Dónde está el hombretón ahora mismo?

-En la ducha.

-Me alegro, porque hay algo que quiero decirte.

Rachel puso los ojos en blanco.

-¿Qué?

-Vamos, no utilices ese tono conmigo, señorita. Alguien tiene que mirar por ti, y ese alguien soy Yo. Te conozco, Rach. Probablemente crees que amas a ese hombre. Pero dudo mucho que sea así. Acabaste con él de rebote tras encontrarte con Eric de ese modo. Y has estado muy sola. Y la soledad puede impulsar a una chica a hacer estupideces. Por lo que parece, tu jefe también se ha sentido Muy solo, por no hablar del golpe que se llevó con lo de su mujer. Pocos hombres pasarían por semejante experiencia sin quedar marcados. ¿Cómo sabes que no está llevando a cabo una especie de venganza retorcida, haciendo contigo lo que imagina que

Carl Toombs hace con su esposa? ¿Has pensado en eso?

-Sí.

-¿Y?

-No va con su carácter. Es demasiado decente para eso.

-¡Decente! Leyendo entre líneas, he deducido que se ha estado acostando contigo en la oficina. No se me ha olvidado esa pequeña broma que hiciste en la última llamada. Solo que no era una broma. ¡Era la verdad!

-Más o menos. Pero las cosas han cambiado.

-Ja. Habrá cambiado el escenario del crimen, pero nada más. Probablemente teme que lo demandes por acoso sexual en el trabajo si sigue haciéndotelo encima de la mesa. Solo está siendo previsor. Al final se aburrirá de ti y te dará la patada.

-Justin no es así.

Isabel emitió un gemido.

-De modo que sí estás enamorada de él.

-Lo amo. ¿De acuerdo?

-Por Dios santo, chica, puede tratarse de pura lujuria. Incluso por tu parte.

-¿Como te pasó a ti con Rafe?

-Eso era distinto.

-¿En qué sentido?

-Distinto, simplemente.

-Espera a conocer a Justin. Luego me dirás si sigues pensando lo mismo.

-Está bien. ¡Eso haré!

Capítulo 15

RACHEL sabía que Isabel estaba en la cocina, chismorreando con Rafe de Justin y de ella. Pero nada de lo que dijera su amiga le impediría proseguir su relación con Justin. Cuanto más tiempo pasaba con él, más lo amaba. Era todo lo que jamás había sido Eric. Amable. Considerado. Cariñoso. Rachel se había asombrado al ver lo conversador que se mostró durante la cena con personas a las que no había conocido hasta entonces. Era evidente que a Rafe le caía bien. Y también a Isabel, si dejaba de lado sus prejuicios lo suficiente como para reconocerlo.

-Me caen bien tus amigos -dijo Justin mientras estaban sentados solos a la mesa, esperando el café-. Y me gusta mucho su casa -añadió, paseando la vista por el acogedor salón.

-Seguramente comprarán una mayor cuando nazca su hijo -observó Rachel.

-¿Están esperando un hijo?

-¿No te lo había dicho? Sí, Isabel ya estaba embarazada antes de la boda. Pero no se casaron por eso. Lo planearon así. Mejor dicho, Rafe lo Planeó. Isabel no pensaba casarse en absoluto. Pero quería tener un hijo. Ay, Dios mío, no me estoy explicando nada bien. Es un poco complicado.

Justin sonrió.

-Eso parece.

-Intentaré explicártelo mejor. Veamos. Hace unos cuantos meses, Isabel decidió tener un hijo mediante inseminación artificial para criarlo ella sola, porque estaba cansada de conocer a hombres poco adecuados. Ya me entiendes. Hombres que no sirven para ser padres o maridos. Ya había intentado casarse guiándose por la cabeza, y no por el corazón, y se comprometió con un arquitecto encantador que tenía las mismas ideas. Pero dos semanas antes de que se casaran, él se enamoró locamente de otra chica y suspendió la boda. Más o menos en esa época, un par de meses antes, en realidad, Isabel conoció a Rafe. Rafe iba a ser el fotógrafo de la boda. Ella se sintió atraída por él desde la primera vez que se vieron. No, me estoy quedando corta. Rafe le gustaba con locura. Tanto que cuando descubrió que estaba soltero y sin compromiso lo invitó a ir con ella al viaje de luna de miel, que ya estaba reservado y pagado, simplemente para disfrutar de unos días de sexo sin ningún tipo de ataduras. Rafe, como es lógico, aceptó.

-Lógico -dijo Justin con voz risueña.

-Sí, claro, ¿qué hombre no habría aceptado? -convino Rachel-. Isabel es una mujer despampanante. Resumiendo, Rafe se enamoró de ella durante la aventura. No le gustaba la idea de que Isabel tuviera un hijo sola, así que se propuso dejarla embarazada deliberadamente sin que ella lo supiera, esperando que de ese modo se casara con él.

-¿Córno diablos la dejó embarazada sin que ella lo supiera?

-Supongo que manipuló los preservativos.

-Una maniobra muy audaz.

-Uno puede volverse muy audaz cuando está enamorado, supongo. Y cuando desea algo con desesperación.

-Supongo que sí -dijo Justin. Sus ojos parecieron nublarse y adquirir una expresión lejana.

-¿Deseabas tener hijos cuando estabas casado, Justin? -preguntó Rachel antes de poder pensárselo dos veces.

-¿Qué? -él la miró fijamente un segundo, como si no supiera de qué estaba hablando. Luego sus ojos se aclararon-. Sí, sí. Y Mandy también, hasta que... -se interrumpió bruscarnente-. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

En ese momento, Isabel y Rafe regresaron con el café, lo cual fue una bendición. La intuición de Isabel, no obstante, pareció captar que pasaba algo. Dirigió a su amiga una mirada ceñuda y fugaz.

Rachel negó con la cabeza y esbozó una sonrisa de disimulo.

-Todavía no me has enseñado todas esas cosas tan bonitas que compraste en Hong Kong -dijo animadamente.

-Eso le estaba diciendo yo a Isabel -comentó Rafe-. ¿Por qué no os subís el café al cuarto y las veis? Justin y yo nos quedaremos aquí y hablarernos de asuntos de hombres.

Isabel puso los ojos en blanco mientras repartía las elegantes tazas de humeante café.

-Trato hecho. Ver a dos machos arrogantes y autosuficientes intercambiando comentarios machistas no es mi idea de pasar un rato divertido. Vámonos, Rachel.

Isabel y Rachel subieron las escaleras entre risas. Después de entrar en el dormitorio, Isabel cerró la puerta y se volvió hacia su amiga.

-¿Qué pasó ahí fuera? -inquirió sin andarse por las ramas-. Estabais felices como perdices cuando Rafe y yo nos fuimos a la cocina a preparar el café, y cuando volvimos os encontramos muy tensos.

Rachel suspiró.

-Le dije que Rafe y tú estabais esperando un hijo, y después

cometí la estupidez de preguntarle
si había deseado tener hijos cuando estaba casado.
-¡La estupidez! -exclamó Isabel con gesto indignado-. ¿Qué tiene de estúpido una pregunta tan normal? Francamente, Rachel, ¿no te estarás convirtiendo en una de esas chicas tímidas que temen preguntarles a sus novios cualquier cosa sobre su pasado? o sobre el futuro, ya puestos. Yo, por lo menos, quiero saber cuáles son sus intenciones con respecto a ti.
Rachel no pudo evitar sonreír. Su querida Isabel. Realmente era una buena amiga. Cuando no se ponía mandona.
-Quiere que sea su amante, su secretaria y su amiga -respondió Rachel pacientemente-. Pero no necesariamente en ese orden de prioridad. No quiere que sea su esposa. Ni, obviamente, la madre de sus hijos. No me ama. Tampoco quiere volver a casarse. Me lo dijo así de claro. Ha sido muy sincero conmigo, y no tengo derecho a interrogarlo ni a intentar cambiar la situación.
-Oh, Rachel, todo eso son tonterías.
-No, no son tonterías. Me he metido en esta aventura con los ojos bien abiertos. Sé lo que hay. Justin no desea mi amor. Desea mi amistad, mi compañía y mi cuerpo.
-¿Y tú puedes soportar eso?
-De momento, sí. Eso no significa que no tenga otros planes a largo plazo. No me estoy sacrificando. Amo a Justin más de lo que amé a Eric y pretendo casarme con él algún día.
-Caray. Esa sí es mi vieja Rachel. Bueno, ¿y qué piensas hacer? ¿Quedarte embarazada adrede al cabo de un tiempo? -preguntó Isabel entusiasmada.
Rachel se sorprendió.
-¿Estás loca? Esa estrategia jamás daría resultado con Justin. Todavía no ha olvidado a su esposa. Espero que lo haga con el tiempo, sin embargo, igual que yo olvidé a Eric. El tiempo cura todas las heridas, ¿sabes?
-No todas. A algunas personas las heridas se les gangrenan -replicó Isabel bruscamente-. Tú tardaste años en olvidar a ese canalla. Cuando Justin esté listo para quitarse de la cabeza a la fulana de su ex, Podéis ser demasiado mayores para tener hijos. No esperes. Arriésgate, quédate embarazada y ya veremos qué sucede.
-Eso os dio resultado a Rafe y a ti, Isabel, porque os amabais. Justin no se casaría conmigo en estos momentos y no quiero ser una madre soltera. deseo que mi hijo lo tenga todo. Dos padres que lo aman y que se aman mutuamente.
Isabel frunció el ceño y ladeó la cabeza.

-¿Estás segura de que no te ama?

-Eh? ¿A qué estás jugando ahora, Isabel?

-Simplemente miro la situación desde otro ángulo. Para ser sincera, si no conociera la historia

personal de Justin, habría jurado que está loco por ti.

Rachel notó que se ruborizaba.

-¿,Lo crees de veras?

-Sin duda ninguna. Puede ser que esté muy enamorado de ti. Pero ni él mismo se da cuenta de ello. Rafe tardó siglos en darse cuenta de que me amaba. Así que dime una cosa. Justin piensa hablarle a su madre de ti, o quiere mantener lo vuestro en secreto?

-Es curioso que lo preguntes. Creí que querría mantener nuestra aventura en secreto, pero ya le ha dicho a Alice por teléfono que iremos a almorzar a su casa mañana. Por lo visto, almuerza con su madre prácticamente todos los domingos.

-Vaya, vaya, vaya -musitó Isabel---. Es una buena noticia. Una magnífica noticia, de hecho.

-A mí también me lo pareció.

-Tenemos motivos para tener esperanza, ¿eh? -comentó Isabel sintiéndose más optimista.

-Sí, Isabel -convino Rachel, y sonrió a su mejor amiga-. Pero ya está bien de hablar de Justin. Quiero ver lo que has traído de Hong Kong.

Capitulo 16

EN qué estás pensa tono soñador.

Se hallaban juntos en la cama, tras haber cenado con Isabel y Rafe y tras haber hecho el amor; ambos estaban tendidos boca arriba, mirando el techo.

Justin no respondió inmediatamente, dado que no podía decirle la verdad. ¿Cómo iba a decirle que estaba pensando en que si ella no tomase la píldora podrían haber concebido un hijo juntos o, lo que era más sorprendente, que deseaba que ese fuera el caso?

Desde que Rachel le contó cómo Rafe había dejado embarazada a Isabel premeditadamente para que se casara con él, a Justin se le habían pasado por la cabeza los más increíbles pensamientos. Sabía que no amaba a Rachel. Diablos, ¿cómo iba a amarla si todavía amaba a Mandy? Y sin embargo, allí estaba, deseando que fuese la madre de su hijo. ¡y tal vez su esposa!

¿Estaría perdiendo la cabeza? ¿o había sido la pregunta que Rachel le hizo aquella noche lo que le hizo comprender lo mucho que deseaba tener hijos? Perder a la mujer que amaba no significaba

perder también la oportunidad de tener su propia familia, ¿verdad?

Otro comentario que Rachel había hecho esa noche martirizaba su mente y atormentaba su conciencia.

«Uno puede volverse audaz cuando desea algo con desesperación».

¿Sería demasiado audaz por su parte decirle a Rachel que la amaba y que quería casarse con ella? ¿o sería, sencillamente, una maldad?

-¿Justin? -lo apremió Rachel, pero él cerró los ojos y fingió estar dormido. Era mejor no responderle en aquel momento. Las mentiras podían esperar. Hasta que llegase el momento adecuado.

Oyó cómo Rachel suspiraba y después se daba la vuelta para dormir, pero Justin siguió despierto un buen rato. Estaba demasiado ocupado planeando su estrategia para conseguir que Rachel se enamorase de él.

Llevarla a almorzar a casa de su madre sería un excelente primer paso. Pero sería solo el primero de muchos.

Hasta ese momento, Justin no había comprendido lo audaz que podía ser cuando deseaba algo. o lo implacable.

-¡Rachel, querida! -exclamó Alice poco después de abrirles la

puerta principal-. ¡No te ofendas con el comentario, pero estás absolutamente espléndida! Casi no puedo creerlo.

Rachel se rio, sin ofenderse.

-He mejorado mucho desde la última vez que me viste, ¿verdad? Se acabaron los horribles trajes negros -en deferencia a la sugerencia de Alice de que el azul le sentaría bien, se había puesto un traje azul de seda que contrastaba muy bien con el tono de su piel. Esa mañana había pasado horas peinándose y maquillándose, pero lo dio por bueno al ver la expresión de asombro y de placer en la cara de Alice.

-Y Justin, cariño -dijo Alice observando a su hijo de arriba abajo-, tú también parece diez años más joven. Sea lo que sea lo que estás haciendo, Rachel, no lo dejes.

-Mamá. Por favor.

-Oh, vamos, no te hagas el mojigato conmigo. Sabes que no lo soporto. Me recuerdas a tu padre, que no era nada mojigato de puertas adentro. Simplemente le gustaba parecerlo delante de los demás. Pero pasad. Iremos a la terraza de atrás. Tengo preparado un espléndido almuerzo con dos magníficas botellas de vino.

-De tal padre, tal hijo -susurró Rachel a Justin cuando él la tomó del brazo y la guió por el largo pasillo central.

-Compórtate -Justin carraspeó-. o esta noche, cuando volvamos a casa, me las pagarás.

Ella le dirigió una mirada descarada.

-¿En serio? Estoy deseándolo.

-Ten un poco de decoro -dijo él, aunque sonriendo-. Estamos en casa de mi madre.

-¿Qué estáis cuchicheando? -preguntó Alice Por encima del hombro.

-Le estaba diciendo a Justin lo mucho que me gusta tu casa -respondió Rachel.

-Eso me recuerda, mamá, que debes enseñarle a Rachel tu colección de teteras más tarde. Le gustan la cerámica y los adornos.

-Oh, espléndido. La llevaré conmigo a unas cuantas subastas. Verás lo bien que lo pasamos.

Salieron a una soleada terraza de estilo italiano, con una pérgola cubierta de parras y grandes baldosas de terracota.

En la mesa había preparado un almuerzo suficiente para alimentar a todo un ejército, con toda clase de ensaladas y mariscos, y dos botellas de vino blanco, ya abiertas, metidas en neveras portátiles.

-Iré a sacar el pan del horno -dijo Alice-. Sirve el vino, Justin. No

quiero que comáis con prisa, pero han pronosticado una tormenta hoy y temo que pueda estropearlo todo. Hacía tiempo que no salía el sol, por eso quise aprovechar y serviros el almuerzo en la terraza.

Alice se marchó apresuradamente, mientras Rachel admiraba abiertamente el enorme patio con su gran extensión de césped y sus pulcros macizos de flores.

-Fuiste afortunado al poder disfrutar de un patio así de pequeño -comentó-. Mis padres vivían en un apartamento, en la ciudad. Y estaban muy volcados en sus carreras. A menudo me sentía desplazada. No me extrañó que me enviasen a un internado. Con frecuencia les estorbaba. Naturalmente, lamenté mucho que muriesen, pero hasta que viví con Lettie no descubrí la clase de amor y de atenciones que un niño aprecia. Lettie me quería. Siempre estaba ahí para ayudarme. Por eso no pude dejarla en la estacada cuando me necesitaba.

Una oleada de tristeza la invadió cuando recordó a Lettie y la cruel enfermedad que se la había llevado. No reparó en Justin hasta que este la tuvo entre sus brazos.

-Eres una de esas personas que jamás dejarían a alguien en la estacada -dijo él suavernente-. Una persona especial. He tenido suerte al haberte encontrado, Rachel -le alzó la barbilla y la besó con tanta ternura, que a ella se le hizo un nudo en la garganta.

¿Era un beso de amor? ¿Era posible que su deseo se hubiese hecho realidad tan rápidamente?

Se separaron al oír el carraspeo de Alice, pero Rachel no se sintió avergonzada en absoluto. Era demasiado feliz. Alice también parecía contenta. Tal vez albergara las mismas esperanzas que Rachel.

Rachel no tuvo oportunidad de averiguarlo hasta que hubieron acabado de almorzar. Mientras Justin se retiraba al salón para ver un torneo de golf en la tele, Alíce condujo a Rachel al cuarto de estar con el pretexto de enseñarle su famosa colección de teteras. La conversación, no obstante, pronto derivó de las teteras a cuestiones más personales.

-te ha hablado ya de Mandy? -preguntó en tono quedo.

-No quiere hablar de ella. Ni de su matrimonio.

-Tipico. Su padre era igual. Jamás hablaba de cuestiones sentimentales ni de heridas del pasado, ¿Amas de verdad a mi hijo, Rachel? ¿o se trata solo de una aventura de conveniencia?

-Lo amo con todo mi corazón -confesó Rachel-. Pero no me atrevo a decírselo. Justin me dijo desde el principio que no deseaba mi amor. Solo mi compañíía.

-Oh, ¿así llaman los mojigatos al sexo hoy en día? -dijo Alice con una risotada irónica-. Compañía.

Rachel se limitó a sonreír.

-Tampoco me atrevo a preguntarle nada de Mandy, aunque sé por quién lo dejó. Por Carl Toombs. Pero ignoro el motivo. Solo puedo hacer conjeturas.

-Comprendo. Bien, ya que él no te cuenta lo que ocurrió, lo haré yo -declaró Alice firmemente-. Esa zorra cruel. ¡No merece otro nombre! Le dijo a mi hijo que lo dejaba y se iba con otro hombre porque ya no le resultaba atractivo físicamente. Solo porque había engordado unos cuantos kilos. En esa época, era corredor de bolsa y trabajaba de una forma atroz. Solo para darle a ella todos sus caprichos. El trabajo sedentario y la comida basura que comía, sumados a la falta de ejercicio, hicieron que ganara unos kilos. Pero no estaba gordo ni mucho menos. Aun así, eso fue lo que ella le dijo el día que lo dejó. Que estaba gordo y fondón. Y que, además, era un hombre aburrido. También se quejó de su vida sexual. Pero ¿acaso tenía Justin tiempo para diversiones cuando se estaba matando a trabajar para ganar dinero? Aunque mi hijo jamás podría haber sido lo suficientemente rico para ella, como lo era Carl Toombs. Ella quiso justificar su abominable conducta y para ello sacrificó la autoestima de Justin. Lo que le hizo fue perverso. Absolutamente perverso.

-Pobre Justin -murmuró Rachel.

-Quedó destrozado. Sus únicos refugios eran el trabajo y el ejercicio. Solo Dios sabe el infierno por el que ha pasado, mental y emocionalmente. Ni te imaginas cuánto me alegra que haya encontrado una chica decente como tú, una chica capaz de apreciar lo que vale como persona. Lo quieres mucho, ¿verdad?

-Estoy loca por él, Alice. En cuanto a Mandy, debía de ser muy estúpida para no saber apreciar lo que tenía.

-Eso es lo más extraño. Sinceramente, yo creía que sí lo apreciaba. Parecía amar a Justin cuando se casaron. Y siempre dijo que tendría hijos en cuanto gozaran de una situación economica estable. La verdad, cuando hizo lo que hizo quedé casi tan sorprendida como Justin. No parecía de esa clase de chicas. Aunque, obviamente, sí es una cazafortunas.

-¿De verdad es tan guapa? -Inquirió Rachel con una punzada de celos.

-Debo admitir que es una mujer deslumbrante. Y verdaderamente encantadora, de eso no hay duda.

No me extraña que un tipo como Carl Toombs fuese detrás de

ella. Lo que sí me sorprende es que la consiguiera. No obstante, Mandy pensaba que Toombs dejaría a su mujer para casarse con ella, estaba muy equivocada. Pero Justin sí se casará contigo –añadió Alice.

A Rachel le dio un vuelco el corazón.

-¿Por qué lo dices?

-Porque estaría loco si no lo hiciera. Y mi hijo noestá loco. Espera y verás. Supongo que no le has dicho que lo amas.

-No. ¿Por qué? ¿Crees que debería decírselo?

-Todavía no. A los hombres les gusta pensar que el amor y el matrimonio son ideas completamente suyas. Tiene que ver con el ego masculino. Y, hablando de egos masculinos, creo que deberíamos reunirnos con Justin antes de que se sienta desatendido.

Ambas mujeres se reían mientras entraban en el salón, y el «ego masculino» que estaba viendo cosas de hombres en la tele les mandó guardar silencio.

Capítulo 17

RAChEL insistió en que Justin la dejara en su casa tras el almuerzo con Alice.

-Tengo ropa que lavar -dijo-, y otras cosas que hacer para organizarme de cara a la semana próxima. Seguro que tú también -añadió firmemente al ver que él hacía ademán de discutir.

Justin suspiró, y luego se fue.

A la mañana siguiente, Rachel se alegró de haberse mostrado firme el día anterior. Y se alegró al leer el periódico mientras iba en el tren hacia el trabajo.

TOOMBS HUYE DE AUSTRALIA, rezaba el titular. MAGNATE ENVUELTO EN ESCÁNDALO FINANCIERO.

Los detalles eran un poco vagos, pero al parecer Carl Toombs había ido finalmente a la quiebra, como muchos pronosticaban, arrastrando a un montón de acreedores e inversores consigo. Según insinuaba el autor del artículo, solamente su compañía había quebrado. Toombs probablemente seguía poseyendo una enorme fortuna personal, dinero que había desviado hacia bancos suizos y otras empresas anónimas. Se había fugado durante el fin de semana, sin su familia.

¿Habría dejado también atrás a su querida?, se preguntó Rachel. ¿o Mandy se habría fugado con el magnate caído en desgracia?

Solo el tiempo lo diría. Pero ¿cómo reaccionaría Justin ante la noticia?

Cuando Rachel llegó, él ya se encontraba en su despacho, con la puerta cerrada a cal y canto. Ella dejó el periódico encima de la mesa y procedió a prepararle la habitual taza de café, resuelta a actuar con naturalidad. Cuando estuvo preparada, llamó brevemente a la puerta y entró, como acostumbraba a hacer últimamente.

Justin estaba sentado ante su mesa, con la nariz pegada al periódico de la mañana.

-¿Qué te parece lo de la quiebra de Carl Toombs? -preguntó Rachel en un tono casual mientras soltaba la taza de café-. Leí la noticia mientras venía. Ha salido en todos los periódicos.

Cuando él alzó la mirada, no parecía demasiado preocupado. Solo un poco distraído.

La inquietud de Rachel se aplacó ligeramente.

-No podía haberle ocurrido a un tipo más agradable -fue el comentario sarcástico de Justin.

-Aunque supongo que en realidad no está arruinado -observó ella-. Esa gente nunca se arruina del todo.

-Quizá no, pero los medios lo acosarán allí donde vaya. No tendrá una vida feliz.

-Compadezco a la gente que trabajaba para él -siguió diciendo Rachel, pendiente de sus ojos.

Decididamente, se tomaron más duros. Y fríos.

-La gente que trabaja con Toombs está cortada por el mismo patrón. Si te acuestas con perros, luego no te quejes si te levantas lleno de pulgas.

A Rachel la sorprendió la gélida amargura de su voz. La sorprendió y la consternó. No había olvidado a Mandy. No la había olvidado en absoluto.

El timbre del teléfono le dio una buena excusa para salir del despacho de Justin antes de decir algo que podría lamentar más tarde. Rachel se alegró de que la puerta cerrada mediase entre ambos.

Era Alice, que había oído la noticia de Toombs en un programa de televisión matinal.

-No mencionaron nada de Mandy -dijo.

-No -convino Rachel.

-Mandy siempre se mantuvo en la sombra. ¿Cómo está Justin?

-Es difícil decirlo -Rachel no deseaba tomar por costumbre hablar de Justin con su madre-. ¿Quieres que te pase con él?

-Dios mío, no. Simplemente tenía curiosidad por saberlo. También quería decirte de nuevo que ayer estabas guapísima, Rachel.

-Gracias, Alice. Y deja que yo te diga que serviste un almuerzo fantástico. ¿Seguro que no querías cebarme un poco? -bromeó Rachel mientras la puerta que comunicaba con el pasillo se abría y la mujer más impresionante que había visto jamás entraba en la oficina. Parecía una de esas mujeres que salían en las revistas del corazón. Tenía una larga melena rubia- Unas piernas más largas aún. Enormes ojos azules. Un cuerpo sacado de una revista pomo.

-Esto... Alice -dijo Alice, tratando de no mostrarse tan trastornada como había empezado a sent'rse-- Tengo que colgar. Acaba de llegar alguien...

No era alguien cualquiera, por supuesto. Era ella. La zorra cruel. Cruel pero increíblemente bella.

-¿Puedo ayudarla en algo? -preguntó Rachel con un tono gélido mientras en su interior pugnaban el odio y el miedo. Con razón Justin no la había olvidado. ¿Qué mujer podía compararse con

aquella diosa de oro? Aunque la verdad era que iba vestida como una prostituta de lujo, con una minifalda, una chaqueta de piel ceñida, brazaletes en cada brazo, pendientes y varios colgantes, uno de los cuales se perdía en el interior de su exagerado escote.

-Me han dicho que esta es la oficina de Justin MeCarthy -dijo con una voz baja, ronca, cargada de erotismo-. ¿Es correcto?

-Sí. ¿Y usted es ... ?

-Mandy McCarthy, la ex mujer de Justin -informó Mandy a Rachel sin titubear un instante-. Y tú debes de ser su nueva secretaria -añadió con una sonrisita extraña.

Rachel se tensó.

-Sí, así es.

-Comprendo -respondió Mandy-. Sí, comprendo. ¿Está Justin ahí dentro? -preguntó mientras caminaba hacia la puerta de Justin y colocaba los esbeltos dedos en el pomo.

Rachel se levantó de inmediato.

-No puede entrar ahí.

-Te equivocas, cielo -replicó la rubia y su sonrisa cobró un aire cínico-. Puedo. Y voy a entrar. Por favor, no montes una escena. Necesito hablar con Justin a solas y no dispongo de mucho tiempo.

-Si le dices algo que pueda hacerle daño -dijo Rachel con los dientes apretados tuteándola-, te... te mataré.

Mandy se echó a reír.

-¿Sabes? Creo que senas capaz de hacerlo. Qué suerte tiene Justin -dicho esto, hizo girar el pomo y entró directamente.

Rachel se desplomó de nuevo en su silla, con la cara pálida y temblando.

Justin se llevó una sorpresa mayúscula cuando la puerta se abrió y Mandy entró en su oficina.

-Pero ¿qué...? -musitó, levantándose automáticamente.

-Lamento haberme presentado así, Justin -ronroneó ella, cerrando la puerta tras de sí-. No creo que esto le guste mucho a tu amiguita de ahí fuera, pero cuando me haya ido puedes decirle que no supongo ninguna amenaza para vuestra relación.

-¿Relación? -repitió Justin desconcertado.

-No te molestes en negarlo. Charlotte me contó lo vuestro.

Justin tardó unos segundos en recordar quién era Charlotte.

-No tengo intención ninguna de negarlo -repuso fríamente, alegrándose de haber recobrado la compostura.

-Parece muy agradable -comentó Mandy al tiempo que avanzaba contoneándose hacia la mesa-. Mucho más agradable que yo.

Justin no podía apartar los ojos de ella, de su forma de andar, de

su aspecto. No era la mujer que él recordaba. Mandy jamás se habría vestido así ni habría caminado de esa manera. ¡Parecía una fulanal ¡una fulana cara sí pero una fulana al fin y al cabo.!

-No te robaré mucho tiempo -siguió diciendo con una voz que Justin tampoco reconocia, ronca y entrecortada-. Salgo para el aeropuerto enseguida. Voy a reunirme con Carl en el extranjero. No me preguntes dónde ni te muestres tan sorprendido. Debes de haber leído el periódico, así que sabrás que me marcho con él. ¿Te importa si me siento? Estos tacones altos son un suplicio. Pero a Carl le gusta que me los ponga. Dice que le excitan mucho -acercó una silla y se sentó.

Justin se reclinó en su silla, estupefacto. Mandy había malinterpretado el motivo de su sorpresa, pero eso no importaba. Lo importante era que no sentía lo que había creído que sentiría si volvía a cruzarse con ella. No sentía ningún dolor. ¡Diablos, ni siquiera era capaz de sentir odio! Al mirar a aquella... desconocida que estaba sentada delante de él, no veía ninguna semejanza con la mujer a la que había amado. Antaño había sido una persona hermosa por fuera y por dentro. Ahora era exactamente lo que aparentaba: una furcia. Lo único que Justin sentía era confusión y curiosidad.

¿Qué había visto en Carl Toombs para convertirse en una mujer así por él?

-¿Por qué, Mandy? -preguntó Justin-. Eso es lo único que quiero saber. ¿Por qué?

-¿Por qué? Creí que eso era evidente. Amo a ese hombre. Así de simple.

-A mí no me parece tan simple. Estabas enamorada de mí ¿y de buenas a primeras lo amabas a él? ; Cómo puedes querer a un tipo como Toombs? Es un canalla en todos los sentidos.

Ella pareció molesta durante un segundo. Luego se mostró desafiante.

-Carl no es mala persona. Tú no lo conoces como yo. Cierto, no sigue las mismas reglas que los demás, pero es el hombre más excitante que he conocido en mi vida. No... no puedo vivir sin él, Justin. Iré a donde él quiera que vaya; seré lo que él quiera que sea; -haré lo que él quiera que haga.

Justin se sintió horrorizado. Aquella mujer estaba obsesionada. Pero no se trataba de una obsesión sana. Era una obsesión enfermiza, peligrosa y autodestructiva. La maravillosa chica a la que él había amado, y con la que se había casado, había desaparecido para siempre.

-¿Para qué has venido, Mandy? -preguntó Justin, sintiendo únicamente tristeza por ella-. No lo entiendo...

-He venido a disculparme. En persona. Por las cosas que te dije el día que te abandoné. No eran ciertas. Simplemente intenté que me odiaras tanto como me odiaba a mí misma ese día. Te habías portado muy bien conmigo y, a pesar de todo, te seguía teniendo mucho cariño. Pero tenía... tenía que estar con Carl -de pronto, a Mandy se le saltaron las lágrimas, pero se las secó rápidamente-. Qué tonta soy. ¿De qué sirve llorar ya? Ahora soy lo que soy, y nada cambiará eso.

-¿Qué eres ahora?

Ella dejó escapar una risotada.

-Te lo demostraría si tuviera tiempo. Y si tu amiguita de ahí fuera no acabara encerrada en la cárcel por asesinato.

-¿De qué estás hablando?

-Cuando entré me advirtió que si te decía algo que te lastimase me mataría.

-¿Rachel dijo eso?

-¿,Te sorprende?

-¿Le dijiste quién eras?

-Sí. Pero ella ya lo sabía. Lo noté en su expresión. Tuve la sensación de que sabía mucho sobre mí. ¿Tú se lo has dicho?

-No.

-Bien, pues lo sabe todo -insistió Mandy-. Créeme.

Su madre, comprendió Justin emitiendo un gemido. El día anterior o antes, posiblemente. Meneó la cabeza con asombro.

-Nunca dijo una palabra.

-Las mujeres enamoradas nunca dicen nada que pueda disgustar al hombre al que aman.

Justin se quedó mirándola. ¿Tendría razón? ¿Rachel lo amaba? Dios, esperaba que así fuese.

-¿Te he dicho que tienes un aspecto fantástico, Justin? Estás guapísimo, y muy sexy. Sé que soy una idiota. Pero mi suerte ya está sellada, cariño. Solo recuerda... que te amé una vez -Mandy se levantó bruscamente-. Cásate con tu Rachel, Justin. Casaos, tened hijos y sed felices. Yo tengo que irme -añadió cuando sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas-. He de tomar un avión.

Se marchó tan rápidamente como había llegado, dejando a Justin allí sentado, mirando hacia la puerta. Cuando Rachel entró, vio lo preocupada que parecía.

-No pasa nada -dijo para tranquilizarla-. Se ha ido. Para siempre.

-¿De verdad se ha ido para siempre, Justin?

El se levantó, comprendiendo que para eso lo había visitado Mandy. Para dejarlo libre; libre para amar. Había dedicado unos minutos de su miserable vida a hacer algo bueno.

-Sí -respondió Justin-. Se ha ido de verdad. Para siempre.

Cuando llegó júnto a Rachel, ella ya estaba llorando. Notó que el corazón le daba un vuelco al comprender que lo había amado desde el principio. La atrajo hacia sus brazos y la abrazó con fuerza.

-Vamos a casarnos, Rachel -susurró contra su cabello-. Trabajaremos juntos, compraremos una casa juntos y tendremos hijos. Ah, y una cosa más. Te quiero, Rachel. Más de lo que nunca he querido a nadie. Mucho, mucho más.

Dos meses más tarde, el yate de Carl Toombs naufragó en un huracán cerca de las Bahamas. Todas las personas que iban a bordo perecieron.

Diez meses más tarde, Justin y Rachel se casaron; Rafe fue el padrino de boda e Isabel la dama de honor. Alice cuidó de la hija recién nacida de Isabel durante la ceremonia, y la pequeña ni siquiera chistó. Ambas parejas nombraron a Alice niñera jefe de sus futuros hijos. Y le pidieron que no vendiera nunca su enorme casa con el amplio patio trasero.

Alice nunca la vendió. Y en los años que siguieron, la casa se llenó frecuentemente de amor y de risas.